I CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS
EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

Paraninfo de la Universidad de Alicante
(13-14 de noviembre de 2010)

© Diócesis de Orihuela-Alicante
© Instituto alicantino de Cultura Juan Gil-Albert 2011

Maquetación e impresión: Espagrafic

ISBN: XXX-XX-XXXX-XXX-X
Depósito legal: A-XXX-2011

EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

Actas del I Congreso Diocesano de Laicos

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE
DELEGACIÓN DE LAICOS

SUMARIO

PRÓLOGO 9
Mons. Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

CRÓNICA DEL CONGRESO. 15
Pasqual Maestre Alvarado
Delegado Diocesano de Laicos

– Itinerario y fases de preparación 17
– Conferenciantes y constitución de las mesas de ponencias 23
– Talleres: temas, objetivos, participantes y dinámica 24
– Datos de interés 25

DOCUMENTO TEOLÓGICO 31

CONCLUSIONES DE LA FASE PREPARATORIA 57

INTERVENCIONES DE MONS. RAFAEL PALMERO RAMOS 67
– «Los laicos son Iglesia en el mundo».
Homilía en la Vigilia de Pentecostés 2010. Catedral de Orihuela 69
– «La participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia».
Homilía en la Vigilia de preparación del Congreso
(12 de noviembre de 2010). Concatedral de San Nicolás de Alicante. 73
– «La corresponsabilidad de los fieles laicos en la misión de la Iglesia».
Discurso de apertura. Paraninfo de la Universidad de Alicante. 77

PONENCIAS. 85

Primera Ponencia. «Reflexiones sobre el laicado cristiano en nuestra sociedad: Una mirada a nuestra diócesis» 87
D. Francesc Torralba Roselló
Doctor de Filosofía. Universitat Ramon Llull (Barcelona)
D. Francisco Javier Ruvira Guilabert
Coordinador de Cáritas Interparroquial de Elche

Segunda Ponencia. «Claves de identidad laical. Fundamentos de la vocación y misión del cristiano laico» 103
D. Guzmán M. Carriquiry Lecour
Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos

Tercera Ponencia. «Cristianos laicos en el corazón del mundo» 137
Dª Mª Teresa Compte Grau
Doctora en Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Pontificia de Salamanca. Campus de Madrid

SÍNTESIS DE LOS TALLERES 153
1º Taller. Presentar a Jesucristo aquí y ahora 155
2º Taller. Corresponsabilidad: Iglesia, casa y cosa de todos 157
3º Taller. La cultura actual: luces, sombras, retos 159
4º Taller. El laicado, construyendo y transformando la sociedad 161
5º Taller. La espiritualidad del laico 163
6º Taller. Dar razón de nuestra esperanza 165

HOMILÍA DE CLAUSURA 167
Mons. Rafael Palmero Ramos

COMUNICADO FINAL 173

NOTA DE PRENSA FINAL 179

CONCLUSIONES DEL CONGRESO 183

Prólogo

PRÓLOGO

Mons. Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

EN LA ESCUELA DEL ÚNICO MAESTRO

Apenas clausurado el I Congreso de Laicos, celebrado en esta Diócesis de Orihuela-Alicante en los días 12, 13 y 14 del pasado mes de noviembre, llega a nuestras manos la *exhortación apostólica postsinodal* ***Verbum Domini*** del Santo Padre Benedicto XVI, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. En este espléndido, maduro y enjundioso documento se lee:

Palabra de Dios y fieles laicos

El Sínodo, celebrado en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, ha dirigido muchas veces su atención a los fieles laicos, dándoles las gracias por su generoso compromiso en la difusión del Evangelio en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana, del trabajo, la escuela, la familia y la educación[1]. Esta tarea, que proviene del bautismo, ha de desarrollarse mediante una vida cristiana cada vez más consciente, capaz de dar "razón de la esperanza que tenemos" (1P 3,15). Jesús, en el *Evangelio de Mateo*, dice que "el campo es el mundo. La buena semilla son los ciudadanos del Reino" (13,38). Estas palabras valen particularmente para los laicos cristianos, que viven su propia vocación a la santidad con una existencia según el Espíritu, y que se expresa particularmente "en su *inserción en las realidades temporales* y en su *participación en las actividades terrenas"*[2]. Se ha de formar a los laicos a discernir la voluntad de Dios mediante una familiaridad con la Palabra de Dios, leída y estudiada en la Iglesia, bajo la guía de sus legítimos Pastores. Pueden adquirir esa formación en la escuela de las grandes espiritualidades eclesiales, en cuya raíz está siempre la Sagrada Escritura. Y, según sus posibilidades, las diócesis mismas brinden oportunidades formativas en este sentido para los laicos con particulares responsabilidades eclesiales[3].

---

1. *Propositio 30* del Sínodo de los Obispos sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia,* Vaticano, 5-26 octubre de 2008.
2. Juan Pablo II, Exhort.ap.postsinodal *Christifideles laici*, 30 diciembre 1988.
3. Cf.*Propositio 33.Exhort.ap.postsinodal Verbum Domini,* 30 septiembre 2010.

En estas palabras de nuestro querido Papa Benedicto XVI tenemos, a mi juicio, la mejor presentación y la síntesis más lograda de los trabajos y fatigas de nuestro *I Congreso de Laicos*, acontecimiento de gracia y bendición para nuestra Diócesis. El paraninfo de la Universidad de Alicante vistió sus mejores galas a la hora de acoger a los 800 congresistas allí congregados. Juntos alabamos al Señor, reflexionamos y nos comprometimos a poner en práctica las enseñanzas de la Iglesia sobre la vida, la tarea y el compromiso de quienes constituyen la mayor parte de sus hijos. A los fieles cristianos seglares "corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios"[4].

Campo ancho y bien definido

"Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares… Desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana"[5].

Conscientes de la propia dignidad bautismal, gozosos de vivir nuestra fe y esperanzados ante la posibilidad de hacer las cosas mejor en adelante, hemos vivido juntos unos días, en clima de auténtica sinodalidad, es decir, queriendo recorrer juntos el camino, dándonos la mano unos a otros, y prestando atención todos a indicaciones precisas de quienes pueden y deben darlas. Contando siempre, cómo no, con las ayudas que unos hermanos pueden y saben ofrecer a los otros.

Cuando nos movemos así, el Espíritu Santo, "Dios y don de Dios"[6] aletea entre los fieles, inspira, anima, alienta y hace que nos sintamos hermanos, hermanos de verdad. "Poseemos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si permanecemos en su unidad y caridad"[7] y como el Espíritu Santo es la bondad emanada del Padre bueno y del Hijo bueno[8], eso es precisamente lo que algunos han resaltado y todos hemos vivido en estas jornadas memorables.

Cualificados profesores, expertos en contenidos y avezados en comunicar lo que ellos mismos viven, nos han ayudado, estimulado y empujado. Gracias, Profesor Torralba, gracias, Dra. Compte, y gracias D. Guzmán Carriquiry. Sus lecciones y su vivencia en el seno de la Iglesia Madre nos han ejemplarizado. Sois laicos, sois apóstoles y os hemos visto comprometidos. Habéis sabido esta-

4. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia, 31.*
5. Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 43.*
6. San Agustín, *Sermón 71,18.*
7. Ib. *Cometario al Evangelio de San Juan*, 32, 8.
8. Ib.ib.

blecer, con palabra cálida e inteligente, una empatía verdaderamente cristiana, y nos habéis animado a elevar el corazón y a descubrir nuevos horizontes. El Señor os recompense.

Junto a estos pioneros habéis movido centenares de personas de nuestro entorno, guiados desde hace tiempo por nuestro Delegado Diocesano de Laicos, Pascual Maestre, pendiente siempre y en todo, de prestar colaboración y ayuda. Se comentaba en los pasillos del Congreso la valoración positiva de esta actitud.

Invito a todos, congresistas y amigos, de la Diócesis y de fuera de ella, no sólo a hacer una lectura sosegada de los textos que aquí se recogen, sino también al estudio, en pequeños grupos, de su contenido. Puedo aseguraros que enseña, enriquece y ayuda a vivir en cristiano.

Con un objetivo claro en el horizonte: Formar un laicado católico empeñado "de forma unánime en trabajar para que no falte en el país la conciencia de la verdad plena sobre el hombre y la promoción del auténtico bien de las personas y de la sociedad"[9].

Era una ilusión y ha sido un reto celebrar este Congreso. Más todavía: Era una necesidad. "Feliz la necesidad, matiza San Agustín, que obliga a cosas mejores"[10]: Madurar para dar razón de nuestra esperanza, formarnos bien en la escuela de las grandes espiritualidades eclesiales, y tener al alcance de la mano, en la Diócesis, porción de la Iglesia universal, oportunidades formativas. ¡Ojalá se logre!

"Cuando oís al Señor que dice: *Donde yo estoy estará también mi servidor,* no penséis que lo dice solamente de los Obispos y clérigos buenos. Vosotros podéis servir también a Cristo viviendo bien, haciendo limosnas, dando a conocer su nombre y su doctrina a los que pudiereis…"[11].

Que Santa María, Madre del Señor y Madre nuestra, siga llevándonos de su mano a todos. En este empeño común y en los pasos que vayamos dando, día a día.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

9. Benedicto XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana,* 28, mayo, 2009.
10. San Agustín, *Carta 127, 8.*
11. Ib. *Comentario al Evangelio de San Juan, 51,13.*

Crónica del Congreso

CRÓNICA DEL CONGRESO

D. Pasqual Maestre Alvarado
Delegado Diocesano de Laicos

El Congreso Diocesano de Laicos, que tuvo como título: *En el corazón del mundo*, se celebró en el Paraninfo de la Universidad de Alicante durante los días 13 y 14 de noviembre de 2010, la Vigilia de oración preparatoria tuvo lugar el viernes día 12 en la Concatedral de San Nicolás de Alicante. El Congreso fue una acción relevante dentro del Curso Pastoral de la Diócesis de Orihuela-Alicante 2010-2011, cuyo objetivo era *Revitalizar la comunidad parroquial cuidando su presencia significativa en la "calle"*.

Como se lee en los textos que definen la programación pastoral de ese año: "La parroquia no es una comunidad aislada, sino en profunda y constante relación con las personas y con la vida de la calle", y ante la pregunta ¿Cómo revitalizar la comunidad parroquial desde la imagen de "calle"?, la programación diocesana planteaba la celebración de un Congreso de Laicos, como un aspecto importante a tener en cuenta.

El Congreso Diocesano de Laicos que la Iglesia de Orihuela-Alicante ha celebrado, ha sido un regalo del Señor y una gozosa experiencia de comunión eclesial. Ha servido y servirá para promover en toda la comunidad diocesana una reflexión sobre el laicado, que impulse su presencia en la vida pública.

En esta crónica vamos a desarrollar los apartados siguientes:

– Itinerario y fases de preparación.

– Conferenciantes y constitución de las mesas de ponencias.

– Talleres: temas, objetivos, participantes y dinámica.

– Datos de interés.

ITINERARIO Y FASES DE PREPARACIÓN DEL CONGRESO

En el año 2008, nos llegó a la Delegación de Laicos la sugerencia de convocar un Congreso Diocesano de Laicos. Esta idea que surgió en el Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar, nos pareció interesante y la asumimos. En nuestra Delegación empezamos a imaginar cómo podría ser este

Congreso. Se constituyó una Comisión Gestora Preparatoria de la que formaron parte D. Pasqual Maestre, Delegado de Laicos; Rvdo. D. Lucio Arnaiz, Delegado de Acción Social y Caritativa; D. Julio Pillet, miembro del Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar; D. Francisco H. Marín, Director del Secretariado de Acción Católica y D. Luis Javier Molina, Director del Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar. Esta Comisión elaboró una propuesta con objetivos, contenidos, itinerario de preparación, etc. que se presentó a nuestro Obispo y a los Vicarios Episcopales. Tras la valoración positiva inicial por parte de estos, el proyecto fue madurando con las aportaciones de los distintos secretariados de la Delegación y finalmente fue aprobado por el Consejo Episcopal Permanente.

En Junio de 2009 quedó disuelta la Comisión Gestora Preparatoria y se constituyó la Comisión Organizadora del Congreso compuesta por el Rvdo. D. Francisco Conesa Ferrer, Vicario General; D. Pasqual Maestre Alvarado, Delegado de Laicos; Rvdo. D. José A. Gea Ferrández, Vicario Episcopal de la Zona I; Dª Anabel Coco Blanquer y Dª Elena Bermúdez Ochoa, miembros del Secretariado de Enseñanza y Catequesis; Rvdo. D. Juan José Ortega Verano, Director de la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral; D. Francisco H. Marín, Director del Secretariado de Acción Católica y D. Luis Javier Molina Jaldo, Director del Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar. Esta Comisión sería la encargada de llevar a cabo todo el proceso congresual.

La convocatoria del Congreso se dirigió a todos los miembros del Pueblo de Dios en la Diócesis de Orihuela-Alicante interesados y sensibilizados por la vocación laical:

1. Consejos Parroquiales de Pastoral.
2. Laicos de las parroquias con actividad pastoral en las mismas.
3. Sacerdotes.
4. Seminaristas.
5. Diáconos permanentes.
6. Religiosos/as.
7. Movimientos de Acción Católica.
8. Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar.
9. Secretariados diocesanos.
10. Catequistas.
11. Educadores cristianos.
12. Cofradías y Hermandades de Semana Santa.

En cuanto a los objetivos marcados para el Congreso fueron los siguientes:

a) Revitalizar la misión del laico cristiano a partir de su propia vocación y espiritualidad.

b) Potenciar la presencia pública de los cristianos laicos.

c) Crecer en la toma de conciencia de toda la Iglesia Diocesana sobre la vocación y misión de los laicos, poniendo de relieve la situación y las necesidades del laicado diocesano.

d) Sugerir líneas de acción operativas para el laicado diocesano.

e) Fomentar una espiritualidad de comunión, que desde el encuentro, conocimiento, diálogo, y valoración mutua de todos los movimientos y comunidades de fieles laicos presentes en la Iglesia diocesana, contribuya a hacer más fecunda su misión evangelizadora.

La iniciativa de celebrar un Congreso Diocesano de Laicos, fue acogida como Buena Noticia. Con este Congreso se quería celebrar la vida nueva que Dios nos comunica por la fe en la Iglesia y en el mundo. Propiciar un espacio de encuentro y comunicación de experiencias entre todos los cristianos laicos de nuestra Diócesis. Imaginábamos un Congreso operativo, impulsor de nuevos caminos de acción y de presencia evangelizadora de los laicos, y no solo un encuentro formativo o doctrinal. En definitiva creíamos que sería una oportunidad para responder con mayor fidelidad a lo que el Señor quiere de nosotros como cristianos laicos.

Con el objetivo de que no fuera un encuentro aislado, el Congreso se concibió como un proceso en dos fases: una fase preparatoria de enero a junio de 2010. Sería un período de trabajo y reflexión (documento teológico, cuestionario) para todos los diocesanos, en los Consejos Parroquiales de Pastoral y en los distintos grupos, movimientos y asociaciones de apostolado seglar. Y una fase final que tuvo lugar del 12 al 14 de noviembre de 2010 en el Paraninfo de la Universidad de Alicante.

Fase preparatoria

26 de enero al 31 de mayo de 2010

En las sesiones de presentación de la programación diocesana durante los meses de septiembre y octubre de 2009, se dio a conocer en todas las Vicarías el proyecto del Congreso de Laicos y se alentó a todos los diocesanos a integrarse en todo el proceso congresual.

Se publicó una carpeta con el siguiente contenido: Carta de Mons. Rafael Palmero presentando los materiales de trabajo, Oración por el I Congreso de Laicos, Documento Teológico *En el corazón del mundo* y el Cuestionario de reflexión *Cristianos laicos en nuestra diócesis*.

Para dinamizar el trabajo en las distintas zonas se nombró un coordinador en cada Vicaría. El día 25 de enero se convocó una reunión donde asistieron el Obispo, el Delegado de Laicos y los cinco coordinadores. En este encuentro se presentaron los materiales y se perfiló la estrategia de trabajo para esta fase. D. Rafael Palmero nos manifestó su apoyo y nos animó a seguir avanzando en los preparativos del Congreso. El 26 de enero comenzó la fase preparatoria con la distribución de los materiales. Se estableció un plan de difusión en las cinco vicarías y se animó a todos los diocesanos, especialmente a los Consejos parroquiales de pastoral y a los Movimientos y Asociaciones de apostolado seglar a trabajar dichos materiales siguiendo las orientaciones que en los mismos se indicaba.

Se grabaron una serie de audiovisuales de promoción para insertarlos en el programa diocesano de TV. *DE PAR EN PAR.* También se grabaron dos programas monográficos sobre el Congreso, uno presentando la fase preparatoria y otro como resumen de la fase final.

En la Vigilia diocesana de Pentecostés, organizada con ocasión del Congreso y celebrada en la Catedral de Orihuela, Mons. Rafael Palmero tuvo su primera intervención oficial referida al Congreso en su homilía *Los laicos son Iglesia en el mundo*.

Esta fase terminó el 31 de mayo, se recogieron 107 aportaciones al documento teológico y 2003 cuestionarios cumplimentados. Hay que valorar el trabajo realizado por su profundidad, riqueza y variedad. Con las respuestas a las cuestiones planteadas en el documento teológico junto a las contestaciones del cuestionario de reflexión, se elaboró un documento de conclusiones de la fase preparatoria del Congreso. En el Encuentro Diocesano de Pastoral del 19 de junio se hizo una valoración de esta fase.

En los meses siguientes hubo un trabajo intenso de la Comisión Organizadora perfilando los preparativos de lo que sería la fase final.

El NODI, Boletín informativo de la Diócesis, puso a disposición de la Delegación de Laicos, durante todo el proceso congresual, una sección fija donde fueron apareciendo distintos artículos de formación, opinión e información relacionados con el Congreso y con la vocación y misión propia del cristiano laico.

Fase final

Del 12 al 14 de noviembre de 2010

La fase final del Congreso comenzó el viernes día 12 con una Vigilia de oración en la Concatedral de San Nicolás de Alicante presidida por D. Rafael Palmero Ramos, que en la homilía hizo una reflexión sobre la *Participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia*. El obispo lanzó una llamada a la unidad dentro

de la diversidad de los distintos Movimientos y Asociaciones laicales, recordándonos que la vida de comunión eclesial será así un signo para que el mundo crea. El espíritu de oración y de unidad de esta celebración fue la puerta de entrada a las dos jornadas siguientes.

El sábado día 13 de noviembre se llevó a cabo la primera jornada del Congreso en el Paraninfo de la Universidad de Alicante, un recinto que reunía todas las facilidades para el desarrollo de un encuentro de estas características. Nos reunimos más de ochocientas personas, en su mayoría laicos pero también religiosos y sacerdotes. Lograr reunirnos tantas personas de toda la diócesis, pertenecientes a distintos grupos y estilos laicales, para sentirnos una sola Iglesia y potenciar lo que nos une, ha sido un buen precedente. Las dos jornadas se desarrollaron en un ambiente de cordialidad, de comunión y de trabajo reflexivo.

La acogida organizada por un grupo de profesores de religión junto a los voluntarios de Pastoral Universitaria, posibilitó en todo momento que ésta fuera ágil y que la primera sesión comenzara a la hora prevista con el acto de apertura.

Nuestro obispo D. Rafael quiso destacar en su discurso inicial la tarea común de anunciar el Evangelio que tenemos todos los cristianos y la misión propia del laico de animar, con espíritu cristiano, el orden temporal: la promoción de la dignidad de cada persona humana, el campo de la familia, la caridad con el prójimo, la participación en la vida pública, la solidaridad, situar al hombre en el centro de la vida socio-económica.

El mundo es, por tanto, el lugar donde el cristiano laico vive su fe. Para realizar la síntesis entre fe y vida necesita una profunda vivencia espiritual y un proyecto de formación integral y permanente. Terminó su intervención deseando que este Congreso contribuya a tener en la Diócesis de Orihuela-Alicante un laicado más corresponsable.

A continuación D. Francesc Torralba nos invitó a reflexionar sobre el laicado cristiano en nuestra sociedad. Una ponencia donde nos presentó el laicado del siglo XXI necesitado de trascender el laicismo y el clericalismo, llamado –vocacionado- a salir de la propia esfera y comunicar el Evangelio. Ofreció unas claves para lograrlo como el ser audaces, apasionados por la vida y con una conciencia global, practicar la lógica del don y comunicando esperanza en los entornos de sufrimiento. Terminó indicando la necesidad de cultivar el sentido de pertenencia a la Iglesia, reivindicar la pluralidad de estilos laicales desde la comunión, con una voz activa y propositiva, desde lo esencial que nos une, y siempre cuidando la espiritualidad laical contra la hipertrofia de la vida activa. Terminada la intervención del Dr. Torralba, D. Francisco Javier Ruvira, Coordinador de Cáritas Inpterparroquial de Elche, hizo una reflexión sobre el trabajo realizado en la fase preparatoria.

Tras un breve descanso comenzaron los trabajos en los seis talleres propuestos.

En una primera sesión los encargados de los mismos ofrecieron una comunicación acerca del tema central de cada uno, y a continuación se trabajó en pequeños grupos. Tras la comida, en una segunda sesión se comunicaron las conclusiones de cada taller y se abrió el diálogo para enriquecer las aportaciones.

Debido a una incidencia en el transporte del Profesor Carriquiry, la ponencia de Dª Mª Teresa Compte se adelantó a la tarde del sábado, pasando la del profesor Carriquiry a la mañana del domingo.

En la segunda ponencia, Dª Mª Teresa Compte nos ofreció unas orientaciones sobre cómo deben estar presentes los cristianos laicos *en el corazón del mundo*, expuso que no hay posibilidad de actuar cristianamente si los ojos con los que se mira la realidad y los criterios con los que se juzga esa realidad no están imbuidos del espíritu cristiano que nos permitirá, después, actuar en cuanto tales. Se trata por lo tanto de mirar al mundo, de conocerlo, de juzgarlo con criterios cristianos y de actuar para la transformación de la realidad. Profundizó en los principios de la Doctrina Social de la Iglesia como puntos de apoyo para transformar el mundo en clave humanizadora.

Se concluyó la jornada con una oración ambientada por el Coro de cámara Contrapunctum y con el Concierto de música sacra ofrecido por la Orquesta Sinfónica Académica San Vicente y La Masa Coral *La Aurora*.

El domingo 14 de noviembre, después de la oración inicial, se expuso la tercera ponencia a cargo del Profesor Guzmán M. Carriquiry, el cual hizo una disertación sobre las claves de la identidad laical como fundamento de la vocación y la misión del cristiano laico. Destacó la importancia del sustantivo *christifideles*, animando a la superación de la "promoción de los laicos" concebida como lucha de poderes, reivindicación de derechos y ocupación de espacios en ámbitos eclesiásticos.

Los laicos tienen que "Con-formarse" a Cristo como vocación y camino de santidad superando el divorcio entre la fe y la vida, renovando su sentido de pertenencia a la Iglesia, superando situaciones de alejamiento y desafección. A su vez es importante crear comunidades cristianas vivas que acojan, abracen, transformen, sostengan y hagan crecer la vida de los cristianos laicos. Profundizó en el papel de la parroquia como concreción de la Iglesia local y en la nueva época asociativa de los fieles laicos.

El profesor Carriquiry terminó su exposición haciendo hincapié en la contribución singular de los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Se realizó a continuación el plenario donde se leyeron las síntesis de los talleres y el Comunicado final del Congreso. Dando paso, tras un descanso, a la Eucaristía de clausura. D. Rafael Palmero en su homilía, pidió que tengamos siempre una mirada esperanzada y esperanzadora que contribuya a construir el Reino de Dios. Afirmó que los objetivos que nos propusimos desde el primer momento de preparación de nuestro Congreso de Laicos, seguimos teniéndolos a la vista. Ellos han de orientar, en los términos amplios de su formulación y en las propuestas operativas concretas, nuestra andadura, la de toda la Diócesis, en los próximos años.

CONFERENCIANTES Y CONSTITUCIÓN DE LAS MESAS DE PONENCIAS

Los objetivos y los contenidos del Congreso se desarrollaron en tres ponencias.

1ª PONENCIA. *Reflexiones sobre el laicado cristiano en nuestra sociedad: Una mirada a nuestra diócesis.*

Ponente: D. Francesc Torralba Roselló. Doctor de Filosofía. Universitat Ramon Llull de Barcelona.

D. Francisco Javier Ruvira Guilabert. Coordinador de Cáritas Interparroquial de Elche.

Constitución de la mesa:

Mons. Rafael Palmero Ramos, Obispo diocesano; Rvdo. D. Francisco Conesa Ferrer, Vicario General; D. Pasqual Maestre Alvarado, Delegado de Laicos; Dª Elena Bermúdez Ochoa y Dª Anabel Coco Blanquer de la Comisión Organizadora.

2ª PONENCIA. *Claves de identidad laical. Fundamentos de la vocación y misión del laico cristiano.*

Ponente. D. Guzmán M. Carriquiry Lecour. Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos.

Constitución de la mesa:

Mons. Rafael Palmero Ramos, Obispo diocesano; D. Pasqual Maestre Alvarado, Delegado de Laicos; Rvdo. D. José Antonio Gea Ferrández, Vicario Episcopal de la Zona I; D. Luis Javier Molina Jaldo, Director del Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar; Rvdo. D. Juan Antonio González Magaña, Consiliario de la Delegación de Laicos; D. Francisco Hernández Marín, Director del Secretariado de Acción Católica.

3ª PONENCIA. *Cristianos laicos en el corazón del mundo*.

Ponente. Dª Mª Teresa Compte Grau. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Pontificia de Salamanca. Campus de Madrid.

Constitución de la mesa:

Mons. Rafael Palmero Ramos, Obispo diocesano; D. Pasqual Maestre Alvarado, Delegado de Laicos; Dª Elena Bermúdez Ochoa y Dª Anabel Coco Blanquer de la Comisión Organizadora; D. Francisco Hernández Marín, Director del Secretariado de Acción Católica; Rvdo. D. Francisco Conesa Ferrer, Vicario General; D. Luis Javier Molina Jaldo, Director del Secretariado de Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar.

TALLERES

TEMAS

1. Presentar a Jesucristo aquí y ahora.
2. La cultura actual: luces, sombras, retos.
3. La espiritualidad del laico.
4. Corresponsabilidad: Iglesia, casa y cosa de todos.
5. El laicado, construyendo y transformando la sociedad.
6. Dar razón de nuestra esperanza.

OBJETIVOS:

- Reflexionar sobre las cuestiones "esenciales" de la vocación y misión del cristiano laico.
- Hacer sugerencias, dar orientaciones, proponer pistas para la acción.
- Favorecer la comunión y la comunicación entre todos, buscando el enriquecimiento mutuo.

NÚMERO DE PARTICIPANTES POR TALLER

- Los talleres se ubicaron en las aulas de la Facultad de Derecho.
- El número total de participantes en los talleres fue de unas 800 personas.
- De cada uno de los seis temas se organizaron tres talleres simultáneos (18 talleres en total) de manera que los grupos fueran de unos 50 congresistas. Para favorecer la participación y facilitar la dinámica de cada taller, éstos se dividieron en grupos reducidos.

DINÁMICA DE LOS TALLERES

- Comunicación.
- Preguntas para la reflexión individual.
- Reflexión y trabajo en grupos reducidos.
- Puesta en común.
- Conclusiones.

DATOS DE INTERÉS

PARTICIPANTES TOTALES EN EL CONGRESO

824 personas participaron en el Congreso Diocesano de Laicos *En el corazón del mundo*

	Nº
Organización general	70
Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar	83
Secretariados Diocesanos	20
Acción Católica	34
Consejo Diocesano de Pastoral	10
Escuela Católica	30
Seminaristas	20
Vicaría I	128
Vicaría II	168
Vicaría III	58
Vicaría IV	88
Vicaría V	33
Inscritos directamente en el Paraninfo	51
Asistentes sin inscripción	31

COLABORADORES

Comisión Gestora Preparatoria:
D. Pasqual Maestre Alvarado.
Rvdo. D. Lucio Arnaiz Alonso.
D. Francisco Hernández Marín.
D. Julio Pillet Capdepon.
D. Luis Javier Molina Jaldo.

Comisión Organizadora:
Rvdo. D. Francisco Conesa Ferrer.
D. Pasqual Maestre Alvarado.
Rvdo. D. José Antonio Gea Ferrández.
Dª Anabel Coco Blanquer.
Rvdo. D. Juan José Ortega Verano.
Dª Elena Bermúdez Ochoa.
D. Luis Javier Molina Jaldo.
D. Francisco Hernández Marín.

Coordinadores de Vicaría:
Vicaría I: D. José María Ramón Gil.
Vicaría II: Dª Dolores García Bezares.
Vicaría III: D. Javier Hernández Martínez.
Vicaría IV: Dª Mª del Carmen Segura Almodóvar.
Vicaría V: D. Francisco Luis Soler Alonso.

Comisión de Liturgia:
Rvdo. D. José Antonio Berenguer Cerdá.
Rvdo. D. Eloy Martín García.
D. Rafael de Vera Gomis.

Servicio Litúrgico:
a) Acólitos: Seminaristas del Teologado Diocesano.
b) Animación musical de las celebraciones:
D. Rafael de Vera Gomis. Coordinador musical.
D. Luis Egío Sánchez. Adjunto de coordinación musical y solista tenor.
Rvdo. D. Ramón Vicente Cano Montoya. Órgano.
D. Alejandro Fernández Martínez. Órgano.
D. Miguel Canillas Martínez. Trompeta.
D. Mario Martínez Rico. Trombón.
Dª Clotilde Martínez Albaladejo. Soprano Solista.
Dª Bienvenida Espinosa Vallejos. Soprano solista.
D. Miguel Torres Giménez. Tenor solista.
D. Miguel Cano Crespo. Monitor de cantos.

Agrupaciones corales
Coro de Cámara Contrapunctum.
Director musical: D. José Vicente Sánchez Albertos.
Coral San Juan Bautista. Parroquia San Juan Bautista. Alicante.
Director titular: D. Rafael de Vera Gomis.
Coro y ensamble de metales de la S.I. Concatedral de San Nicolás. Alicante.
Director titular: D. José Vicente Leal Clavel.
Organista: D. Manuel Ramos Aznar.

Comisión de Infraestructura:
D. José Pinteño García.
Dª Dolores García Bezares.
D. David Serneguet Sevila.
Dª Concepción Vegara Valero.
Dª Mª Dolores Moreno García.

D. Luis Javier Molina Jaldo.
Dª Celia Fuertes Seller.
D. Bartolomé Segarra Sánchez.
D. Félix García Lozano.
Dª Dolores Ferrández Espinosa.
D. Jesús Fernández Pacheco.
Dª Carmen Chicote Panadero.

Comisión de acogida:
D. Alfonso Sánchez Leal.
Dª Asunción Ortiz Izquierdo.
Dª Mary Carmen Llácer Fernández-Mayoralas.
D. Santiago Trujillo Ruiz.
Dª Matilde Martínez Urbano.
Dª Susana Aranda Gómez.
Dª Celia Lara Plaza.
D. José Vicente Aguirre Pastor.
Dª Mª del Carmen Terol Moltó.
Dª Mª José Terol Moltó.

Voluntarios:
Dª Silvia Gómez Tendero.
D. Jaime Brotóns Antón.
D. Pedro Serrano Mejías.
Dª Olga Gálvez Bernabé.
D. Juan José Crespo Campos.
Dª Blanca Maestre Terol.
Dª Almudena Cecilia MaestreTerol.
D. Bernat Josept Olivera Esteve.
Dª Asunción Quijada Cazorla.
D. Estanislao Trives Sánchez.
Dª Susana Garrido Birlanga.
Dª Beatriz Sánchez Camacho.
D. David Martínez Barrajón.
Dª Lucía Hernández Erades.
Dª Mª Cristina Lillo Cloquell.
D. Manuel Serrano Salazar.

Servicio Médico:
Dª Cecilia Terol Moltó.

Otros colaboradores:
D. Luis Simón Zorita.
D. Manuel Marco Camacho.

Fotografía y Vídeo:
D. Manuel Berenguer Juan.
D. Andrés Alcarazo Márquez.
D. Raúl López García-Navas.

Talleres:
Responsables de las comunicaciones
Dª Antonia Tecles Martínez. *Presentar a Jesucristo aquí y ahora*.
D. Juan Carlos Márquez Villora. *La cultura actual: luces, sombras, retos*.
D. José Mª Pérez Basanta. *La espiritualidad del laico.*
Dª Encarnación Rico Guardiola. *Corresponsabilidad: Iglesia, casa y cosa de todos*.
Dª Dolores Gambín Molina. *El laicado, construyendo y transformando la sociedad.*
D. Fernando López de Rego Fernández. *Dar razón de nuestra esperanza.*

Responsables de taller
Dª Josefina Lledó Valero.
Dª Sandra Rubio Calatayud.
D. Antonio Tatay Nieto.
Dª Mª del Carmen Segura Almodóvar.
Dª Concepción García de Otazo.
Dª Mª José de Vega Alonso.
D. Manuel Vicente Gascó Mas.
D. Pedro Morales Sánchez.
Dª Pilar García López.
D. Dionís Penyarroja González.
D. Antonio Meseguer Zamora.
Dª Esperanza López Villellas.

Colaboradores
D. José Giera Vives.
D. Francisco Bañón Díaz.
D. Javier Esquembre Menor.
Dª Ángeles Gisbert Tomás.
D. Julio Rodenas Giner.
Dª Isabel López Hernández.
D. Daniel Tendero Sánchez.
D. Enrique José Landete Martínez.

D. Emilio Pérez Cerdá.
Dª Concepción Múgica Barreiros.
D. Francisco Rico Manresa.
Dª Ángela Martínez Pastor.
Dª Mª del Carmen Llácer Fernández-Mayoralas.
D. Carlos García Martínez.
D. Miguel García Rebollo.
D. José Rubio Miralles.
Dª Mª Jesús Sánchez Moya.
Dª Amparo Zaragoza Bernal.
Dª Cristina Montoto Chantes.
Dª Mª del Pilar González Noguera.
Dª Cristina Hetquet.
D. José M. Martínez Román.
Dª Ana Moreno Morán.
D. Antonio Aranda López.
Dª Ana Trigueros Alenda.
Dª Dolores Romero Martínez.
D. José Vicente Sánchez Sánchez.
Dª Mª Eugenia Vidal Carrazoni.
Dª Francisca Ortiz Bustos.
D. Arian Aledo Avaria.
D. Joaquín Moncho Vasallo.
D. Antonio Anguiz Miró.
Dª Pilar Corral Sánchez.
D. Bernardo Bande Vera.

Audiovisuales de promoción:
Dª Mª de la Providencia Cuevas Medina.
Dª Mª Ángeles Ferrol Ros.
Dª Mª Ángeles López Rubio.
D. Daniel García Garrigós.
Dª Belén Rasero Vila.
D. Joaquín Abegón Vellerino.
D. Ernest Olivera Esteve.
Dª Almudena Cecilia MaestreTerol.
D. Bernat Josept Olivera Esteve.
D. Manuel Seva Villaplana.
D. Sergio Alcarazo Terol.
Dª Camino Olivera Esteve.
D. Javier Esquerdo Terol.
D. Pedro Esquerdo Terol.

Dª María Garrigós López.
Dª Anabel Coco Blanquer.
Dª Dolores García Bezares.
D. José Luis Berenguer Juan.
D. Enrique Berenguer Juan.
Dª Gloria Vallejo León.
D. Francisco Vicente Toral.

Documento teológico

INTRODUCCIÓN

El anuncio de Jesucristo es una exigencia y tarea permanente de toda la Iglesia, la cual existe para evangelizar[1]. En nuestros días, percibimos con particular intensidad la urgencia de anunciar de nuevo el evangelio. Constatamos en nuestra sociedad una fuerte crisis de valores y una creciente distancia entre la fe cristiana y la cultura dominante. Reconocemos, por ello, con Juan Pablo II, que "ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización"[2].

El derecho y el deber de evangelizar corresponde a todo el Pueblo de Dios: es responsabilidad de toda la Iglesia. Cada cristiano, en virtud del bautismo, tiene la misión de transmitir el Evangelio, siendo testigo del Dios vivo. Desde la comunión eclesial brota el impulso para la misión, que cada uno realiza de acuerdo con su propia vocación, según lo que San Pablo señala: "Dios ha asignado a cada uno un puesto en la Iglesia" (1 Cor 12,28).

Los cristianos laicos tienen, en el seno de la comunidad eclesial, un papel insustituible en la tarea evangelizadora. Sin embargo, al mismo tiempo que reconocemos con agradecimiento al Señor el don de la vocación laical, sentimos también la necesidad de profundizar en ella: ¿Qué es un laico? ¿Cuál es el perfil del laico cristiano? ¿Cómo vive el laico su participación y corresponsabilidad en la vida y misión de la Iglesia? ¿Cómo vive prácticamente la diversidad y la complementariedad de ministerios, carismas y responsabilidades? Estas y otras son preguntas que mueven a la reflexión, conscientes de que la promoción de un laicado evangélico y evangelizador, adulto y comprometido es cosa de todos[3].

De manera particular, advertimos la necesidad de alentar la presencia del cristiano laico "en el corazón del mundo", en la sociedad secular. Por diversas razones, los fieles laicos son movidos con frecuencia o sienten ellos mismos la tentación de separar la fe de los diversos ámbitos de la vida, convirtiéndola en una práctica privada, sin incidencia en el mundo de la familia, la profesión, la economía o la política[4]. Resulta, por ello, conveniente que redoblemos el esfuerzo para que la fe sea vivida en el corazón de la vida cotidiana. "Lo que el alma es en el cuerpo, eso mismo han de ser los cristianos en el mundo". Con estas palabras

---

1. PABLO VI, Ex. Ap. *Evangelii Nuntiandi*, 14.
2. JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Christifideles Laici (30/12/1988),* 34 (en adelante citado como ChL).
3. Cfr. ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo (19/11/1991)*, 9 (en adelante citado como CLIM).
4. Cfr. CLIM 146.

tomadas de la "carta a Diogneto" (s. II) concluye el capítulo 4º de la Constitución *Lumen Gentium* en el que se trata de los laicos. Y "tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar", sigue diciendo esta antigua carta del siglo II que conserva hoy su actualidad.

El Congreso Diocesano de Laicos nace con el deseo de promover en toda la comunidad diocesana una reflexión sobre el laicado, que impulse su presencia en la vida pública. Se inserta, de esta manera, en nuestra programación diocesana para el curso 2010-2011, que nos anima a cuidar la presencia significativa "en la calle", en los espacios donde nos encontramos con otras personas y en los que convivimos.

El documento teológico que ofrecemos pretende ayudar en esta reflexión y acompañar la fase preparatoria del Congreso Diocesano de Laicos. Se estructura en tres partes, que concluyen cada una con un pequeño cuestionario, que quiere ayudar la reflexión en el grupo. Comienza lanzando una mirada al Nuevo Testamento, para descubrir los principales rasgos de la vocación laical. En la segunda parte nos preguntamos por la identidad específica del laico dentro de la Iglesia, misterio de comunión. En la tercera parte nos fijamos en la misión propia del laico destacando su presencia en la vida pública.

I. UNA MIRADA AL LAICADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Del testimonio que nos da el mismo Nuevo Testamento, se pueden extraer diversas notas que definen la vida laical. Comenzamos fijándonos en la misión común de anunciar a Jesucristo, para luego fijarnos en algunos elementos que nos ayudarán a comprender la vocación y misión específica del laico.

1. La tarea de evangelizar

Después de la resurrección, Jesús encargó a toda Iglesia la misión de anunciar el Evangelio a todo el mundo (cfr. Mc 16, 1) y comunicar a todos los hombres la "incalculable sabiduría de Dios" (Ef 3,10). El mismo Señor hace partícipes a los discípulos de su propia misión: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo" (Jn 17,18). Con la fuerza del Espíritu, ellos cumplirán su mandato de hacer discípulos, bautizar y enseñar. El libro de Hechos describe las etapas de esta proclamación y el nacimiento de las primeras comunidades. Por su parte, San Pablo se siente empujado por una "necesidad": "Ay de mí si no evangelizare" (1 Cor 9,16). Tiene la conciencia de haber sido llamado también él, "el más insignificante de todos los cristianos" a evangelizar a los paganos…, a declarar el cumplimiento de este plan secreto, escondido desde todos los siglos en Dios (Ef 3,9). Ha sido "elegido para predicar el evangelio de Dios" (Rom 1,1), "poseído

e impulsado por el amor de Cristo" (2 Cor 5,14), "creyó y por eso habla" (2 Cor 4,13).

Para realizar ese anuncio de Jesucristo es necesaria la colaboración de todos; se precisan misioneros-evangelizadores. Escribe San Pablo: "todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Ahora bien, ¿cómo van a invocar a aquél en quien no creen? ¿Cómo van a creer en él si no han oído hablar de él? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?" (Rom 10,13-14). Es toda la Iglesia la que está llamada a predicar la Palabra para la salvación.

2. Los laicos en la misión evangelizadora

Desde el comienzo, los fieles laicos participan en esa misión evangelizadora común a toda la Iglesia. En el Nuevo Testamento se recogen los nombres de muchos hombres y mujeres que, desde su propia vocación laical, se unieron a la misión común de anunciar a Jesucristo y su proyecto del Reino. Si bien el término "laico" no aparece en el Nuevo Testamento, sin embargo, la realidad que se designa cuando se introduce más tarde en el vocabulario cristiano, está claramente enunciada en los escritos neotestamentarios.

Un breve recorrido por los Evangelios nos lleva a recordar a muchas personas que al encontrarse con Jesucristo se convierten en colaboradores y continuadores de su misión. Destaca especialmente María Magdalena la primera que anunció a los mismos apóstoles la noticia de la resurrección: "He visto al Señor" (Jn 20, 18).

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de mujeres como Tabitá, que "repartía muchas limosnas y hacía obras de caridad" (9, 36), o como María, la madre de Juan Marcos, cuya casa se usó en Jerusalén como lugar de encuentro para la oración (Hech12, 12). Los laicos acompañan también toda la tarea misionera de San Pablo. Son de toda clase social (médicos y esclavos, comerciantes y terratenientes) y de diferentes condiciones (hombres y mujeres, matrimonios, viudas, célibes). Todos ellos son reconocidos como "colaboradores de Dios" implicados de diversas maneras en la tarea de anunciar a Jesucristo. Algunos como Lidia, prestan su casa para la reunión de la comunidad (Hech 16, 14), otros como Febe, tienen un papel activo en la evangelización (Rom 16, 1-3). Destaca especialmente el matrimonio formado por Prisca y Aquila, excepcionales misioneros de los que Pablo dirá que todas las comunidades de gentiles estaban en deuda.

Para advertir la riqueza y diversidad de la presencia de los laicos en el Nuevo Testamento, podemos leer el final de la carta a los Romanos (16, 5-13), en el que se refleja el rostro de las comunidades cristianas: "Saludad a mi querido Epéneto, primicias del Asia para Cristo. Saludad a María, que se ha afanado mucho por vosotros. Saludad a Ampliato, mi amado en el Señor. Saludad a Urbano, colabo-

rador nuestro en Cristo; y a mi querido Estaquio. Saludad a Apeles, que ha dado buenas pruebas de sí en Cristo. Saludad a los de la casa de Aristóbulo. Saludad a mi pariente Herodión. Saludad a los de la casa de Narciso, en el Señor. Saludad a Trifena y a Trifosa, que se han fatigado en el Señor. Saludad a la amada Pérside, que trabajó mucho en el Señor. Saludad a Rufo, el escogido del Señor; y a su madre, que lo es también mía. Saludad a Asíncrito y Flegonta, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos que están con ellos. Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, lo mismo que a Olimpas y a todos los santos que están con ellos".

3. La variedad de ministerios en la Iglesia, obra del Espíritu

Sin embargo, en el Nuevo Testamento el acento no está puesto en la diversidad y en la distinción, sino en la unión y comunión fundamental que comporta la pertenencia a la Iglesia. Cuando San Pablo habla de la diversidad**,** insiste en la única fuente que sustenta los ministerios y carismas y que asegura la articulación armónica de los mismos: "hay, además diversidad de carismas, pero uno solo es el Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el Señor; hay diversidad de operaciones, pero uno sólo es Dios, que lo hace todo en todos y a cada uno se le ha dado una manifestación particular del Espíritu para la utilidad común" (1 Cor 12, 4-7).

La diversidad de ministerios y carismas es reconocida por San Pablo como obra del Espíritu en el Pueblo de Dios: "En la Iglesia, Dios ha establecido a algunos, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como maestros, luego hay milagros, luego dones de curar, asistencias, funciones directivas, diferentes lenguas" (1 Cor 12, 28).

4. Los nombres del cristiano

Los que más tarde serán llamados "laicos" son designados en el Nuevo Testamento con términos diversos, que incluyen a todos los miembros de la comunidad cristiana. Aunque la Sagrada Escritura no usa de modo específico del término "laico", es rica en nombres calificativos e imágenes que sirven para designar a los cristianos. Presentamos las principales, que nos ayudarán a entender la vocación y misión laical:

Todo fiel es, ante todo, "**discípulo**", seguidor de Cristo. Es el nombre que más se usa en el Nuevo Testamento. Desde el comienzo de su predicación, Jesucristo llama al seguimiento absoluto e incondicionado, que implica la adhesión plena a su persona, a su mensaje, a su destino. Las exigencias radicales del seguimiento de Jesús (Lc 9,57-62) indican que en Él irrumpe el reino de Dios. Quienes lo siguen son expropiados de su mundo y hechos herederos de un mundo nuevo (reino de Dios) definido por la persona misma de Jesús. Seguir a Cristo engendra

comunidad de vida que se traduce en una relación estable, permanente, exclusiva con Él, hasta compartir su destino de muerte y resurrección.

El seguimiento, o discipulado, tal como fue vivido por los discípulos por los caminos de Galilea y Judea, sigue siendo el prototipo al que miran todas las generaciones de cristianos: caminar con Jesús, compartir con Él en una relación dinámica, siempre nueva, de comunión, de amistad, de amor.

Según cuenta el libro de Hechos (11, 26), en Antioquía se comenzó a designar a los discípulos con el nombre de **cristianos**. Este título, que tenía inicialmente un carácter menospreciativo en la sociedad romana, se irá generalizando. El nombre, al mismo tiempo que indica relación a Cristo, hace referencia a la unción, que consagra al bautizado a semejanza de Jesucristo. "Para nosotros —dirá un autor del siglo II— ésta es la explicación de nuestro nombre de cristianos, pues estamos ungidos por el óleo de Dios"[5].

Otros nombres con el que se designa a los creyentes son los de **santos, elegidos, amados de Dios**. Hijos con el Hijo del Padre Santo (Jn 17,11) y colmados por Dios de su Espíritu Santo (Hech 4,31) con el que estaba "ungido tu santo siervo Jesús" (Hech. 4,27.30), los cristianos son un pueblo santo (1 Ped 2,9). El nombre de "santos", designa a los cristianos principalmente como objeto de acciones divinas. A este nombre se vincula el de "elegidos" o "llamados": "Llamados de Jesucristo, amados de Dios, llamados santos" (Rom 1,6-7). "Santificados en Cristo Jesús, llamados santos" (1 Cor 1,2).

Se designa también a los cristianos como **fieles** y **creyentes**. Son términos que se exigen mutuamente. Ser cristiano es creer en el nombre del Señor Jesús y permanecer en su amor (Jn 15,9.10). Esto exige la fidelidad aun en medio de las dificultades: "Vosotros sois los que habéis permanecido constantemente conmigo en mis tribulaciones" (Lc 22,28).

También se designa a los discípulos como **hermanos**. Jesús llama a los suyos "hermanos" (Mt 25,40). El vínculo de parentesco con Él se establece por creer en su nombre (Jn 1,12); por cumplir "la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 12,50); por escuchar la palabra de Dios y cumplirla (Lc 8,21). Jesús enseñó a los discípulos que sólo él era el maestro y "todos vosotros sois hermanos" (Mt 23, 8). Los primeros cristianos se llamaban con este nombre, reconociendo su vinculación con Cristo y su pertenencia a una comunidad. En virtud del bautismo, el cristiano es parte de la familia de Dios (cf. Ef 2,19; 1 Tim 3, 15) y forma con sus hermanos un solo cuerpo, del que Cristo es la cabeza (Col 1,18).

Estos y otros términos que aparecen en el Nuevo Testamento (como "amigos" o "herederos") pueden ayudarnos a entender la naturaleza del laicado, situándolo

5. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autolycum*, I, 12.

en relación con el Dios Trinitario (elegidos y amados del Padre, discípulos del Hijo y ungidos por el Espíritu) y en la Iglesia, como comunidad de hermanos.

5. Miembros de un pueblo santo

En la Primera Carta de Pedro se explica que todos los cristianos forman un sacerdocio sagrado (2,5); son parte de "un linaje escogido, un sacerdocio real, una nación santa". La unión de cada uno con Jesucristo, único y eterno sacerdote (cf. Heb 7, 24), hace de la Iglesia un pueblo sacerdotal. Mediante los signos visibles del bautismo y la unción del Espíritu, llegamos a ser un reino de sacerdotes (cf. Ap 1,6; 5-9-10). Este sacerdocio común de todos los fieles se ejerce en la ofrenda del único sacrificio de Cristo, con Él y por Él (Ap 1, 5; Heb 13, 15). También en la ofrenda de alabanza que tiene su máxima expresión en la Eucaristía (Heb 13, 15; 10-22; 1 Pe 2,9), en el sacrificio espiritual y la entrega de vida (Rom 12, 1-2) y en la caridad (Heb 10, 24; Sant 1, 26-27). Y, de un modo especial en el testimonio que culmina en el martirio ((Flp 1, 19-30; 1 Pe 2, 20: Ap 5, 9-10). Todos los cristianos tienen que "anunciar las maravillas del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable… y estar siempre preparados para dar razón de la esperanza a quien la pida" (1 Pe 2, 9.12).

6. Templos vivos y santos del Espíritu

En la misma carta de Pedro se describe también a los bautizados como piedras vivas cimentadas en Cristo y destinadas a la construcción de un edificio espiritual (2,5). La vida de los creyentes, como la del mismo Cristo, está marcada por el Espíritu. San Pablo subraya el protagonismo del Espíritu en la tarea del evangelizador y apóstol. El Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, es la verdadera ley interior del cristiano para san Pablo: "los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios" (Rom 8,14). Es el Espíritu el que conduce toda la tarea apostólica.

En 2 Cor 3, 3 Pablo expresa de manera inequívoca el sentido de la vida cristiana: "A la vista está que sois una carta de Cristo redactada por nosotros y escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones". También Gal 5, 16-26 es una exhortación a entender la vida cristiana como un continuo caminar bajo la guía del Espíritu de Dios. De esta manera el comportamiento cristiano viene ya definido como un vivir en relación al Espíritu. Cuando Pablo exhorta, ("procurad que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones; antes bien, sed esclavos unos de otros por amor") a utilizar la libertad en que estáis, como libertad para el amor, no es otra cosa sino el realizar la propia vida laical atendiendo y escuchando al Espíritu.

Los laicos, sabiéndose unidos fuertemente a Cristo, van tomando conciencia a impulso del Espíritu, de que su presencia en el mundo, en la sociedad extiende

en los diversos ámbitos de la vida, como Jesús, la semilla de la Buena Noticia. Ellos son sal y levadura, que se hunde y confunde con la masa, pero la fermenta y son luz que ha de alumbrar más allá de la casa (Mt 5, 13-14; 13, 33). Con estas imágenes evangélicas se expresa espléndidamente la novedad y originalidad de la inserción y participación de los fieles laicos en el mundo

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

1. ¿Cuáles son los principales carismas y ministerios que se dan en nuestro grupo/comunidad/movimiento?
2. ¿En qué aspectos concretos se nota que vivimos el discipulado, el seguimiento de Cristo?
3. ¿Cómo entendemos el sacerdocio de los fieles en nuestra comunidad/grupo/movimiento?
4. ¿Qué necesitamos a nivel personal y comunitario para llevar el evangelio de Cristo a quienes no le conocen?
5. ¿En qué ámbitos de la vida se nota que vamos tomando conciencia (a impulso del Espíritu) de nuestra fuerte unión con Cristo?

II. SER CRISTIANOS LAICOS

Después de la reflexión iluminada por la Sagrada Escritura, pasamos a preguntarnos por el ser del cristiano laico, por lo que constituye la identidad del laico en el seno de la Iglesia.

Los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, junto con la Eucaristía, centro y cumbre de la vida cristiana, son la fuente permanente del ser y el actuar del laico en la Iglesia y en el mundo. Y para muchos de ellos además el sacramento del Matrimonio[6]. Para comprender bien lo "específico" de la vocación laical es preciso comenzar por subrayar la unidad profunda, no simplemente sociológica sino sacramental de la condición cristiana común a todos los bautizados. Y subrayar, por tanto, la unidad e identidad de la misión confiada a todos los discípulos de Jesucristo. Sólo después se puede pasar a la explicación de las diferencias de ministerios, de carismas y de vocaciones particulares dentro de la vocación común de todos los bautizados, de un único y mismo llamamiento a la santidad.

6. ChL 23.

1. La identidad cristiana en referencia a Cristo, la Iglesia y el mundo

La pregunta por la "identidad" del laico es, ante todo, la pregunta por la identidad cristiana. Qué es un laico, equivale a preguntar qué es un cristiano. Y esta "identidad cristiana" viene conformada por tres referencias inseparables e imprescindibles. A saber: Jesucristo, la Iglesia y el mundo.

1.– ***Cristo***, su vida y su persona, son referencia obligada para toda forma de vida cristiana. Seguir a Jesucristo es el compromiso primero y fundamental de todo bautizado. Y por tanto, existe una sola y misma vocación cristiana a partir de un solo y mismo bautismo, que se vive en formas peculiares (ministerio ordenado, religiosos, laicos…) y que son iguales en dignidad y complementarias entre sí.

2.– ***La comunidad eclesial*** es esencial para conformar la identidad cristiana. Sólo es posible seguir a Jesucristo insertos en su cuerpo que es la Iglesia. Ella nos transmite la memoria viva de Cristo. Ella es el pueblo de Dios que fundamenta en el Bautismo y en la Confirmación (no en el Orden sacramental) los derechos y deberes de todos los miembros. No hay cristianos por libre: amar, creer y esperar "cristianamente" sólo puede hacerse en comunidad.

3.– ***El mundo,*** realidad creada como "habitat" del hombre. El hombre no es una realidad superpuesta artificialmente en el mundo, sino que está profundamente enraizado en él; el hombre forma parte del mundo, cuyos influjos positivos y negativos, no puede dejar de percibir. Es preciso que reafirmemos la profunda unidad existente en el plan de Dios entre la obra de la creación y la obra de la redención. Necesitamos superar el binomio "sagrado-profano" porque el mundo esta llamado a ser "santo en su profanidad"[7]. Desde esta perspectiva, la "mundanidad", la "secularidad" forma parte del ser cristiano[8]. Es "propia y peculiar" de los laicos[9] pero no exclusiva.

Así pues, desde estas tres referencias a Cristo, la Iglesia y el mundo, subrayamos y tomamos como punto de partida la unidad profunda de la identidad cristiana común a todos los bautizados; y la unidad e identidad de "misión" confiada a todos los discípulos de Cristo sin distinción ni excepción.

---

7. Lo profano, convirtiéndose en "sagrado", deja de ser profano; lo "profano", haciéndose "santo" continúa siendo "profano". Cfr. M.-D. CHENU, *Los laicos y la "consecratio mundi",* en G. BARAUNA, *La Iglesia del Vaticano II,* II, Barcelona 1966, p.1003.
8. Hay que distinguir, sin embargo, "secularidad" y "secularismo". El término "secularidad" se refiere a la legítima autonomía de las realidades temporales. Cuando lo referimos a la Iglesia, entendemos que la Iglesia es en el mundo y para el mundo. Por su parte, con el término "secularismo" nos referimos a la absolutización que se realiza de lo temporal cuando se desliga de su referencia a Dios (cfr. GS 36).
9. Cf. LG 31; GS 43.

2. Algunas consideraciones a la pregunta por la vocación laical

Situados en esta perspectiva, y para dar un paso adelante en la pregunta por la identidad laical debemos tener presentes al menos dos consideraciones:

En primer lugar, es conveniente evitar un planteamiento individualista del tema: el laico singularmente considerado, frente al clérigo o al religioso considerados también de forma singular. El modelo de una Iglesia "comunión" establece que todos sus miembros, como único Pueblo de Dios, tienen idéntica dignidad —derechos y deberes— en la vida y misión de la Iglesia, aunque las funciones, ministerios y carismas sean diversos[10].

En segundo lugar, es particularmente oportuno insistir en la laicidad como dimensión propia de toda la Iglesia. La condición "laical" no es algo exclusivo de un grupo de bautizados dentro de la Iglesia sino que afecta a toda la comunidad eclesial en cuanto tal. Es obligación de todos los miembros de la Iglesia la renovación cristiana del orden temporal[11].

a) Complementariedad vocacional

Las distintas vocaciones cristianas son, dentro de su insuprimible diversidad, necesaria e indisolublemente complementarias.

Juan Pablo II en su Exhortación apostólica sobre la Vida Consagrada, reconoce que "en la unidad de la vida cristiana, las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo que resplandece sobre el rostro de la Iglesia. Los *laicos* en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida de todas las cosas creadas. Los *ministros sagrados*, por su parte, son imágenes vivas de Cristo cabeza y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del 'ya pero todavía no', a la espera de su venida en gloria. A la *vida consagrada* se le confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano"[12].

Cada una de las tres vocaciones peculiares, "personifica" aspectos esenciales que pertenecen a la naturaleza íntima y esencial *de toda* la Iglesia: los ministros, encarnan y personifican la "ministerialidad"; los religiosos encarnan y personifi-

---

10. Cf. LG 32; AA, 3. 18; AG 11.
11. Cf. AA 7; GS 36. Conviene distinguir "laicidad" y "laicismo". "Laicidad" se refiere al respeto de la autonomía de las realidades profanas. En el ámbito político promueve el mutuo respeto entre Iglesia y Estado fundamentado en la autonomía de cada parte. Por su parte, "laicismo" es una ideología que promueve una concepción de la sociedad sin ninguna referencia a Dios. Resulta clarificador el discurso de BENEDICTO XVI, *A los juristas católicos* (9/12/2006).
12. JUAN PABLO II, *Ex. Ap. Vita Consecrata*, 1996, n 16.

can de forma especial, el compromiso de toda la Iglesia de seguir a Cristo amando a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas; los laicos encarnan y personifican de forma peculiar pero no exclusiva, el compromiso de toda la comunidad eclesial en relación con el mundo, entendido éste como realidad que hay que asumir y transformar según el proyecto de Dios.

La variedad de estados de vida y vocaciones revela la inmensa riqueza del misterio de Cristo. Es responsabilidad de todos promover y estimular las vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada

b) Laicidad, dimensión de toda la Iglesia

El redescubrimiento del laicado corre parejo con el redescubrimiento de la Iglesia. La revalorización de la dignidad del laico en la Iglesia y de su función en el mundo fue una de las tendencias centrales del Vaticano II. Ha sido éste el primer concilio en la historia de la Iglesia que ha tratado de forma directa y con amplitud la realidad teológica y pastoral de los laicos. Al laico, el concilio le ha dado un puesto privilegiado, dedicándole un capítulo dogmático y pastoral, que resulta irremplazable en la autorreflexión y autocomprensión de la propia Iglesia[13]. Se podría decir que la pregunta por el laicado es una pregunta por la Iglesia[14]. Las categorías eclesiológicas de misterio, comunión y misión, esclarecen correlativamente la "identidad-dignidad", la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

Desde este planteamiento, la condición "laical" no es algo exclusivo de un grupo de bautizados –los laicos–, sino que afecta a toda la comunidad eclesial. Es preciso asumir radicalmente por parte de todos los miembros de la Iglesia, la "secularidad" inherente a la Iglesia misma, que no sólo está "en el mundo", sino que es "para el mundo", desde la clara conciencia de que "sólo se salva lo que se asume"[15].

---

13. Nos referimos al capítulo IV de la "Lumen Gentium". Y junto a este documento "central" del concilio, habríamos de mencionar expresamente, el Decreto sobre los laicos "Apostolicam actuositatem" (AA). Sin olvidar otros documentos como el Decreto sobre las misiones "Ad Gentes" (AG), o la Constitución Pastoral "Gaudium et spes" donde aunque no desde una perspectiva doctrinal ni de forma expresa y directa, sino desde una perspectiva más operativa, afrontó temas y ámbitos donde los laicos tienen que desenvolver su compromiso cristiano. Así, por ejemplo, la segunda parte de GS trata: matrimonio/familia, cultura, vida económico-social y política, construcción de la paz…
14. Bastaría fijarse y comentar los subtítulos de los tres primeros capítulos de la Exhortación apostólica *Christifideles Laici*: la *dignidad* de los fieles laicos en la *Iglesia-misterio;* la *participación* de los fieles laicos en la vida de la *Iglesia-comunión*; la *corresponsabilidad* de los fieles laicos en la *Iglesia-misión*.
15. Cf. Pablo VI, *Encíclica Ecclesiam Suam*, 80; ChL 15

Por "laicidad" se entiende, desde nuestra concepción eclesial, la afirmación de la autonomía y de la consistencia del mundo profano en relación a la esfera religiosa. Hay que reconocer que la laicidad, el carácter secular, es un concepto difícil y controvertido. Por ello, la asunción de la laicidad lleva consigo algunas exigencias importantes: ante todo es necesaria una actitud crítica en un permanente ejercicio de discernimiento y por tanto evitar la tentación de una asunción fácil, acrítica e indiscriminada de la laicidad[16].

Junto con el leal reconocimiento de la laicidad del mundo donde las realidades terrenas tienen un valor propio y autónomo hemos de reafirmar la dimensión secular de la Iglesia donde todos los bautizados sin distinción son responsables del orden temporal.

3. Perfil de la condición laical

Desde las consideraciones precedentes intentamos ahora señalar aquellos elementos que delinean e identifican al laico. Para comenzar, recordemos que en la descripción tipológica del laico que dio el concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* 31, se afirman dos elementos que cualifican al laico de cara a la misión:

En primer lugar, la *eclesialidad*: el laico no sólo pertenece a la Iglesia, sino que *es* la Iglesia, de modo que su hacerse presente en el mundo es la forma de hacerse presente la Iglesia en el mundo. Sin los laicos no existiría la Iglesia tal como nos recuerda el decreto *Ad Gentes* 21: "la Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho".

El segundo elemento es el de la *secularidad*: el laico es llamado a vivir su eclesialidad en la manera secular, en el ámbito de lo temporal donde realiza su misión de construir el reino de Dios. Así "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos"[17].

Después del Concilio se han realizado grandes esfuerzos para definir al laico, buscando una definición positiva de su vocación y misión[18]. Entre los diferentes

16. Cf. GS 33-39, Cap.III "La actividad humana en el mundo".
17. LG 31.
18. Se intenta evitar pensar en el laico sólo negativamente, como "el que no es clérigo, ni religioso". El debate teológico posconciliar sobre el laicado se ha movido fundamentalmente entre dos tendencias: la que se centra en el redescubrimiento y valoración de una "laicidad" que considera propia de toda la Iglesia y tiende por tanto a disminuir el valor del término "laico" introducido por el Concilio; y por otra parte, la que por el contrario intenta conservarlo y apunta a la defensa de algo "específico" en sentido pleno que habría sido afirmado por el Concilio.

acercamientos a la figura del laico[19], señalamos los puntos de referencia imprescindibles que deben ser tenidos en cuenta para definir teológicamente la identidad eclesial del laico:

1.– Ante todo, es preciso **partir de la Iglesia como comunión** (eclesiología del Vaticano II), porque como nos dijo Juan Pablo II: "Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la identidad de los fieles laicos, su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se pueden definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo"[20]. Con la imagen de la viña referida en Jn 15 parte la exhortación *Christifideles laici* para decir que los laicos "no son simplemente obreros que trabajan en la viña, sino que forman parte de la viña misma". Todos los miembros de la Iglesia son miembros activos y corresponsables. Toda ella es comunidad ministerial, profética, carismática, apostólica.

2.– Es necesario recordar, además, que resulta imposible establecer la identidad del laico sin una **referencia intrínseca y esencial** a las otras dos vocaciones "peculiares" dentro de la Iglesia: el ministerio y la vida religiosa.

3.– El **Bautismo** es la base sacramental primera y decisiva para definir teológicamente al laico. Y esto en una doble dimensión: en sí, en cuanto simple cristiano; y relacionalmente, en cuanto miembro "no-clérigo" ni "religioso". La consagración bautismal es lo esencial; es la primera y la más radical; es la condición previa necesaria e imprescindible para todas las demás consagraciones futuras y pensables en la Iglesia. Es más, todas las demás vocaciones y consagraciones especiales se contienen ya nuclearmente en la vocación fundamental cristiana a la fe y en la consagración bautismal. El Bautismo es la base teológica y dogmática de la condición laical. Y en este mismo plano sacramental hay que situar los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía como Sacramentos de la Iniciación cristiana.

4.– Hay que valorar la **participación del laico de la misión "única"** confiada por Cristo a la Iglesia y realizada y vivida en y desde las circunstancias ordinarias de la vida. Punto éste de la misión apostólica de los laicos que se desarrollaremos en el siguiente capítulo.

5.– Valorar la **condición o carácter "secular"** como "peculiar" y preferencial, si bien no exclusiva, del laico. El siglo ya no es algo de lo que hay que

---

19. Nos limitamos sólo a señalar algunos: a) la secularidad como índole peculiar, como rasgo específico del laico; b) la superación y sustitución de la distinción clérigo-laico por la de comunidad-ministerios; c) la "laicidad" como dimensión propia de todo el pueblo de Dios, a la luz de la teología de los ministerios; d) la superación de la figura del laico en la del "cristiano".
20. ChL 8.

huir —*fuga mundi*—, no es el lugar en el que vive el cristiano esperando el siglo futuro; es el lugar de la misión. Y esto no es sólo un dato sociológico sino teológico. El bautizado no sólo está en el mundo, sino que es enviado al mundo para anunciar el evangelio de la salvación. Además, desde una perspectiva pastoral es importante subrayar el carácter secular del laico precisamente en la situación actual en la que se detecta una nueva forma de huída del mundo y en la que se quiere a veces absorber la misión de los laicos en los ámbitos intraeclesiales.

4. Algunos retos en la situación presente

Señalamos dos aspectos que a nuestro modo de ver se convierten en retos para el laico en el momento que nos toca vivir: la santidad de vida y una sólida formación humana y espiritual.

a) La espiritualidad laical y la santidad

La vocación y misión de los laicos requiere ser apoyada y sustentada por una profunda vivencia espiritual. "Los fieles laicos están llamados a cultivar una auténtica espiritualidad laical, que los regenere como hombres nuevos, inmersos en el misterio de Dios e incorporados en la sociedad, santos y santificadores. Esta espiritualidad edifica el mundo según el Espíritu de Jesús: hace capaces de amar más allá de la historia, sin alejarse de ella; de cultivar un amor apasionado por Dios, sin apartar la mirada de los hermanos, a quienes más bien se logra mirar como los ve el Señor y amar como Él los ama"[21]. La espiritualidad laical tiene que ser cristocéntrica, bautismal, eclesial, teologal, que vive y asume la "mundanidad", y que es esencialmente misionera. Una espiritualidad que en el marco de las bienaventuranzas nos ayude en la progresiva identificación con Jesucristo. Exigencia de esta espiritualidad es la santidad de vida[22]: asignatura obligatoria y no de libre opción, y desde luego, una asignatura siempre pendiente[23].

b) La formación y la presencia en la vida pública

Por otro lado, y para ser creíbles en el mundo, los laicos deben apoyarse también en una sólida formación[24]. Se requiere un proceso de crecimiento y aprendizaje continuos, que permita a los cristianos laicos asumir responsabilidades como miembros de la comunidad eclesial y ciudadanos de la sociedad civil, solidarios

---

21. PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 545.
22. Cf. LG. Cap V
23. Cfr. ChL 16 y 17.
24. Cfr. CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL, *La formación de los fieles laicos en la Diócesis de Orihuela-Alicante*, parte II.

con los hombres y testigos del Dios vivo. Esta formación debe tener un carácter integral, transmitiendo tanto conocimientos como actitudes que respondan a su propia vocación y conduzcan a capacitarles para la misión. Tendrá como objetivo facilitar la armonía entre la fe y la vida, conduciendo a un laico adulto y comprometido que viva en "unidad de vida".

Cuando hoy hablamos de escasa presencia de los cristianos en la vida pública, tal vez tendríamos que preguntarnos por su identidad eclesial, y la formación y el acompañamiento recibidos.

5. La hora de los laicos

Esta "hora del laicado" ha de ser considerada como uno de los signos de nuestro tiempo. El compromiso de muchos hombres y mujeres laicos en la Iglesia universal se expresa de muy diversas maneras: en la diaconía de la caridad; en el ámbito político-social; en las tareas catequéticas, de formación religiosa; en el anuncio y en la teología; en la enseñanza; en la educación de adultos; en el trabajo en los medios de comunicación; en el culto y vida sacramental de las parroquias; en consejos y asociaciones; en la administración de los bienes eclesiásticos; en centros de atención pastoral; en grupos ecuménicos y de solidaridad.

El mundo es el campo encomendado a su cuidado. Su vocación específica los coloca en el corazón del mundo, y "su tarea primera e inmediata no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial… sino poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo[25].

Los laicos son como levadura en la masa. Están "metidos en harina" pero no de cualquier manera. Han de hacer que la Iglesia esté presente en el mundo y llevar el clamor del mundo hasta el corazón de la Iglesia.

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

1.– Comenta: los Sacramentos de la Iniciación cristiana son la fuente permanente del ser y el actuar del laico en la Iglesia y en el mundo. Y para muchos además el sacramento del Matrimonio. ¿Cómo revitalizar la práctica sacramental y potenciar que muchos completen la Iniciación Cristiana?

2.– ¿Cuáles son las fuentes de las que se nutre la misión de los laicos? ¿Cómo ha de ser una espiritualidad laical? ¿Y la formación del laico?

3. – La pertenencia eclesial del laico es una pertenencia de corresponsabilidad ¿Cómo podríamos potenciar la vivencia eclesial y comunitaria de los laicos?

---

25. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi,* 70

4.– ¿Cómo comprender cada una de las diversas vocaciones bautismales en la complementariedad de las vocaciones y en el servicio de unas a las otras?

5.– Distingue laicidad de laicismo, secularidad de secularismo.

6.– Comenta: "Hombres de la Iglesia en el corazón del mundo y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia".

III. EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

1. Insertados en el mundo

Pasamos a reflexionar sobre el mundo, como campo propio de la acción evangelizadora de los fieles laicos. Ellos viven en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Y concretan la inserción de la Iglesia toda en el mundo y para el mundo. En efecto, la Iglesia, aunque no es del mundo (cf. Jn 17,16), vive en el mundo, por lo que la secularidad es inherente a su vida y misión, como se ha dicho. Ahora bien, cada miembro de la Iglesia participa de diversa manera en esa dimensión secular, siendo "propia y peculiar" de los fieles laicos la "índole secular"[26].

El "mundo" es el ámbito y medio de la vocación cristiana de los laicos, que tiene como meta "buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios"[27]. "Como ciudadanos del Estado les corresponde a ellos participar en primera persona en la vida pública y, respetando las legítimas autonomías, cooperar a configurar rectamente la vida social, juntamente con todos los demás ciudadanos, según las competencias de cada uno y bajo su responsabilidad autónoma"[28].

Por ello, sin olvidar la corresponsabilidad que les compete en la animación de la vida de la comunidad eclesial, resulta urgente y necesario acentuar su compromiso evangelizador en la sociedad civil. "Su vida según el Espíritu se expresa particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas"[29].

26. LG 31
27. LG 31
28. BENEDICTO XVI, *Mensaje a los participantes en la 45 Semana Social de Católicos Italianos* (12/9/2007)
29. ChL 17.

2. La sociedad en que nos encontramos

La sociedad a la que se dirige la palabra salvadora de Jesucristo es una realidad en continua transformación. Conviene que nos fijemos en algunos rasgos que caracterizan desde el punto de vista religioso nuestro mundo.

1.– El primer rasgo que destaca es la fuerte **secularización** y el consiguiente descenso de la práctica religiosa. Nos encontramos en una situación en la que la secularización parece haber configurado la cultura occidental. "El bienestar económico y el consumismo –si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria– inspiran y sostienen una existencia vivida 'como si no hubiera Dios'"[30].

En este contexto, la religión es considerada no pocas veces como enemiga de la razón o es presentada como desencadenante de la intolerancia. Consiguientemente, se teme su influjo en el ámbito público y se la recluye al ámbito privado. "La fe cristiana –aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales– tiende a ser arrancada de cuajo de los momentos más significativos de la existencia humana como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir"[31]. El empuje del pensamiento secularista ha conducido a una invisibilización de la religión, a una privatización de la fe.

2.– Otro elemento que configura nuestro contexto cultural y social es la **emergencia del individualismo**. Se atribuye un peso decisivo a la autonomía del individuo y a su realización personal, presentando como ideal un ser humano que es independiente y vive en la provisionalidad, sin compromisos duraderos de ningún tipo.

Este individualismo se refleja en el ámbito religioso en el fenómeno que se ha denominado "religión disgregada" o "religiosidad a la carta". El individuo escoge las creencias a las que se adhiere, según sus propios gustos. Esto da lugar, en muchas ocasiones, a un sincretismo religioso. Las personas recogen creencias de diversas tradiciones religiosas, que suman de manera incoherente. Con ello se acrecienta el divorcio entre la razón y la fe y la tendencia a reducir la fe a la esfera de lo privado. El individualismo postmoderno provoca el surgimiento de una fe sin comunidad. Incluso entre los cristianos practicantes, se da una identidad eclesial muy débil.

3.– Otro hecho que debemos reconocer en su importancia es el **pluralismo religioso**. La influencia de los medios de comunicación social y, sobre todo, el fenómeno de la inmigración, han provocado un cambio del panorama religioso de nuestra tierra. Junto a cristianos ortodoxos y evangélicos, advertimos una impor-

30. ChL, 34.
31. ChL, 34

tante difusión de las sectas. Por otra parte, también se da una presencia creciente de musulmanes entre nosotros, generalmente procedentes del Magreb.

Una mala comprensión del fenómeno de la diversidad religiosa da lugar con facilidad a posiciones relativistas, que otorgan el mismo valor a todas las religiones. En nombre del pluralismo social y religioso se sostiene también que lo mejor es no "privilegiar" ninguna religión, negándoles toda relevancia en el espacio público.

4.– Advertimos también un progresivo **avance del laicismo**, entendido como aquella mentalidad y praxis que propone una visión de la sociedad y de la persona humana sin referencia a Dios ni a ningún valor trascendente o absoluto y que excluye la presencia de la religión de la vida pública. En este contexto, "muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada"[32].

5.– Constatamos finalmente en nuestros contemporáneos la permanente **aspiración y necesidad de lo religioso**. Un eco de esta aspiración se advierte en la atracción por lo simbólico, lo esotérico, lo místico y misterioso. El anhelo de Dios es una constante del corazón humano, si bien aparece configurado en nuestro tiempo de un modo subjetivo y no institucional.

3. Presencia de los laicos en el mundo

Este mundo es el lugar propio de la misión de los cristianos laicos. "El campo propio, aunque no exclusivo, de la actividad evangelizadora de los laicos es la vida pública"[33]. Los laicos no pueden de ninguna manera abdicar de su derecho a estar presentes en el mundo civil. De este modo, con su presencia en la vida pública, hacen presente a la Iglesia en el mundo y animan y transforman la sociedad según el espíritu del Evangelio.

Es responsabilidad particular de los laicos, hacer llegar el anuncio del Evangelio a todos los ambientes, hasta transformarlos en su raíz. Como explicaba Pablo VI, "se trata de alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los cri-

---

32. JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Ecclesia in Europa* (28/06/2003), n. 7. El laicismo niega el "derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública" y "tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo" (BENEDICTO XVI, Enc. *Caritas in Veritate* (29/06/09), n. 56.
33. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (12-11-1991), n. 45. Cfr. PABLO VI, Enc. *Evangelii Nuntiandi*, 70.

terios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación"[34]. Se trata de evangelizar hasta alcanzar las mismas raíces de la cultura humana, es decir, de las mentalidades, las costumbres y los comportamientos.

La presencia de los cristianos en la vida pública se realiza tanto por la participación de los laicos en las instituciones seculares como por la promoción de obras propias desde las cuales hacerse presente en la sociedad. Se trata de dos modalidades "distintas pero no alternativas, ni exclusivas o excluyentes de la presencia y actuación de la Iglesia y de los católicos en el mundo"[35]. Cada cristiano tiene el derecho y el deber de participar en la vida pública. Al mismo tiempo, la Iglesia puede alentar y promover acciones que ayuden a hacer presente el Evangelio en el mundo.

Esta presencia pública de la Iglesia y de los creyentes ha de estar iluminada por el debido respeto a la justa autonomía de las realidades seculares, las cuales poseen unas leyes y valores que le son propios y que es preciso discernir y realizar[36]. Así mismo una presencia efectivamente evangélica lleva consigo un compromiso transformador de la sociedad a favor de la justicia y está marcada por una opción preferencial por los pobres y necesitados de nuestra sociedad.

4. Ámbitos de presencia

Los cristianos laicos, según su propia vocación y con los carismas y dones recibidos del Espíritu, transmiten el mensaje de salvación en los distintos sectores y ámbitos en los que están presentes.

Un campo prioritario de realización de la vocación laical es el **mundo del matrimonio y la familia**. "El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos"[37]. El laicado ha de ser verdadero protagonista en este campo.

También es misión de los laicos el amplio **mundo de la política**. Los creyentes "de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánicamente e institucionalmente el bien común"[38].

---

34. PABLO VI, Enc. *Evangelii Nuntiandi*, 19.
35. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (12-11-1991), n. 49.
36. Cfr. GS 36.
37. ChL, 40.
38. ChL, 42.

El **mundo del trabajo** es también un sector a destacar. Nuestra Diócesis cuenta con una relevante realidad obrera, principalmente en la industria y el turismo, con importantes actividades también en los sectores pesquero y agrario. El laicado está llamado a hacer llegar al mundo obrero el mensaje liberador del Evangelio.

El anuncio de Jesucristo ha de alcanzar el **mundo de la cultura**. "La evangelización de la cultura debe mostrar también que hoy, en esta Europa, es posible vivir en plenitud el Evangelio como itinerario que da sentido a la existencia"[39]. Resulta para ello indispensable favorecer la presencia de la Iglesia en el mundo de la escuela y la universidad, promover el diálogo con la razón y la ciencia, valorar el patrimonio cultural de la Iglesia y apoyar la inculturación de la fe en el arte y en las manifestaciones populares de nuestro pueblo.

Dada su importancia, nuestra Iglesia debe prestar también una atención particular a **los medios de comunicación social**. "El compromiso de los cristianos, no sólo en los medios religiosos, sino también en los medios estatales o comerciales, es una prioridad"[40].

5. Apostolado personal y apostolado asociado

La forma primera de presencia de los laicos en la sociedad es el testimonio de Cristo que cada uno de ellos da con su vida entera. "Es absolutamente necesario —se dice en *Christifideles Laici*— que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser un «miembro de la Iglesia», a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos"[41]. La fidelidad de cada cual a su propia vocación es fuente de enriquecimiento para el mundo y para la Iglesia. "El padre y la madre que se responsabilizan de la educación humana y cristiana de sus hijos, la persona que busca acoger y escuchar, el que sabe fomentar el diálogo y mediar en los conflictos acercando las partes, quien sabe reconocer su debilidad y desde ahí resultar sanante para el prójimo, el obrero que renuncia a parte de su salario y que lucha por unas condiciones dignas de trabajo para todos, el empresario que procura crear puestos de trabajo asumiendo riesgos y renunciando a beneficios, la persona enferma que vive y transmite su fe en circunstancias adversas, por citar algunos ejemplos, están, en definitiva, poniendo al servicio de los demás y del Reino de Dios los dones recibidos del Espíritu"[42].

---

39. JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Ecclesia in Europa* (28/06/2003), n. 58.
40. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura* (23/5/1999), n. 33.
41. ChL, 28.
42. DIOCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIAN Y VITORIA, *El laicado: identidad cristiana y misión eclesial*, Idatz, San Sebastián 1996, n. 52.

Al mismo tiempo, los fieles laicos pueden y, en muchos casos, deben, buscar formas de apostolado comunitario que son expresión, tanto de la naturaleza asociativa de la persona como de la misma naturaleza y misión de la Iglesia. En nuestras sociedades fuertemente secularizadas se hace patente especialmente la necesidad de asociaciones y movimientos que alienten la presencia de los cristianos en el mundo. El Concilio Vaticano II recomendó vivamente el asociacionismo de los fieles: "En las circunstancias presentes es en absoluto necesario que en el ámbito de la cooperación de los seglares se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que solamente la estrecha unión de las fuerzas puede conseguir todos los fines del apostolado moderno y proteger eficazmente sus bienes"[43].

6. Desde la caridad

Todo el compromiso público de los cristianos laicos ha de estar animado por la caridad que es el "alma de todo apostolado"[44]. En ocasiones se usa la expresión "caridad política", porque ese compromiso transformador del mundo, por la presencia de los laicos en la vida pública, es una exigencia de la fe. La caridad política es "un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, a favor de un mundo justo y más fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres"[45].

La caridad nos invita a colaborar activamente en la construcción de la nueva civilización del amor. Vivir la caridad política es participar activamente y de un modo coherente con la fe cristiana, en las instituciones y plataformas sociales, económicas y políticas en las que se decide la suerte de los hombres. La dimensión social y pública de la vida y apostolado de los laicos es una exigencia de la vida teologal. Por eso, la reducción de la vida cristiana a lo privado y la escisión entre lo público y lo privado, atenta contra el ser cristiano.

7. Miembros activos de nuestra Iglesia

El apostolado de los seglares "es participación en la misión salvífica de la Iglesia"[46]. Su actividad en la vida pública contribuye a la evangelización, a la edificación de la Iglesia y al bien de la humanidad. De la comunidad cristiana brota, así mismo, el empuje misionero que conduce a estar presente en el corazón del mundo. La comunión es a la vez "la fuente y el fruto de la misión"[47].

---

43. CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam Actuositatem*, 18; cfr. ChL 29 y CLIM, cap. 4.
44. LG 33; AA 3.
45. COMISION PERMANENTE CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los católicos en la vida pública* (22/04/86), n. 61; cfr. CLIM, 54.
46. LG 33.
47. ChL, 32.

La presencia de los cristianos laicos en todos los aspectos de la vida secular debe ser estimulada, apoyada y sostenida por la Iglesia particular. Resulta de singular importancia que los fieles laicos se sientan miembros de la Iglesia y que encuentren en la comunidad cristiana el apoyo para su misión. Como señala Benedicto XVI, es preciso pasar de considerar a los laicos como "colaboradores" del clero a reconocerlos como "corresponsables" del ser y actuar de la Iglesia, favoreciendo la consolidación de un laicado adulto y comprometido[48].

La debilidad de la presencia de los cristianos en la vida pública se debe, en muchas ocasiones, a la debilidad de su identidad eclesial. Por parte de las parroquias y comunidades cristianas es preciso un compromiso decidido por impulsar la vocación laical cultivando la espiritualidad propia, poniendo particular atención en las vocaciones de presencia en la sociedad, estableciendo las ayudas necesarias para su discernimiento y el acompañamiento para su desarrollo.

Nuestra Iglesia diocesana quiere muy en serio la participación de los seglares. Como dice un documento del Consejo Diocesano de Pastoral: "Una Iglesia diocesana, que se tome en serio el gozo del Evangelio y la responsabilidad de la nueva evangelización, no puede dejar de estimular la presencia evangelizadora de los cristianos laicos en la sociedad. La presencia pública de los católicos no es un asunto facultativo sino una concreción privilegiada del mandato del Señor: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16,15). Todos estamos de acuerdo en que es la hora de sacar la fe a la calle, es la hora de contribuir a la animación evangélica de las realidades temporales (…) es la hora de los laicos"[49].

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

1.– ¿Cuáles son los rasgos que definen desde el punto de vista religioso la sociedad en la que vivimos? ¿Qué elementos parecen los más determinantes? ¿Qué aspectos positivos tienen y qué aspectos negativos?

2.– ¿Cómo llevar el mensaje de Jesucristo hasta las mismas raíces de la cultura humana (mentalidades, costumbres, comportamientos)?

3.– ¿Cómo se realiza la presencia pública de los fieles laicos? ¿Cómo vive el laico esta presencia?

4.– ¿Cómo potenciar el apostolado asociado de los laicos?

---

48. BENEDICTO XVI, *Los laicos en la Iglesia, de la colaboración a la corresponsabilidad. Discurso en la inauguración de la Asamblea de la Diócesis de Rom*a (26 mayo 2009).
49. CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL, *La presencia de los cristianos laicos en la vida pública* (17/04/1999), cap. 2.

5.– Reflexionar sobre el concepto de "caridad política", entendido como "compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, a favor de un mundo justo y más fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres".

6.– ¿En qué medida nuestra Diócesis conoce y favorece la responsabilidad pastoral de los laicos? ¿Qué acciones debe llevar a cabo nuestra Iglesia particular (y las comunidades parroquiales) para apoyar la presencia de los laicos en la vida secular?

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Documentos magisteriales

Santa Sede

CONCILIO VATICANO II, *Decreto Apostolicam Actuositatem sobre el apostolado de los laicos*; *Const. Dogm. Lumen Gentium*, cap. 4.

PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8/12/1975).

JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Christifideles Laici (30/12/1988)*.

BENEDICTO XVI, *Los laicos en la Iglesia, de la colaboración a la corresponsabilidad. Discurso en la inauguración de la Asamblea de la Diócesis de Rom*a (26 mayo 2009).

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO – PARA LA DOCTRINA DE LA FE Y OTRAS, *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes* (15/08/1997),

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública (24/12/2002)*.

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (15/10/1982).

Conferencia Episcopal

COMISION PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral los católicos en la vida pública (22/04/1986)*.

ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo (19/11/1991)*.

ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo (24-29/06/1989).*

Obispos españoles

DIOCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIAN Y VITORIA, *El laicado: identidad cristiana y misión eclesial*, Idatz, San Sebastián 1996.

VICTORIO OLIVER DOMINGO, *Misión del seglar en la Iglesia*, Hermandad de la Resurrección, Orihuela 2000; *Cristianos laicos, Iglesia en el Mundo*, Servicio de Publicaciones del Obispado de Orihuela-Alicante (Cuadernos Raíces de la fe-11), Abril 2000; *El obispo, servidor de los laicos*, Servicio de Publicaciones del Obispado de Orihuela-Alicante, Mayo 2002.

RAFAEL PALMERO RAMOS, *Participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia*, en Boletín Oficial del Obispado de Palencia, año 1996, pp. 87-91.

Diócesis de Orihuela-Alicante

CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL, *La presencia de los cristianos laicos en la vida pública (17/04/1999).*

CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL, *La formación de los laicos en la Diócesis de Orihuela-Alicante (10/05/2003)*.

Otros libros de interés

BERZOSA, R., *Ser laico en la Iglesia y en el mundo.* DDB, Bilbao 2000.

BERZOSA, R.*, Teología y espiritualidad laical: redescubrimiento de la identidad y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad*, CCS, Madrid 1995.

BOROBIO, D., *Misión y ministerios laicales: mirando al futuro*, Sígueme, Salamanca 2001.

CALERO, ANTONIO Mª, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión.* CCS, Madrid 1997.

ESTRADA, J. A., *La espiritualidad de los laicos en una eclesiología de comunión*, San Pablo, Madrid 1997.

FORTE, B., *Laicado y laicidad*, Sígueme, Salamanca 1990.

MARTIN GÓMEZ, J., *Los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo*, Instituto teológico San Ildefonso, Toledo 2009.

PEREA, J., *El laicado: un género de vida eclesial sin nombre.* Instituto Diocesano de Teología y Pastoral, Bilbao 2001.

Conclusiones de la fase preparatoria

FASE PREPARATORIA DEL CONGRESO
CONCLUSIONES

*** 107 aportaciones al documento teológico**

Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar: 17 aportaciones.

Movimientos de Acción Católica: 22 aportaciones.

Consejo Diocesano de Pastoral: 1 aportación.

Vicaría I: 7 Aportaciones.

Vicaría II: 31 aportaciones.

Vicaría III: 9 aportaciones.

Vicaría IV: 15 aportaciones.

Vicaría V: 4 aportaciones.

Secretariado Diocesano de Cofradías y Hermandades: 1 aportación.

*** 2003 aportaciones a la encuesta personal**

* Hay que **valorar el trabajo realizado.** Riqueza y variedad. Reflexión y compartir comunitario.

I. CINCO CONSTANTES

1. LA TENDENCIA A QUE CRISTO SEA EL REFERENTE CONTINUO y la espiritualidad una dimensión fundamental en la que siempre hay que crecer, en coherencia con la vida, ser encarnada y comprometida, y que ayude a desarrollar la santidad en el mundo. Son diversas las fuentes de las que se nutre el laicado: la Palabra de Dios y la oración, los sacramentos, la vivencia de comunidad, el encuentro con los hermanos y los pobres, la formación…

2. LA ACCIÓN EVANGELIZADORA COMO MISIÓN DEL CRISTIANO ES UN DESCUBRIMIENTO y se va tomando conciencia de que es la tarea fundamental, pero hay que hacerlo más realidad y superar miedos y dudas, asumir responsabilidades, y hacerlo con entusiasmo y alegría adecuando el lenguaje. Se va descubriendo que es en esta sociedad donde hay que anunciar la Buena Noticia. Esta tarea tiene que ir apoyada por el acompañamiento pastoral,

potenciada por la corresponsabilidad, y fundamentada en una fuerte espiritualidad laical y en la formación.

3. EXISTE LA NECESIDAD DE PROFUNDIZAR LA VOCACIÓN LAICAL Y DESARROLLARLA EN PLENITUD, sin embargo no se avanza todo lo que se debería. El laicado tiene que ser más consciente y la diócesis y los sacerdotes ayudar y poner medios concretos para ello. No todos sienten que son tratados con igualdad o apoyados pastoralmente.

Algunos aspectos en que se ha progresado: participación más activa en la dinámica parroquial o en la diócesis, reconocimiento de la vocación del laico, progresivo protagonismo y corresponsabilidad del laicado en algunas tareas, creación de centros de formación para el laicado, promoción de pastorales sectoriales, asociacionismo laical.

4. UN LAICADO QUE SE SIENTE IGLESIA y que descubre que es tarea de todos. Que reconoce que la Iglesia le aporta el conocer a Cristo, la vivencia de los sacramentos y la palabra de Dios, el acompañamiento, la cercanía y la acogida, el amor y encuentro con el prójimo y la vivencia comunitaria como pueblo de Dios.

5. UN LAICADO QUE DESCUBRE LA IMPORTANCIA DEL TESTIMONIO CRISTIANO, en todos los ámbitos de su vida, desde la familia hasta la vida publica. Que lo tiene que vivir con coherencia cristiana, mostrando los valores del evangelio, estando cercano al hombre de hoy, siendo luz y fermento.

II. CONSIDERACIONES FUNDAMENTALES EN LAS QUE SE INSISTE

1. <u>La participación y responsabilidad de los laicos en las tareas eclesiales</u> se va conociendo y apoyando progresivamente, y al mismo tiempo hay una sensación de desconocimiento y apoyo insuficiente. Han ayudado los encuentros y asambleas, los consejos y planes de Pastoral, las actividades cuando son aceptadas y asumidas, la participación y los avances en delegaciones y secretariados diocesanos.

2. <u>La presencia pública activa, significativa y evangélica de los laicos en el mundo es un campo aún por desarrollar</u>, lo que se ha hecho no es suficiente. Aunque se considera esencial, aún se tiende a recluirse en las Parroquias, se da la sensación de relajamiento, y se manifiestan muchas dudas, temores y excusas. Cuando se desarrolla la vocación laical en la vida pública desde Jesucristo se vive con gozo y alegría y a veces con incertidumbre. Aunque hay quienes se sienten enviados y apoyados por la Iglesia, otros lo viven con soledad y sin reconocimiento.

Son pocos los cristianos que participan en las organizaciones civiles. La conciencia social no está del todo desarrollada, especialmente se rehúye de campos como la política, a pesar de que la "caridad política" se ve central en el cristiano y sustancial a la fe.

3. Se va tomando conciencia progresivamente de que lo específico del laicado es santificar el mundo desde dentro a modo de fermento. Se intenta dar testimonio de Cristo coherentemente, dar ejemplo y procurar hacer la voluntad de Dios y dar amor y estar al servicio de los demás.

4. La Formación se considera fundamental, y se vive como una necesidad, aspiración y dificultad, y en muchos casos se acusa su falta. Se desarrolla continuadamente en los movimientos de A.C. y otros asociaciones, aunque también se ha recibido a través de la parroquia. Se considera fundamental para el crecimiento de la Fe, la vivencia de la caridad y en el testimonio del evangelio. Sus lagunas se muestran sobre todo en la falta de formación general e integral, y repercute en la no coherencia de la vida cristiana, el que las tendencias egoístas predominen y el miedo al compromiso.

5. El apostolado asociado en algunas comunidades parroquiales se valora positivamente, en otras se desconoce su sentido y labor, y se detectan prejuicios.

El hecho de no asociarse se debe ante todo a la falta de tiempo, el no conocer bien a los movimientos o no haber tenido oportunidad para descubrirlos.

Se valora como positivo el hecho de que hacen posible la vivencia profunda de la vocación laical, el trabajo evangelizador de la Iglesia, son un medio de eficacia pastoral, posibilitan la entrega a los demás, la vivencia comunitaria de la fe, el testimonio, el servicio, el compromiso con el mundo y favorecen la formación.

6. La pastoral con los jóvenes y niños es un tema que preocupa mucho y no se sabe cómo abordar en este momento.

7. Se ve muy necesario el acompañamiento y el apoyo de los sacerdotes al laicado. Se valora la vocación sacerdotal y la importancia de su labor pastoral. Se reconoce que ellos han avanzado en el reconocimiento de la vocación laical, pero a veces el acompañamiento por su parte es insuficiente, les cuesta dejar tomar decisiones o delegar tareas a los laicos, y da la sensación de que no confían plenamente en ellos.

8. Hay variedad de ministerios y carismas en el desarrollo de la vocación laical. Todos ellos son valorados positivamente, se consideran una gran riqueza para la Iglesia. En la vida parroquial se desarrollan fundamentalmente la Catequesis, la colaboración con Cáritas, la Pastoral de la salud y liturgia, y no recogen datos de acción pastoral de calle.

Las tareas de los movimientos de A.C. y de seglares están impregnadas por su carisma, y se remarca de forma especial el anuncio del Evangelio, la colaboración en tareas parroquiales y en pastorales específicas, el servicio a los pobres y la acción orientada a ambientes alejados. Intentan cuidar la espiritualidad, la formación y la vida comunitaria.

9. En general hay una conciencia clara del seguimiento de Cristo y de sus frutos. Ese seguimiento es real cuando hay conciencia del Bautismo, se actúa desde el evangelio en las distintas realidades, se pone la vida al servicio de los demás, cuando hay una relación permanente con Cristo y se cultiva la espiritualidad, el estilo de vida es un signo y posibilita la comunión y cuando hay cercanía a los más desfavorecidos. Es en la familia, la parroquia y los movimientos donde más se estimula el estilo de vida de cristiano comprometido.

10. Hay una progresiva valoración positiva de nuestro mundo como el amor, la entrega generosa y el compromiso de muchas personas, creyentes y no creyentes, la vivencia de valores humanos, el aprecio del ser humano, el reconocimiento de los avances en aspectos de la vida.

III. LAS DIFICULTADES QUE MÁS PREOCUPAN

- La falta de convicción y valentía, los miedos para dar testimonio del amor de Dios.
- La tendencia a refugiarse en el interior de la Iglesia, y a no comprometerse.
- Falta de coherencia de vida cuando no todos los aspectos de la vida se viven desde Cristo y los valores evangélicos se dejan a un lado.
- Actitudes como falta de confianza en los laicos, el autoritarismo, la rigidez, la diferencia entre las diversas vocaciones.
- La indiferencia, los prejuicios o la incomprensión del mensaje cristiano en la sociedad.
- La imagen que da o se tiene de la Iglesia: alejamiento de la sociedad, intransigencia, falta de apertura y diálogo, el no ser propositivos, acciones o actitudes no evangélicas.
- La sociedad del individualismo y del consumismo hace mella a los cristianos.
- El no saber dar respuesta evangélica a la realidad, a la deshumanización de la sociedad.
- No saber mostrar gestos de comunión y amor comunitariamente.
- La falta de adecuación en la evangelización, cuáles son las claves, a quiénes llegar,…

IV. LOS RETOS

1. Desarrollar la vocación laical con sentido evangelizador.

2. Avanzar para superar la incoherencia entre lo que hacemos y decimos.

3. Insistir en la presencia y la encarnación, y desarrollar la dimensión sociopolítica de la fe.

4. Avanzar en que la Iglesia sea un cauce de diálogo y de misericordia.

5. Descubrir y promover signos de humanidad y esperanza en este mundo, y ver la realidad como un reto nuevo para la vivencia de la fe y una oportunidad para evangelizar.

6. Que la diócesis conozca, valore, acompañe e impulse al laicado en su presencia en el mundo.

V. LÍNEAS DE AVANCE

1. Promover, con urgencia, la PRESENCIA PÚBLICA DE LOS CRISTIANOS y potenciar el compromiso social en el marco de la evangelización, siendo más activa, comprometida y significativa.

Estimular la conciencia social como una dimensión fundamental de la fe. Alentar las actuaciones públicas de los laicos. Animar a la participación en las asociaciones y a asumir puestos de responsabilidad. Promover acciones en favor de los más pobres. Contactar con otras personas y asociaciones para trabajar conjuntamente. Apoyar las iniciativas sociales justas, vengan de donde vengan. Conocer la realidad, hacer una lectura creyente, y ayudar al discernimiento. Hacer denuncia profética. Apostar por la pastoral de ambientes. Profundizar en la "caridad política".

2. Poner en marcha cauces concretos para desarrollar en plenitud LA VOCACIÓN LAICAL y seguir propiciando una participación activa de los laicos en la diócesis.

Crear cauces de desarrollo de la vocación laical desde la igualdad. Seguir potenciando la participación del laicado en el desarrollo de tareas desde la corresponsabilidad, sin cortapisas e imposiciones y potenciando el diálogo y la confianza. Concretar el acompañamiento desde la Diócesis. Potenciar los consejos de pastoral y la Delegación Diocesana de Laicos. Crear mesas de corresponsabilidad pastoral con participación del laicado.

3. Crecer en conciencia de que la EVANGELIZACIÓN es la tarea prioritaria del laico. Poner cauces para superar miedos y dudas. Descubrir los signos de los tiempos en este mundo y estar cercanos al hombre de hoy. Insistir en el

testimonio cristiano y aportar los valores evangélicos. Desarrollar prácticas pastorales creativas y adecuar el lenguaje. Insistir en el testimonio cristiano.

4. Potenciar la FORMACIÓN DE LOS LAICOS y despertar la conciencia de su necesidad.

Poner en marcha planes concretos de formación que sean permanentes, realistas, integrales, entendibles y con una metodología activa. Promover Escuelas de formación en arciprestazgos. Fomentar la formación de la dimensión sociopolítica de la fe en el marco de la formación integral. Ofertar materiales pedagógicos, u otras medidas, que faciliten el conocimiento de la D.S.I.

5. Potenciar el ACOMPAÑAMIENTO DE LOS SACERDOTES al laicado.

Que se apoye a los laicos para desarrollar su vocación. Acompañar al laicado desde el servicio, conocimiento y confianza, no imposición, y delegación de tareas. Acentuar la colaboración conjunta entre sacerdotes y seglares. Animar a seminaristas y sacerdotes a formarse adecuadamente sobre el laicado. Dedicación intensa a la tarea pastoral. Respeto del funcionamiento de la parroquia, trabajar en equipo y escuchar al laicado y al consejo de pastoral. Coherencia y fidelidad a su ministerio

6. Desarrollar la IDENTIDAD CRISTIANA Y LA SANTIDAD DEL LAICO en el mundo. Abrirse al Espíritu para que Jesucristo sea el centro y fortalecer la espiritualidad laical. Profundizar el sentido vocacional de los bautizados. Desarrollar el servicio como don del Espíritu. Ofertar el Evangelio a los alejados. Mostrar un estilo de vida significativo y desarrollar con creatividad nuevas formas de vida.

7. Favorecer y fomentar el ASOCIACIONISMO LAICAL como expresión y cauce eficaz de comunión y corresponsabilidad.

Conocer y reconocer su sentido y labor. Quitar prejuicios y actitud de apertura. Potenciar la relación entre movimientos y feligreses. Realizar presentaciones e información. Potenciar la Acción Católica. Apoyar los secretariados diocesanos que trabajan el laicado asociado. Garantizar por parte de la diócesis el acompañamiento pastoral. Impulsar la comunión entre las asociaciones.

8. Buscar medidas para ACERCAR EL EVANGELIO A NIÑOS Y JÓVENES.

Estudiar cómo llegar a ellos. Sensibilidad, cercanía y puertas abiertas.

9. Acrecentar el SENTIMIENTO DE IGLESIA COMO COMUNIDAD, familia y ámbito de comunión.

Trabajar para hacer una Iglesia abierta, encarnada, tolerante y más evangélica. Hacer visible los gestos comunitarios, los signos de amor y misericordia. Hacer hincapié en la acogida, la apertura y la cercanía. Concretar el servicio con los más pobres. Trabajar por la unión. Avanzar en superar nuestras incoherencias.

10. Revitalizar la PRÁCTICA SACRAMENTAL DE FORMA VITAL.

Potenciar su conocimiento y su necesidad de forma vivencial. Posibilitar medidas para que los sacramentos no sean actos sociales. En las celebraciones hacer presentes los problemas de la sociedad. Celebrar los sacramentos de forma cercana, asequible, didáctica, unida a la vida, atractiva y sin perder profundidad. Implicar a la familia como educadora en la fe. Formar constantemente a las personas que van a desarrollar tareas de acompañamiento de forma pedagógica.

Intervenciones de
Mons. Rafael Palmero Ramos

LOS LAICOS SON IGLESIA EN EL MUNDO
CONGRESO DE LAICOS
VIGILIA DE PENTECOSTÉS

22 de mayo de 2010

"Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo" (1 Cor 12, 13). En la Vigilia de Pentecostés recordamos y agradecemos esta acción del Espíritu Santo, que enriquece la Iglesia con diversidad de carismas y ministerios. La diversidad de vocaciones y de estados de vida en la Iglesia es un reflejo de la inmensa riqueza del misterio de Cristo. Laicos, ministros sagrados y vida consagrada son vocaciones necesarias e indisolublemente complementarias. En el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, todos sus miembros son activos.

1. Los laicos, en la Iglesia, no son un lujo, sino una necesidad

En el contexto de preparación del Congreso de Laicos recordamos el papel insustituible que los laicos tienen en la Iglesia. La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado maduro[1]. Los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia -como los sarmientos unidos a la vid (Jn.15, 1-8; Mt. 20, 1-16)-, por eso la entera Iglesia y cada una de las Iglesias particulares, no está plenamente constituida si, junto a los obispos, sacerdotes y religiosos, no, existe un laicado adulto y corresponsable, exigencia de la comunión eclesial[2]. La razón de su necesidad: porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el pueblo sin la presencia activa de los seglares[3].

Debemos tener en cuenta dos principios teológicos necesarios[4]:

a) Hay en verdad laicos en la Iglesia, no hay cristianos de segundo orden.

b) Están ubicados y constituidos en el mundo. Por consiguiente, dedíquense apasionadamente a la misma teología del mundo y de las realidades terrenas.

---

1. cf. AG 21.
2. cf. CLIM 24.
3. cf AG 21.
4. A. VIVO ANDÚJAR, *Intervenciones en la preparación y celebración del Concilio Vaticano II, Pablo Barrachina y Estevan*, Alicante 2010, 65.

2. Los laicos son Iglesia en el mundo

Para comprender quién es el laico dentro de la Iglesia hemos de contemplar a ésta como misterio de comunión; sólo dentro de ella se revela cuál es su última identidad. Y sólo dentro de esta dignidad se puede definir la vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo[5]. Los laicos, partícipes por el bautismo de la función profética, sacerdotal y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el Pueblo de Cristo en la parte que a ellos corresponde[6]: proclaman gozosamente con el testimonio de su vida y sus palabras el Evangelio, ofrecen su vida como hostia agradable a Dios, y reinan mediante el servicio de caridad hacia sí mismos y hacia el prójimo y el mundo[7]. "Precisamente porque deriva de la comunión eclesial, la participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo exige ser vivida y actuada en la comunión y para acrecentar esta comunión"[8].

La común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del resto del Pueblo de Dios. "Los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, junto con la Eucaristía, centro y cumbre de la vida cristiana, son la fuente permanente del ser y el actuar del laico en la Iglesia y en el mundo"[9]. Ellos son la principal base teológica y dogmática de la condición laical.

3. Ser y actuar en el mundo

"La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular"[10]. El carácter secular pertenece a toda la Iglesia y atañe a todos sus miembros aunque de formas diversas[11]; pero la índole secular es propia y peculiar de los laicos y califica su modo de estar presente en la vida y misión salvífica de la Iglesia. "Son llamados por Dios para contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas"[12]. "A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando las realidades temporales según Dios"[13], según el Espíritu de Cristo y de su Evangelio, siendo

5. cf. ChL 8.
6. cf. LG 31.
7. cf. ChL 14.
8. ChL 14.
9. CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, introducción.
10. ChL 15.
11. cf AA 5.
12. LG 31.
13. LG 31.

sal y luz salvadoras de la tierra y de la comunidad humana[14]. Ellos están **"en el corazón del mundo"**.

El ser y el actuar en el mundo -dice la Exhortación apostólica "Christifideles laici"- son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teologal y eclesial: los cristianos laicos son Iglesia en el mundo[15]. De este modo el mundo se convierte para los fieles laicos en el ámbito y el medio de su vocación cristiana a la santidad en la caridad perfecta[16]. La vocación a la santidad en el laico está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad del mismo en la Iglesia y en el mundo. Esta santidad constituye la primera y fundamental edificación de la Iglesia en cuanto "comunión de los santos"; es más, constituye un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia[17].

La corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil. La participación de los laicos en la vida de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil no son responsabilidades paralelas y acciones separables ni contrapuestas[18]. Por consiguiente su tarea primera e inmediata -aunque no única- es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas en el campo de la realidad social, en el mundo de la economía, de la vida pública, de las instituciones intermedias -de las cuales la familia es la primera- que vertebran la sociedad, de la cultura, las ciencias, el arte, la vida internacional y la paz, los medios de comunicación social, y otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de niños y adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento[19]. Ha dicho Benedicto XVI: "Todos los ambientes, las circunstancias y las actividades en los que se espera que resplandezca la unidad entre la fe y la vida están encomendados a la responsabilidad de los fieles laicos, movidos por el deseo de comunicar el don del encuentro con Cristo y la certeza de la dignidad de la persona humana"[20].

"Como el Padre me ha enviado, así os envío yo" (Jn 20, 21). El Espíritu Santo recibido en el bautismo y la confirmación nos capacita para la misión. Es tarea particular de los cristianos laicos impregnar del Evangelio las realidades temporales del mundo laboral, económico, cultural, de la familia, de la vida pública y política, de la paz, pero siempre a través de la conversión de los corazones de las

---

14. cf. Mt. 5, 13-16; ChL 15.
15. ChL 15.
16. cf. AA4; LG 40; 42; ChL 16-17.
17. cf. ChL 17.
18. cf. CLIM 27-28.
19. cf. EN 70.
20. BENEDICTO XVI, Discurso al Pontificio Consejo de Laicos (15/11/2008).

personas concretas. No basta la conversión del corazón, olvidando las realidades del mundo; tampoco basta por sí mismo la transformación de las estructuras que conforman la realidad social; hace falta transformar el mundo con la conversión de los corazones de los hombres y mujeres. Como dice el Documento teológico de nuestro Congreso, los laicos, "han de hacer que la Iglesia esté presente en el mundo y llevar el clamor del mundo hasta el corazón de la Iglesia"[21].

4. Conclusión

Termino invocando al Espíritu Santo con las palabras de la oración preparatoria de nuestro Congreso Diocesano de Laicos:

Espíritu de amor, de consuelo y de audacia,
que iluminas nuestra mente,
guías nuestros pasos
y haces arder el corazón,
fortalécenos en la fe y en el amor,
impúlsanos a evangelizar con entusiasmo
y haz que seamos en el corazón del mundo
Testigos de la Esperanza.

21. CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, 5.

LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

I CONGRESO DE LAICOS VIGILIA DE PREPARACIÓN

12 de Noviembre de 2010

Con la renovación de las promesas bautismales hemos hecho memoria de nuestro bautismo. Y hemos escuchado al Apóstol Pedro que dice: por el bautismo hemos sido incorporados a Cristo, al Cristo total, que llama San Agustín. En efecto, el bautismo nos ha abierto a una vida nueva, de forma que nuestro vivir ya es un "vivir para Dios" (cf. Rom 6, 3-11). Y el bautismo nos ha unido a una comunidad, la Iglesia, en cuyo seno vivimos nuestra fe. Por eso, "el bautismo es la base sacramental primera y decisiva para definir teológicamente al laico"[1]. Y la consagración bautismal es por lo mismo algo esencial en nuestra vida de fe, es la primera y más radical de las demás consagraciones en la Iglesia.

De aquí que, para entender adecuadamente la misión y la responsabilidad del laico hayamos de situarlo en la Iglesia, ministerio de comunión. "El Espíritu Santo –leemos en la Lumen Gentium– guía a la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos"[2]. Meditemos juntos, si os parece, en esta vigilia de oración y preparación de nuestro Congreso de Laicos en vuestra participación, como seglares en la vida de la Iglesia.

1. Corresponsables en la Iglesia, misterio de comunión

La Iglesia como comunión de todos los cristianos nace de la comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única vid, que es Cristo[3]. Ya el Concilio afirmaba: "La iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano"[4].

---

1. CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, II, 3.
2. LG.4.
3. cf. ChL 18.
4. LG 1.

Se trata de una comunión orgánica, análoga a un cuerpo, y se caracteriza por la presencia simultánea de la diversidad y de la complementariedad de carismas, ministerios, vocaciones y responsabilidades. El Espíritu distribuye diversos dones jerárquicos y carismáticos entre todos los bautizados, llamándolos a ser –cada uno a su modo– activos y corresponsables. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico ofrece su propia aportación en la vida y la misión de la Iglesia[5]. Los carismas, los ministerios, los encargos y servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión, es decir, para la unidad en la diversidad.

El Papa Benedicto XVI nos ha recordado que, los fieles laicos no sois colaboradores sino verdaderos "corresponsables" en el ser y actuar de la Iglesia[6]. Los fieles laicos estáis llamados, como miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación. El apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia[7].

2. Participación en la edificación de la Iglesia

Los laicos participáis en la edificación de cada Iglesia particular. Para incorporarse adecuadamente a la vida eclesial, es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa de la relación de cada Iglesia particular con la Iglesia universal. La Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias particulares o Diócesis. En cada una de ellas, de hecho "se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica"[8]. De ahí que el laico llamado a vivir activamente su pertenencia a la Iglesia particular, deba asumir una amplitud cada vez más católica, sin perder de vista nunca esta perspectiva universal de la Iglesia[9]. Entre los órganos que vertebran la Iglesia particular destacamos la labor del Consejo Diocesano de Pastoral que es, en este sentido, una expresión válida de colaboración y diálogo entre los laicos, los pastores y la vida consagrada.

Otro segundo lugar de participación del laico en la edificación de la Iglesia particular encuentra su expresión visible e inmediata en la Parroquia. Ella es la Iglesia cercana que vive en las casas de sus hijos e hijas, es la fuente de la aldea en expresión de Juan XXIII. Para el laico, su Parroquia, constituye el lugar privilegiado para vivir la comunión y ejercer la corresponsabilidad[10]. Destacan, en ella, los Consejos parroquiales de pastoral y de economía. En las Parroquias, los fieles

5. cf. ChL 20.
6. Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la asamblea eclesial de la Diócesis de Roma*, 26-5-09.
7. cf. LG33; EN 73.
8. cf. LG 23; CD 11.
9. cf. ChL 25.
10. cf. AA 10; ChL 26-27.

laicos, "íntimamente unidos con sus sacerdotes"[11], deben prestar una gran ayuda al crecimiento de una auténtica comunión eclesial y ser corresponsables con los pastores en dar nueva vida al afán misionero dirigido hacia los no creyentes y hacia los mismos creyentes que han abandonado o limitado la práctica de la vida cristiana[12]. Como discípulos de Jesús, somos sal de la tierra y luz del mundo. Si la sal se vuelve loca –más exactamente que insípida– es inservible.

3. Formas de participación del laico en la vida de la Iglesia

Las formas esenciales de participación del laico en la vida apostólica de la Iglesia, podemos reducirlas fundamentalmente a dos. El Vaticano II insistió en la absoluta necesidad del apostolado de cada persona singular, como forma primordial y condición insustituible de todo el apostolado de los laicos, junto a otra modalidad: el apostolado asociado[13].

A través del apostolado individual, la irradiación del evangelio puede hacerse extremadamente capilar, llegando a lugares y ambientes insospechados entrelazados por la vida cotidiana de los laicos. Se trata además de una irradiación constante que evita el divorcio entre la fe y la vida (privada y pública); es finalmente, una forma de apostolado particularmente incisiva, llegando al corazón de cada persona con valentía y con gancho evangelizador[14].

Pero también existe la forma asociada de apostolado seglar, particularmente importante en la actualidad eclesial, que tiene además raíces de índole eclesiológica, ya que la fe tiene una dimensión comunitaria y eclesial. Aun admitiendo su legítima variedad, las asociaciones y los movimientos apostólicos tienen una profunda convergencia: la participación responsable en la misión encomendada a la Iglesia de llevar a todos el Evangelio[15].

Como formas apostólicas de participación de los laicos con la jerarquía, el Concilio y los Padres del Sínodo sobre los laicos mencionan e inculcan los distintos movimientos y asociaciones de Acción Católica. Hay también otros grupos, aprobados por la Iglesia y aquí representados.

Venzamos juntos las dificultades para la unidad aún reconociendo la diversidad de movimientos y asociaciones laicales. Hagamos nuestras las palabras del apóstol: "Os exhorto, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que tengáis todos un mismo sentir, y no haya entre vosotros disensiones; antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir" (1 Cor 1, 10). La

11. AA 10.
12. cf. ChL 26-27; CLIM 42.
13. cf. AA16.
14. cf. ChL 28.
15. cf. ChL 29.

vida de comunión eclesial será así un signo para que el mundo crea. De esta forma la comunión será fundamento de la misión de la Iglesia: "enseñar y predicar el Evangelio a toda creatura, siendo testigos de Cristo"[16]. Mensaje éste de esperanza para toda la humanidad, que en nuestro tiempo –dice el Papa– "ha logrado grandes conquistas pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia"[17]. "La unidad, hermanos, dentro de la Iglesia es un don y una tarea, gracia de Dios que hemos de pedir, y respuesta nuestra a esa gracia; la razón última de esa unidad es Cristo, que no está dividido"[18].

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

16. cf. LG 24.
17. BENEDICTO XVI, Ángelus 18.10.2009, citando a Juan Pablo II en *Redemptoris missio*, 2.
18. MANUEL IGLESIAS, *Nuevo Testamento*, Ediciones Encuentro, 2003, 664.

LA CORRESPONSABILIDAD DE LOS FIELES LAICOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

I CONGRESO DE LAICOS DISCURSO DE APERTURA

13 de noviembre de 2010

Iniciamos en este momento un acontecimiento de singular importancia en la vida de nuestra Iglesia particular. Llegamos a la fase final de nuestro Congreso de Laicos, un evento que hemos estado preparando con interés a lo largo de todo el año y que culmina en estos días. Un nombre que ha sabido engarzar a muchos, con un lazo común, apretado, lazo de unión y eficacia, es el de Pascual Maestre Alvarado, nuestro Delegado de Laicos. Gracias, mil gracias. Agradezco a la comisión organizadora el esfuerzo y el trabajo dedicados a prepararlo. También manifiesto mi gratitud a los que vienen colaborando, a los voluntarios y, por supuesto, a los ponentes que ya nos acompañan. Sed bienvenidos todos, queridos laicos de los distintos puntos de la Diócesis. Vosotros sois los protagonistas, estamos comprometidos todos, nuestra Iglesia Diocesana que peregrina en Orihuela-Alicante.

"En el corazón del mundo" es el título que hemos dado a nuestro Congreso, porque trata de alentar la presencia de los cristianos laicos en la sociedad secular, para que "la fe sea vivida en el corazón de la vida cotidiana"[1]. "Aunque alguna vez a la Iglesia que vive en el tiempo, se le llama Reino de los Cielos, es precisamente por su relación con la vida futura y eterna"[2], explica San Agustín.

1. La misión común de anunciar el Evangelio

Los fieles laicos tenéis, también como miembros de la Iglesia, la vocación y misión de anunciar el Evangelio[3]. El apostolado de los seglares en verdad "es participación en la misión salvífica de la Iglesia"[4]. Por vuestro bautismo partici-

1. CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, Introducción.
2. SAN AGUSTIN, *De sancta virginitate, 24,24.*
3. cf. AA 10.
4. LG 33.

páis en el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo y sois corresponsables de la misión universal que tenemos todos los bautizados de proclamar a la creación la gracia transformadora del Evangelio[5].

Ante la indiferencia generalizada de muchos contemporáneos nuestros, urge emprender una nueva evangelización y rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Esta nueva evangelización pide la formación de comunidades eclesiales maduras y en este empeño los fieles laicos tenéis una tarea importante que realizar, no sólo por la participación activa y responsable en la vida comunitaria, sino también con la acción misionera entre quienes no creen todavía o no practican la fe recibida con el bautismo[6]. Con la palabra y con la vida hemos de testificar que la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas de la sociedad.

2. En el corazón del mundo

Corresponde a los fieles seglares moverse y vivir"en el corazón del mundo", "impregnando y perfeccionando el orden temporal con el espíritu evangélico"[7]. Con corresponsabilidad desde el "ministerio de la comunidad"[8]. "Los laicos no pueden de ninguna manera abdicar de su derecho a estar presentes en el mundo civil. De este modo, con su presencia en la calle, hacen presente a la Iglesia en el mundo y animan y transforman la sociedad según el espíritu del Evangelio"[9].

"Toca a los fieles laicos, termina de recordar nuestro Papa Benedicto XVI, mostrar concretamente en la vida personal y familiar, en la vida social, cultural y política, que la fe permite leer de una forma nueva y profunda la realidad y transformarla; que la esperanza cristiana ensancha el horizonte limitado del hombre y lo proyecta hacia la verdadera altura de su ser, hacia Dios; que la caridad en la verdad es la fuerza más eficaz capaz de cambiar el mundo; que el Evangelio es garantía de libertad y mensaje de liberación; que los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, como la dignidad de la persona humana, la subsidiariedad y la solidaridad, son de gran actualidad y valor para la promoción de nuevas vías de desarrollo al servicio de todo el hombre y de todos los hombres. Compete también a los fieles laicos participar activamente en la vida política de modo siempre coherente con las enseñanzas de la Iglesia, compartiendo razones bien fundadas y grandes ideales en la dialéctica democrática y en la búsqueda de un amplio consenso con todos aquellos a quienes importa la defensa de la vida y de la libertad, la custodia de la verdad y del bien de la familia, la solidaridad

5. cf. AA 2.
6. cf. ChL 34.
7. Cfr. AA, 5.
8. Conferencia Episcopal Española, *Documento n. 14*, Madrid 1971.
9. CONGRESO DE LAICOS, *Documento teológico*, III, 1.

con los necesitados y la búsqueda necesaria del bien común. Los cristianos no buscan la hegemonía política o cultural, sino que, dondequiera que se comprometen, les mueve la certeza de que Cristo es la piedra angular de toda construcción humana"[10].

3. Presencia de los fieles laicos

Para entender, explicar y vivir el compromiso de los laicos en la vida pública, así como las dimensiones eclesiales y pastorales del mismo, conviene tener a la vista y entre las manos el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia[11]. "Es tarea propia del fiel laico –se lee en dicho Compendio– anunciar el Evangelio con el testimonio de una vida ejemplar, enraizada en Cristo y vivida en las realidades temporales: la familia; el compromiso profesional en el ámbito del trabajo, de la cultura, de la ciencia y de la investigación; el ejercicio de las responsabilidades sociales, económicas, políticas. Todas las realidades humanas seculares, personales y sociales, ambientes y situaciones históricas, estructuras e instituciones, son el lugar propio del vivir y actuar de los cristianos laicos"[12].

El mundo es, por tanto, el lugar donde el cristiano laico vive su fe. Para realizar la síntesis entre fe y vida necesita una profunda vivencia espiritual. Sólo los regenerados como hombres nuevos pueden participar con coherencia en la vida social y hacer en ella manifiesto a Cristo con el testimonio de su vida[13]. Para ello es preciso igualmente cuidar la formación, que se refiere tanto a conocimientos como a actitudes que capacitan para la misión, con un proyecto de formación integral y permanente.

La exhortación *Chistifideles laici* de Juan Pablo II de diciembre de 1988 sitúa al fiel laico en el ancho campo de la misión, "siendo", "viviendo" y "participando" como trabajador de la viña del Señor. Y en clave eclesiológica, por su identidad eclesial y por la relación iglesia-mundo, se le asigna este campo de acción:

La animación cristiana del orden temporal.

En estos frentes bien definidos:

1º. Corresponde en primer lugar a los fieles laicos la promoción de la dignidad de cada persona humana, fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí y de su participación y solidaridad (cf. ChL 37). El reconocimiento de la dignidad personal de todo ser humano exige respeto, defensa y promoción de los derechos de la persona humana, entre los cuales el primero y fundamental, condi-

10. BENEDICTO XVI, *A la Asamblea del Consejo de Laicos*, 21/05/2010).
11. Compendio de doctrina social de la Iglesia, Editorial Vaticana, 2004.
12. Compendio, n. 543.
13. Cfr. Compendio, nn. 545-546.

ción de todo lo demás, es el derecho inviolable a la vida humana. Aunque esta sea tarea de todos, los fieles laicos están llamados a defenderlo por una motivación particular: son padres, educadores, profesionales de la medicina y de la salud, y ellos detentan el poder económico y político (cf. ChL 38). Conlleva asimismo la defensa y promoción de los derechos humanos, el reconocimiento de la libertad religiosa y de la libertad de conciencia, tanto de las personas como de la sociedad (cf. ChL 40).

2º En el compromiso social de los fieles laicos, la familia es otro campo. Se ha de convencer a la misma familia de su identidad, como primer núcleo social de base y dado su papel original en la sociedad. El futuro de la humanidad pasa necesariamente por la familia. Si queremos que la evangelización de la Diócesis sea sólida y duradera en nuestras Parroquias y en nuestros Movimientos Apostólicos, ha de arraigar hondamente esta convicción profunda en las familias cristianas de nuestra tierra recia y mediterránea. Este es el logro que acariciamos todos…

3º. La caridad con el prójimo –participación en la de Dios–, con sus formas de obras de misericordia corporal y espiritual, representa el contenido más inmediato de la animación cristiana del orden temporal. La caridad es el carisma más alto para la edificación de la Iglesia y para el bien de la humanidad. La caridad es el alma y el apoyo de la solidaridad. Diversas formas de voluntariado constituyen una importante manifestación en este sentido del apostolado de los laicos (cf. ChL 41).

Esta caridad, que ama y sirve a la persona, no puede ser separada jamás de la justicia. De ahí que para servir a la persona y a la sociedad, los fieles laicos no deban abdicar de su participación en la vida pública (caridad política), es decir, en la multiforme acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común (cf. ChL 42; GS 74-75). Los fieles laicos que trabajan en la política, han de respetar, sin embargo, la justa autonomía rectamente entendida de las realidades temporales. Y han de distinguir la acción que como cristianos realizan, aislada o asociadamente, a título personal, de la acción que llevan a cabo en nombre de la Iglesia, en comunión con sus pastores (cf. GS 76). Atención, por tanto, a una triple modalidad de participación válida del laico en la vida pública: Iª) Presencia individual del laico, Iglesia en el mundo, en la vida pública; 2ª) Presencia asociada del laico en la vida pública, bien formando parte de asociaciones civiles, bien constituyendo asociaciones de inspiración cristiana; 3ª) Presencia pública de la Iglesia, tomando parte en asociaciones confesionales católicas o bien, representando, por delegación expresa, a la jerarquía católica en una determinada institución civil (cf. CLIM 46).

4º. La **solidaridad** reclama y pide igualmente la participación activa y responsable de todos en la vida pública. Hoy este empeño adquiere horizontes mundiales. El fruto de la actividad política solidaria es la paz. Los laicos trabajen por

promoverla, mediante la conversión del corazón y con la acción en favor de la verdad, de la libertad, de la justicia y de la caridad (cf. ChL 42).

5º. Situar al hombre en el centro de la vida económico-social es otra de las tareas temporales importantes del laico. En concreto, además de la hipoteca social que recae sobre toda propiedad, destaca la contribución suya a una nueva organización del trabajo, como instrumento más común e inmediato para el desarrollo de la vida económica (cf. GS 63). Una indicación precisa y necesaria en el momento: los laicos cristianos han de comprometerse a resolver los gravísimos problemas de la creciente desocupación, a convertir el lugar de trabajo en una comunidad de personas en las que se respete y se las facilite el derecho a la participación, a desarrollar nuevas formas de iniciativa empresarial y laboral y a revisar los sistemas de comercio, de financiación y de intercambios tecnológicos, sin olvidar la cuestión ecológica (cf. ChL 43). Conscientes siempre de que el cumplimiento de su trabajo, realizado con competencia profesional y espíritu cristiano, constituye para ellos el principal camino de santificación personal (cf. GS 67).

6º. Evangelizar la cultura y las culturas es otra de sus responsabilidades para la pervivencia de la persona y de la sociedad. Los laicos navegáis por el mar de la cultura: en la escuela y en la universidad, en ambientes de investigación científica y técnica, en lugares de creación artística y de reflexión humanista, habéis de purificar los elementos de la cultura existente e intentareis lograr su integración y elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana (cf. GS 58; EN 18-20). Sin olvidar que los medios de comunicación social constituyen hoy un lugar privilegiado para crear y transmitir dicha cultura (cf. ChL 44). Momento oportuno para felicitar a *De Par en Par* Premio Bravo, este año, de la Conferencia Episcopal Española.

1. Conclusión

Deseamos todos vivamente contar en nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante con un laicado maduro, responsable y comprometido. Con hombres y mujeres valientes y decididos, en todas las edades y situaciones de la vida, niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos[14]. Hombres y mujeres con presencia visible en la calle y colaboración complementaria[15]. Sin olvidar a los enfermos que también son apóstoles, privilegiados y cualificados[16]. "Enfermos, médicos y Sacerdotes –aquí nuevamente nuestro querido Papa–, serán reservas de amor, que cuanto más abundante sea en uno, tanto más se comunicará a los demás"[17]. Teniendo muy en

14. cf. ChL 45-49.
15. cf. ChL 51-52.
16. cf. ChL 53-54.
17. BENEDICTO XVI, 21.6.2009.

cuenta, repito, que la familia constituye el puesto privilegiado en que todo cristiano participa en la vida y misión de la Iglesia. Esta familia que, en nuestro caso, tiene su apoyo sólido en un sacramento y que debe superar los muros del hogar por su pertenencia a la sociedad y a la Iglesia.

Sí, es ésta una hora propicia para llevar nuestra la fe a la calle en que vivimos, para contribuir a la animación cristiana del orden temporal, para evidenciar el testimonio de fe en el corazón del mundo que nos rodea. **Es la hora de los laicos**. Que este Congreso contribuya a tener en la Diócesis de Orihuela-Alicante un laicado más corresponsable. Habrá, en consecuencia, más hombres y mujeres conscientes de su adhesión a la fe y a la Iglesia. Plenamente convencidos de que este cambio para mejorar es posible.

2. Medios para conseguirlo

¿De qué manera, con qué medios se puede llevar a cabo esta acción santificadora y evangelizadora? Será fruto de la acción de Dios en nosotros y del esfuerzo personal de todos y cada uno, vinculado siempre a la acción de Dios.

En este punto de convergencia coincidimos todos: Obispo, Sacerdotes, Religiosos, Religiosas y Fieles seglares. Las Capillas de adoración eucarística permanente que tenemos en Elche y en Alicante están ayudando a muchos a evidenciarlo. El maduro Cardenal Newman, recientemente beatificado por Benedicto XVI, nos ofrece esta solución: Siendo activos como fruto de ser contemplativos, es decir, dejándonos penetrar y habitar por la luz de Dios e irradiándola en nuestro entorno.

"El cristiano, explica, debe sentir que la verdadera contemplación de su Salvador se hace en los asuntos terrenos: que, como Cristo está en los pobres, los perseguidos, los niños, así se manifiesta en las actividades que propone a su elegido, sean las que sean; que obedeciendo a su vocación encontrará a Cristo; que si la descuida, a causa de esto ya no podrá seguir gozando de su presencia; mientras que si la cumple, verá cómo Cristo se revela a su alma entre las acciones ordinarias de cada día, como en una especie de sacramento" (PPS VIII 11, 165).

De este modo, la espiritualidad sigue estando al servicio de una vida resueltamente apostólica. El cristiano debe dejar que la Luz de Cristo viva en él, para que esta Luz irradie a través de él sobre el mundo, como expresa en una hermosa oración retomada por la Madre Teresa de Calcuta:

Señor Jesús,
inúndame de tu Espíritu y de tu vida.
Toma posesión de todo mi ser
para que mi vida no sea otra cosa
que un reflejo de la tuya.

Irradia a través de mí, vive en mí,
y que todos los que encuentre
puedan sentir tu presencia a mi lado.
Al mirarme, ya sólo te verán a ti, Señor.
Permanece en mí
y entonces podré irradiar, como tú,
hasta llegar a ser a mi vez
una luz para todos los demás,
una luz, Señor,
que emanará completamente de ti.
Serás tú quien ilumine a los demás
a través de mí.

Así mi vida será una alabanza de tu gloria,
la alabanza que tú prefieres,
haciendo que irradies sobre aquellos
que nos rodean.

Por la plenitud rebosante del amor
que te tiene mi corazón.
Amén[18].

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

18. K. BEAUMONT, *15 días con el Cardenal Newman,* Ciudad Nueva, 2010, 113-114.

Ponencias

I Congreso de Laicos
Diócesis de
Orihuela-Alicante
Universidad de Alicante
13 y 14 de noviembre de 2010

REFLEXIONES SOBRE EL LAICADO CRISTIANO EN NUESTRA SOCIEDAD: UNA MIRADA A NUESTRA DIÓCESIS

POR D. FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ
Doctor de Filosofía. Universitat Ramon Llull de Barcelona

1. Dar razón de lo que creemos

Hasta hace pocos decenios, ser cristiano y católico en particular era lo más habitual en nuestro país, y los procesos de socialización religiosa introducían a niños, adolescentes y jóvenes en una cosmovisión compartida por la sociedad de forma casi natural. De hecho, la profesión de fe, llamarse públicamente cristiano ya se daba por supuesto, y la sociedad premiaba la opción religiosa y penalizaba o censuraba la increencia.

Sin embargo, esta situación se ha transformado vertiginosamente en pocos años. Muchos niños no se bautizan y el número de comuniones y bodas religiosas ha bajado significativamente en relación a los últimos años. No debemos referirnos al problema de las vocaciones de vida consagrada que, como sabemos, experimentan un gran descenso en toda Europa.

Los pocos jóvenes y adolescentes que se confiesan públicamente como cristianos, chocan con una serie de actitudes y formas de hacer que, con frecuencia, les hace caer en la marginalidad. Algunos de ellos, incluso, se ven forzados a esconder su condición de cristianos, porque la crítica y la burla pesan mucho y más en estas edades. En más de un debate universitario, me he encontrado con jóvenes creyentes que no han querido manifestar su opinión sobre Dios, la oración o la muerte en público, pero después a puerta cerrada han hecho una confesión explícita de su fe.

En poco tiempo, estas costumbres se han ido desvaneciendo a pesar de que el tópico o el estereotipo aún repite que estamos en un país católico. Siempre he pensado que esta afirmación es absurda, porque la fe es una opción de la persona. Un país o cualquier instancia suprapersonal no puede hacer una opción como ésta. Es el yo que se abre al Tú, que se dispone a escuchar al Cristo interior para vivir conforme a su Voluntad.

Tal y como la percibo, la opción por Cristo es, hoy por hoy, casi una opción de vida alternativa, que nace de una experiencia íntima y que está convirtiéndose en minoritaria. No se puede predecir el futuro en estas materias del espíritu, pero todo parece apuntar a que la pluralidad religiosa y cultual seguirá siendo emergente en nuestro país, por influencia, sobre todo, de los flujos migratorios y que la homogeneidad tradicional perderá identidad.

En determinados ambientes, políticos, sociales, culturales, y académicos, incluso llega a sorprender confesarse públicamente como cristiano. Entonces, el creyente, al notar la sorpresa de sus interlocutores, se ve llamado a justificarse, a explicar lo que cree, a hacer una larga nota a pie de página, porque esta opción, en muchos entornos, tiene un sabor amargo de pasado, de no estar a la altura de los tiempos.

Con frecuencia, su interlocutor parte de la idea de que dado que el mundo ha cambiado sustantivamente en los últimos decenios, esto también exige, en el mundo espiritual, profundas transformaciones. Esta necesidad de justificación recuerda tiempos antiguos como los inicios del cristianismo en la sociedad romana, en la que los apologistas tenían que legitimar intelectualmente la opción por Cristo en un universo pagano.

Como consecuencia de esto, la opción por Cristo, más que ser la respuesta a una actitud de búsqueda, es para muchos hombres y mujeres, especialmente para las generaciones más jóvenes, una verdadera novedad. Una gran mayoría no han sido catequizados y desconocen los relatos, las parábolas y las enseñanzas de Jesús. Esto abre nuevas posibilidades y horizontes.

Observo el paso de un cristianismo transmitido de generación en generación, por un tipo de pertenencia masiva, a una fe de libre elección, vivida como un paso deliberado de adhesión, solitario e incomprendido. Este paso no estará libre de sufrimientos y de turbulencias espirituales. Pasar del centro a la periferia no es fácil para quien ha estado en el centro, pero el cristianismo de la periferia es más fiel al mensaje liberador de Jesús.

La fe es la respuesta afirmativa a una vocación interior. Reconozco figuras, personas, mediadores que me han desvelado esta fe, ya desde pequeño, que me han ayudado a descubrir esta Presencia interior, pero ninguno de ellos ha sido decisivo, porque la llamada es interior y no exterior. Esta Fuerza no es un viento que todo lo arrastra; es como una brisa que sopla. A la que puedo responder afirmativa o negativamente.

"La existencia de ateos —dice Adolphe Gesché— me manifiesta que hay hombres que pueden vivir sin creer en Dios. Esto me enseña que la afirmación de Dios no es coaccionante. Si no es inevitable, soy libre. En esta situación me siento cómodo. Mi confesión de Dios es una elección, un acto de libertad. Y para mí es

un acto de libertad que me libera (…) A partir de los no creyentes experimento que mi fe es libre. Por esto puedo decir que creo 'porque' hay incrédulos. Puedo desear que todos los hombres lleguen a la fe en Dios. Pero también deseo la libertad para ellos. La fe tiene que seguir siendo el mayor ejercicio de mi libertad".[1]

La fe, tal como la concibo, es un acto de libertad o más exactamente, la respuesta a una llamada interior que me exhorta a liberarme de todo lo que encadena y aprisiona. Está muy cerca de la duda. Fe y duda hacen honor a dos dimensiones que existen en nosotros. Dios se nos ofrece desde la fragilidad, se niega a violentarnos y a anular nuestra libertad. Puedo o no puedo creer. Su grandeza consiste en haber creado un ser que puede decirle sí, pero también no.

2. Una opción de presente y de futuro

La opción por Cristo viene de lejos, pero no por ello es una opción anacrónica. A lo largo de la historia, muchos hombres y mujeres, de condición diferente, ubicados en entornos culturales, políticos y sociales distintos, cada uno a su manera, han oído la misma llamada interior, la misma voz, aunque esta llamada se haya articulado de formas muy distintas.

Esta diversidad, lejos de ser un problema, es una expresión polifónica de su fecundidad. Nada hay más problemático que una comunidad homogénea, hecha de personas que viven, exactamente, las mismas condiciones de la llamada. La heterogeneidad es un signo de riqueza y de vitalidad espiritual.

La historia pesa, pero no es garantía de veracidad. La repetición de una mentira durante siglos no la convierte en verdad. Y, contrariamente, una verdad, aunque sea ignorada por toda una masa de personas durante siglos no por ello deja de ser verdad. El argumento histórico no es decisivo en el momento de hacer la opción por Cristo, porque la repetición de un mensaje no lo hace valioso.

Debemos ir en cuenta en estas materias y no sufrir aquella enfermedad que Jacques Maritain denominó la *novolatría*, y que consiste en adorar y venerar lo que es nuevo, sólo por el mero hecho de ser una novedad. Sería insensato, por no decir de necios, refutar la sabiduría transmitida por Buda, Lao-Tse, Confucio, Sócrates o Jesús, solamente porque son personajes del pasado. No nos podemos permitir esta simplificación, ni desaprovechar el talento espiritual de la humanidad. Pero también sería inaudito rechazar las novedades del presente y las últimas aportaciones porque son nuevas y aún no han pasado la prueba del tiempo.

Muchos niños y adolescentes de nuestro ámbito cultural asocian la creencia cristiana a algo del pasado, porque ven expresadas y vividas estas creencias en sus abuelas, pero no en sus entornos habituales. Según ellos, la religión cristiana,

1. A. GESCHÉ, *¿Por qué creo en Dios?*, en Selecciones de Teología 114 (1990) 84.

sus ritos y narraciones es cosa de otro tiempo, es lo que hace la abuela, un relato fuera de su imaginario.

No es extraña esta asociación. La fe cristiana, su doctrina, sus fiestas litúrgicas, sus reglas morales de comportamiento, todo ello pertenecía, en gran parte, al patrimonio cultural que inspiraba la vida social, pero en pocos decenios se ha ido disolviendo en la atmósfera. Formaba parte integrante del mundo. Lo respiraban en casa, en la mesa, en el colegio, en la calle, pero este imaginario se ha roto en mil pedazos y sólo quedan las pequeñas comunidades que le dan sentido y algunos nómadas que van buscando acogimiento por la ciudad. En pocos decenios, se ha puesto de manifiesto que aquel conjunto de mitos, de tradiciones, de rituales y de creencias no se ha transmitido a las nuevas generaciones.

La religión continúa siendo un dato cultural importante, pero la vida social ya no se construye a partir de ella. Es un bello reto ser cristiano en esta situación. Puede y tiene que proceder de una convicción personal que ya no es la convicción de la propia sociedad. Uno no nace cristiano, se convierte. No se convierte en discípulo acogiendo una simple doctrina. Por el camino, poco a poco, se va descubriendo lo que eso significa.

El teólogo Jean Marie Tillard se hizo especialmente conocido a raíz de un pequeño opúsculo en el que se preguntaba si somos los últimos cristianos[2]. Lo leí atentamente y coincido bastante con su tesis. No creo que seamos los últimos cristianos de la historia, pero sí los últimos en vivirlo de la forma tradicional. Los contextos, los entornos se han transformado de manera tan poderosa que exigen una renovación, a fondo, en la forma de vivirlo. Tengo la impresión de que todo está por empezar, de que estamos a los inicios de una nueva era de la que, solamente, vislumbramos algunas formas.

La referencia al pasado no amputa el trabajo creativo, ni el nervio de la imaginación. Es, más bien, su condición de posibilidad. Estos elementos recibidos, debidamente leídos a la luz de los signos de los tiempos, permiten elaborar nuevas síntesis y nuevas propuestas de sentido. El desarrollo científico y técnico de la humanidad ha sido exponencial, pero no ha ido acompañado de un desarrollo espiritual paralelo.

El debate sobre el anacronismo de la opción por Cristo viene de lejos. No es un tema nuevo en la postmodernidad. Nace, sobre todo, en la polémica contra el modernismo, cuando doctos pensadores consideraban que el cristianismo era agua pasada y que, para los nuevos tiempos, era necesaria una nueva religión, la religión de la humanidad. Contra este anacronismo es bueno recuperar un texto de uno de los poetas que más aprecio, Joan Maragall.

---

2. Cf. J. M. TILLARD, *Som nosaltres els últims cristians?*, Claret, Barcelona, 1998.

Escribe el poeta barcelonés: "Decidme dónde ha existido una sociedad verdaderamente cristiana. Yo no lo sé. Yo sé de algunos hombres dispersos que han vivido en Cristo, y sé de instituciones originadas en su espíritu; pero de que haya existido una sociedad verdaderamente cristiana, de hombres vivos en Cristo, que haya permanecido, yo no lo sé. Por esto creo que la historia verdadera de la Humanidad está aún por empezar. Y que este mundo en que vivimos –o creemos vivir– de Estados y leyes, y monarquías, y repúblicas, y socialismos y negocios, y de clases... este mundo yo creo que no es más que una prehistoria de la Humanidad: que todavía hemos de empezar a vivir– lo que se llama vivir– y que la vida está todavía oculta en nosotros; y que en cada uno de nosotros está todavía el Hijo de Dios predicando su Evangelio, esforzándose por avivar la chispa de la luz eterna, de la que cada hombre es un sagrario, para incendiar el mundo en la vida que guarda dentro, y consumar así la creación de la tierra"[3].

3. Vivir a contracorriente

Escribe Godfried Danneels: "El cristiano en el mundo es como la trucha en un río de aguas rápidas: siempre nada a contracorriente y es el símbolo de la contracultura. La trucha permanece en el agua y no la deja. Pero vive en un estado de resistencia continua. Vive a golpes de riñón. El agua no la molesta: más bien se apoya para avanzar hacia la fuente del torrente. Aprovecha los obstáculos como trampolín para avanzar. El cristiano también es una contravoz en la cultura contemporánea: no se instala cómodamente en el margen como espectador. Toma partido por la política, la música, las imágenes, la sexualidad, la familia; se compromete en la ciencia y en la técnica, cree en un futuro, tiene confianza ejerciéndose también a la resistencia. Nada a contracorriente".[4]

Ser cristiano es vivir a contracorriente. Esto fatiga, e incluso puede ser desesperante. No es, precisamente, la comodidad el motor de la fe, pero tampoco lo es el anhelo de ir a la contra por el mero hecho de hacerlo. Hay aspectos contraculturales en el cristianismo, pero hay aspectos que encajan perfectamente con la cultura actual.

La opción por Cristo, cuando es auténtica, comporta una serie de elementos contraculturales, porque ponen a la persona en conflicto con el sistema de valores vigentes. Hace que nade a contracorriente. Y ello genera más de una esquizofrenia espiritual, porque con frecuencia los valores que se predican dentro de la comunidad chocan frontalmente con los que se respiran en el mundo. Se precisa mucha audacia, convicción y firmeza para vivirlos en contra de todo y de todos.

---

3. J. MARAGALL, *Obres Completes*, Selecta, Barcelona, 1947, p. 840.
4. G. DANNEELS, *L'evangelització dels joves. Itineraris*, en Documents d'Església 793 (2002) 541.

La opción por Cristo es una opción por la pobreza, por la vida austera, sobria, que entiende los bienes materiales como instrumentos, pero no como finalidades, que se centra en el ser y en el amor. Esta opción choca contra una cultura que idolatra a la riqueza y se caracteriza por cabalgar sobre un consumismo desbocado. La opción por Cristo es, en este sentido, contracultural y quien la vive topa con sus coetáneos, porque, a diferencia de ellos, no vive para las cosas, sino que entiende que las cosas están al servicio de la persona.

En la cultura de masas se subraya el valor de la competitividad, de la lucha por el éxito. Tengo que ser el primero, tengo que esconder el fracaso, tengo que sobresalir y conseguir el reconocimiento de los demás. La hipercompetitividad genera toda clase de calamidades, de fracasos personales y emocionales. La cuestión es ser el primero, no importa el precio que se pague.

La opción por Cristo subraya que lo esencial es la práctica del don, la capacidad de servir a los demás. Cristo nos llama a ser los últimos, a dejar pasar, a valorar a los fracasados, a los ignorantes, y a aprender de ellos. El cristiano se halla, en consecuencia, entre dos aguas, fragmentado entre dos órdenes y tiene que hacer su propia síntesis personal para poder ser cristiano dignamente en un mundo hipercompetitivo.

La opción por Cristo es una opción por la fidelidad, por el compromiso radical, más allá de las vicisitudes y cambios temporales. Se nos exhorta a tomar decisiones irreversibles, a darnos totalmente a una persona, a construir un proyecto de vida, a ser fieles. La fidelidad entra directamente en conflicto con la inconsistencia de los vínculos y es una exigencia que hace contracultural al cristianismo.

Existen, en nuestra cultura actual, una serie de valores emergentes que conectan, a fondo, con las propuestas que derivan de la opción por Cristo. El cuidado por la naturaleza es un valor emergente, cada vez más integrado en el imaginario social que enlaza estrechamente con la idea del mundo como creación, como un bien dado, que debemos apreciar y conservar.

4. Comprometerse con el mundo

La opción por Cristo no es una huída del mundo, no es un método para liberarse de los desengaños. Los desengaños existen y debemos afrontarlos. No se propone una salida por la tangente, tampoco ejercitarse en una especie de insensibilidad estoica. Jesús gritó cuando estaba colgado de la cruz.

Desde la perspectiva cristiana, el mundo es un don, un regalo, un espacio y un tiempo entregados al ser humano para que viva en él y lo valore. Dios no tenía necesidad de crear el mundo, de generar una alteridad y darle vida y conciencia. El mundo no es un error, ni el nacimiento un castigo. Es un bien nacer y es una maravilla que el mundo exista, que exista algo y no la nada, entendiendo este

mundo como el fruto de una evolución milenaria de la materia viva que ha sido dada desde la Fuente infinita de Amor.

La opción por Cristo no es una evasión del mundo, porque el mundo es algo bello, valioso, unitario y majestuoso. Estamos hechos para vivir en este mundo, para amarlo y crecer en él. Es nuestra casa. Con todo, el mundo, como consecuencia de la acción humana, sea directa o indirectamente, presenta dimensiones de mal y de sufrimiento. También existe aquel sufrimiento inesperado, que no se puede imputar a ninguna razón humana y que nos deja horrorizados.

La opción por Cristo no es una opción a favor del sufrimiento, sino todo lo contrario. Estamos en el mundo para *vivirlo* y para *gozarlo*; para disfrutar de todo lo bueno, noble y grande que hay en él, pero también para liberar del sufrimiento a quienes sufren. No es una vía solamente personal la que se busca, la salvación de *mi* sufrimiento; es una vía abierta al prójimo. El egoísmo de la salvación es incompatible con la opción por Cristo. No se puede ser feliz mientras los demás sufren; no puedo experimentar el gozo eterno, mientras una masa de seres humanos sufre.

Ser cristiano es hacerse presente en el mundo, especialmente en los lugares de sufrimiento para inocular esperanza. ¿Qué esperanza? La que deriva del hecho pascual. Los cristianos creemos que la muerte ha sido vencida y que Jesús fue resucitado de entre los muertos por obra del Espíritu. No podemos demostrarlo, tampoco podemos dar pruebas concluyentes. El cuerpo de Jesús no estaba, pero esta ausencia se podría explicar por muchas razones antes que invocar a la resurrección.

Creemos que la historia terminará bien, y que el sufrimiento será redimido. Esto no nos exime de trabajar, con toda la intensidad y esfuerzo, para paliar todas las formas de sufrimiento que observamos a nuestro alrededor: físico, psíquico, social y espiritual. No tenemos la última clave para borrar el sufrimiento del mundo. Con todo, existe la esperanza fundada en el hecho pascual.

Ser cristiano consiste en creer que el Viernes santo, metáfora del sufrimiento en el mundo, no es la última palabra de la historia, ni la conclusión del argumento. Consiste en esperar que el sufrimiento será redimido, que la noche dará paso al día, que la oscuridad cederá a la luz. Este sufrimiento inútil, estéril, causa desesperación, e incluso despecho contra Dios, pero no lo entiendo, ni lo puedo introducir dentro de la lógica humana. Jesús no esquivó el sufrimiento. Tampoco lo buscó. Lo asumió pero no estoicamente, también se desesperó en la cruz y gritó. Se sintió abandonado.

Jean Guitton escribe: “Sé muy bien el mal que ha hecho una forma de presentar la religión como una huida del mundo, como un desprecio de la tierra y de sus alegrías, como una condena del sexo y la existencia entendida como ‘un valle

de lágrimas', especie de moneda para comprar la felicidad en el otro mundo. Y sé también que los cristianos de todas las épocas han trabajado para conquistar la tierra, que las bienaventuranzas nacidas del Evangelio no afectan solamente al más allá".[5]

La opción por Cristo es una opción a favor de la vida y del mundo, a favor de toda existencia, humana y no humana, por pequeña y débil que sea. Es absurdo y estéril buscar el sufrimiento; porque el sufrimiento viene, desgraciadamente, sin buscarlo y viene, con frecuencia, como una consecuencia del amor.

5. Ser creíbles en el mundo

Amar al prójimo, salir de la burbuja del ego para incluir al otro, perdonar incondicionalmente a los traidores, amar a los enemigos, escuchar y obedecer a la llamada del Maestro y tratar como hermano en la existencia a cualquier ser humano, no importa cual sea su condición u origen: he aquí un programa ético difícil, entusiasta, pero repleto de escollos.

Esta propuesta de vida práctica puede parecer increíble a muchos, incluso desmesurada, inaplicable a la vida cotidiana. Y a pesar de ello, para muchos otros, cristianos militantes, pero también agnósticos confesos, el programa descrito les parece maravilloso.

Hay que reconocer que la propuesta ética que emana del Evangelio sorprende. Contiene una cierta *hybris*, una sinrazón, un exceso, como nos hace ver el filósofo francés Paul Ricoeur. En ella, no sólo se exhorta a amar a los amigos, sino también a los enemigos. No sólo se exige dar a quien me ha dado, en clara consonancia con la justicia conmutativa, sino dar a quien no me ha dado nunca nada y que, con toda probabilidad, no me devolverá nunca lo que yo le doy.

Frente a esta propuesta, el escéptico se encoge de hombros, mientras que el cínico sonríe con displicencia. Vivimos en una atmósfera de mínimos morales. No soy de los que hace un discurso apocalíptico sobre la crisis de valores tradicionales y el final de Europa, pero las propuestas éticas que se formulan en el tiempo presente son claramente minimalistas, van orientadas a garantizar la convivencia, el buen entendimiento en sociedades laicas, secularizadas y plurales cultural y étnicamente. No tengo nada que decir contra las éticas de mínimos, pero me parecen insuficientes.

Para poder vivir en paz en contextos tan plurales, debemos identificar unos mínimos morales compartidos por todos, unos principios exigibles a todo ciudadano. Las éticas de mínimos no garantizan la felicidad, ni el gozo de existir. En el mejor de los casos, garantizan un orden justo, una simetría de derechos en

5. J. GUITTON, *Lo que yo creo, Belacqua*, Barcelona, 2004, p. 48.

el ágora pública, lo cual no es irrelevante, pero creo que no es suficiente con la igualdad y con la tolerancia, debemos exhortar a la fraternidad y a la hospitalidad. Los máximos se construyen sobre los mínimos, pero si solamente educamos partiendo de los mínimos, no se pone en tensión al ser humano y no da todo lo que podría dar.

La propuesta ética que emana del Evangelio es de máximos. Se edifica sobre unos mínimos morales que pueden ser compartidos con muchas otras propuestas, laicas y religiosas, occidentales u orientales, pero apunta hacia un horizonte que tensa la cuerda y puede generar una sensación de imposibilidad. Sin embargo, en este camino no estamos solos. Nunca lo estamos, aunque nos lo parezca. El Cristo interior trabaja desde dentro, abre posibilidades en nosotros, posibilidades que nosotros mismos no habíamos visto. Nos hace adeptos al perdón, a la generosidad, a la gratuidad sin límites.

Si la ética que emana del mensaje liberador de Jesús no es creíble, si no tiene credibilidad para quien la escucha, se convierte en un mensaje quimérico, un relato lleno de buenas intenciones, pero inaplicable. El resultado final es la indiferencia, un fin que nada tiene que ver con su intención primogénita que es enraizar en el corazón.

La sabiduría práctica que brota de las palabras, de las acciones, de los silencios, y de las parábolas de Jesús, es una ética de máximos, pero no una propuesta absurda ni irracional. Tensa el arco de la voluntad, exige humildad, confianza y abandono en el Cristo interior que es capaz de obrar maravillas dentro de cada ser, incluso aunque éste no le reconozca como existente en su interior.

6. Vivir con la perspectiva eterna

La fe es un vínculo amoroso, una relación entre dos personas y esta relación no me exhorta a olvidarme de las otras relaciones, a pasar por este mundo de puntillas, sino todo lo contrario, a llenar de la máxima calidad y riqueza las relaciones que establezco con quienes me rodean.

Tal y como lo concibo, el centro de la opción por Cristo es, justamente, el ahora. No es el pasado, ni el futuro. Hacemos memoria de las parábolas, de las palabras y de los gestos de Jesús. Celebramos la eucaristía, hacemos memorial de lo que sucedió, pero creemos que la relación con Dios, el Maestro Interior, no es algo que se dio en el pasado, sino un ofrecimiento, una posibilidad que cada ser humano puede vivir en el presente. En la eucaristía, celebramos esta presencia real ahora y aquí.

Todos estamos invitados a ser coetáneos de Cristo, a escuchar su llamada. Esta opción no es una religión del recuerdo, tampoco de la expectativa, de lo que vendrá. Dios *ya está* aquí, *ya está* en mí, *ya me* habla en la interioridad, pero no

tengo una experiencia plena. Haya o no vida eterna, haya o no cielo, la relación es viva en este mundo.

En la opción por Cristo tiene sentido, lógicamente, la esperanza y también el recuerdo, pero es una opción para ahora y aquí. El Cristo interior me invita a vivir esta vida con la máxima intensidad. Es una invitación a vivir con la máxima plenitud cada instante como un don generoso que me ha sido entregado sin merecerlo.

No es una apuesta por el futuro, ni un puro recuerdo del pasado. No consiste en sacrificar el presente por el futuro, en despreciar el más allá por afirmar el más acá. Es una opción por el ahora y el aquí, porque sólo a través de la vivencia plena del instante se abre la ventana a la eternidad. Escribe Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus*: "Si por eternidad no entendemos duración temporal infinita, sino intemporalidad, entonces vive eternamente quien vive en el presente".[6]

Hay que aprender a vivir cada instante como si fuera único, porque el instante es un átomo de eternidad. Los lirios del campo y las aves del cielo son un ejemplo paradigmático de esta forma de vivir. En este punto, como en tantos otros, es estimulante el pensamiento de Søren Kierkegaard, basado en sus discursos: *Los lirios del campo y las aves del cielo*.[7]

Nos hace ver cómo el lirio y el ave viven plenamente al día y por ello son verdaderos maestros de vida. Nos hace ver que la preocupación no es una actitud propia del cristiano, porque indica desconfianza, poca fe. Cuando una persona se preocupa, se ocupa con anterioridad a lo que pasará, y le resbala el presente entre los dedos. No es tampoco una actitud cristiana el rencor o el resentimiento, quien vive herido por lo que pasó, por lo que se dijo en tiempos remotos. El resentimiento oculta el presente y no permite vivirlo como el pájaro o el lirio. Ellos no se preocupan y comen a diario. No viven anclados en el pasado ni ansiosos por lo que sucederá.

Søren Kierkegaard escribe. "Recuerda que sólo se vive una vez"[8] y afirma: "El instante es justamente lo que no está en las circunstancias, lo nuevo, la irrupción de la eternidad."[9] La esperanza de una eternidad no quita valor a esta vida temporal, a este momento que estoy viviendo, sino todo lo contrario. Precisamente porque hay eternidad, puedo vivir intensamente este instante, disfrutando de él, sin desesperarme porque pasa y con él pasa mi vida y se anihila lentamente.

---

6. L. WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*, 6. 4311.
7. Cf. S. KIERKEGAARD, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Trotta, Madrid, 2007.
8. *El instante*, Trotta, Madrid, 2006, p. 159.
9. Ibídem, p. 187.

Siempre quedan asuntos pendientes, cosas por decir, sentimientos por expresar, aventuras por vivir, experiencias por sufrir. Quedan amores escondidos, porque la vida es breve, efímera y muchas veces, injusta. Optar por Cristo no es optar contra *esta* vida, sino todo lo contrario, es vivir intensamente esta vida y esto quiere decir, amando, pero también con la confianza de que no estamos solos, de que existe una Fuerza que nos mueve y nos llama a vivir más en extensión y en intensidad.

Es una opción por vivir ahora y aquí, por ser feliz ahora y aquí, por hacer felices a los demás ahora y aquí. No es (solamente) una espera en un futuro maravilloso, ni tampoco (solamente) una conmemoración histórica de un gran suceso que tuvo lugar en el pasado y que nunca más se volverá a repetir.

El gran secreto de la felicidad es la capacidad de vivir el momento presente. Pero sólo podemos vivirlo si superamos la ilusión que nos hace mirar atrás. Siempre corremos el peligro de convertirnos en estatuas de sal como la mujer de Lot. Si escapamos del presente hacia un futuro aún inexistente, corremos el riesgo de vivir extrapolados del realismo, el ahora y aquí de la vida.

Vivir el ahora exige trabajar la capacidad de tener siempre los pies en el suelo, afrontar los problemas uno a uno y vencer las angustias, una a una, para mantenerse en la plenitud. Plenitud es ser uno mismo, creer en el Dios del momento presente y sentir que estás en el lugar en el que Dios quiere que estés, haciendo lo que quiere que hagas.

Consiste en vivir ahora, en amar ahora, en celebrar el gozo de existir ahora. El ahora es el centro de gravedad de la opción por Cristo, porque *es ahora* que Él se manifiesta, *es ahora* que Él te habla, *es ahora* que quiere ser escuchado y amado por ti. Esto no significa que no tenga valor el acto de rememorar, ni el acto de esperar, pero lo más genuino de esta propuesta es el valor del instante, el modo de llenarlo de la máxima densidad vital, de hacer que haya merecido la pena existir.

El amor dota al momento de máxima plenitud. El momento es efímero, pasa, se va, pero si el momento ha sido una ocasión para amar, para darse, para entregar el propio talento, para generar belleza, para edificar, para construir, no ha sido inútil.

El tiempo vivido en el que no se ha amado es tiempo perdido para siempre, estropeado para toda la eternidad. El camino hacia Dios es el amor, porque Dios es amor pleno y sólo quien ama conoce a Dios. Aprovechar el día es amar, porque al amar se vive la existencia plenamente, se tejen relaciones de profundidad y calidad.

Si el momento ha sido pleno, si has amado y te has sentido amado, no experimentarás vergüenza al morir. Aprovecharlo no es abandonarse al caos de las pasiones, a la explotación de otros seres humanos, o al desbarajuste de los senti-

dos. Éstas son formas de evasión, mecanismos para vomitar el asco y el malestar que se llevan dentro. Hacer fecundo el día es conjugar el verbo *amar*, darse a los demás y tejer vínculos que dejen rastro en el alma.

Estos instantes marcan una dirección, apuntan hacia un horizonte que ahora sólo podemos entrever. No podemos vivir añorados por el amor perdido, ni colgados en el sentimiento de nostalgia; pero tampoco esperando que se haga realidad la plenitud. Tenemos que vivir de tal manera que cada momento se convierta en un instante maravilloso, digno de ser vivido, una y otra vez, pero esto sólo es posible si amamos a fondo, porque el contenido del átomo de eternidad es el amor.

7. La alegría infinita de ser cristiano

En la primera nota a pie de página de la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est* (2006), se cita un fragmento de Friedrich Nietzsche, el maestro de la sospecha por definición, en su conocida obra *Más allá del bien y del mal*.

Escribe: "El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al *eros* un veneno que aunque no le habría conducido a la muerte le habría hecho degenerar en vicio. El filósofo alemán expresó de esta forma una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más bello de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad, que nos hace preguntar algo de lo Divino?"[10]

Para comprender esta objeción, tenemos que profundizar en las formas en que se ha transmitido el cristianismo durante siglos. La transmisión de la fe que muchos han recibido ha sido tan sumamente negativa, que muchos han llegado a la conclusión, expresada por Friedrich Nietzsche de que esta opción amarga la vida, los sentidos, el gozo de existir.

Si realmente entendiera mi vinculación personal con Cristo como un camino para amargarme la vida, para crecer en el asco de existir, de ninguna manera me mantendría firme en esta opción, ni la propondría a las personas que más aprecio.

La vida ya da suficientes amarguras sin pedirlas, como para amargársela uno mismo con las opciones que toma. Es amarga la lucha, el fracaso, la enfermedad, el desamor, la traición, la infidelidad, la submisión, la explotación de personas, el envejecimiento decrépito, la muerte en mitad de la vida. Las amarguras forman parte de la vida. La fe, como relación interpersonal con Cristo no tiene como objetivo introducir más amarguras, sino liberarnos de ellas, o bien darnos el coraje y la audacia para afrontarlas con dignidad.

10. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 3.

La educación de la fe que muchos han recibido ha sido muy negativa. La obsesión por el pecado ha hecho olvidar la belleza de un corazón puro, abierto a la esperanza, el deseo de asegurar una buena muerte, ha hecho que se dejara de lado lo bueno, lo bello, lo divino que hay en la vida. También la moral de prohibiciones ha impedido descubrir los horizontes maravillosos que se pueden encontrar en las páginas del Evangelio: la dimensión festiva en la existencia cristiana, la cara pascual del cristianismo ha quedado, con frecuencia, tapada, eclipsada detrás de la dimensión trágica, sufriente del Cristo colgado en la cruz. Y, a pesar de ello, la alegría que nace de la relación con Cristo es tan grande que no tiene cabida en el corazón humano.

Muchas personas que conozco y aprecio han recibido esta transmisión, han sido objetos de una presentación hostil de Dios y esta imagen deformada y grotesca no sólo ha dejado marca en su estructura mental, sino también en su vida emocional, social, afectiva y sexual.

Entiendo su despecho contra este Dios, comprendo su odio hacia aquella religión que recibieron de pequeños, y no tan pequeños, pero éste no es mi caso. No he tenido que hacer limpieza, ni matar a Dios, porque el Dios que me comunicaron sólo anhelaba mi bien, mi plenitud, el despliegue de mis talentos. Me lo presentaron como el eterno acompañante de mis sufrimientos, como aquel Oído que escucha atenta y tiernamente cuando todo el mundo se ha cansado de escucharte.

Existe una dura barrera de prejuicios que ocultan a Dios, que lo envenenan. La psicosis de la justicia de Dios ha dejado, con frecuencia, en la penumbra la bondad y generosa munificencia del Dios-padre, que llena el mundo de cosas buenas y agradables para que los desencantos ineludibles no nos hicieran perder el gozo de la vida presente y la verdad iluminadora de su presencia.

Nos falta el sentido festivo, pero la fiesta es inherente a la fe. La fiesta no es evasión, ni huída personal del mundo: no es un ritual del olvido, una forma de amnesia para marchar del valle de lágrimas que es este mundo: es todo lo contrario: celebración de la existencia, manifestación plena del gozo de existir en este mundo.

La fiesta trasciende los límites que separan el mundo visible del invisible, a través del canto coral, de la danza y de la embriaguez. Es el ritual del exceso, de la desmedida, el contrapunto necesario a la vida cotidiana. La fiesta no es una frivolidad, ni una opción para los más afortunados de este mundo.

Escribe Friedrich Nietzsche: “Yo sólo creería en un dios que supiera danzar”. El maestro de la sospecha por antonomasia reivindica así a Dionisos, contra el racionalismo platónico y el ascetismo moralizador cristiano.

Se ha culpado a las religiones bíblicas de censurar la dimensión festiva de la vida, de matar la risa, de introducir la culpa, el remordimiento y sacralizar el

sufrimiento. Nietzsche dice que los cristianos seríamos más creíbles si fuéramos más alegres. Tiene toda la razón. En muchas celebraciones pascuales, los fieles siguen el ritual con una cara muy amarga, que pone en contradicción lo que, supuestamente, se está celebrando.

El contenido, si no va acompañado de la forma, pierde todo su sentido. Si realmente es una buena noticia lo que queremos comunicar, ¿por qué lo comunicamos con cara de cansados, con moral de derrota, como si repitiéramos una vieja melodía?

Søren Kierkegaard ha escrito que la alegría del cristiano es tan grande que no tiene cabida en su corazón. Y a pesar de ello, la observación de Nietzsche pesa, porque tanto el reír como la fiesta han sido muy poco valorados en el cristianismo occidental, tal y como nos ha llegado. En las celebraciones falta, con frecuencia, fiesta, imaginación, alegría y gestualidad.

Contra la objeción de Nietzsche, debemos afirmar que la opción por Cristo es una opción que, en lugar de amargar la vida, la endulza; le introduce paz y serenidad. Nada más amargo que pensar que venimos de la nada y que todo tiende irremisiblemente, hacia la nada y que todos los esfuerzos son en vano.

¿Hay algo más amargo que perder a la amada en una muerte prematura y asumir que nunca más podré volver a verla, ni besarla ni abrazarla? La opción por Cristo me mueve a esperar, a creer en la comunión de todos, en el encuentro eterno, en cuerpo y alma, no sabemos cómo, ni cuándo, pero un encuentro de todos los que amo, y he amado en la eternidad. Esta fe, lejos de amargarme, me mueve a la fiesta, hace latir de alegría a mi corazón.

8. La felicidad como horizonte de sentido

En nuestra sociedad se detecta una verdadera preocupación por la felicidad. El mundo ha dejado de concebirse como un valle de lágrimas y se concibe como un espacio para realizarse y ser feliz. Por todas partes se busca con fervor y fácilmente se detectan propuestas de felicidad que, como objetos de consumo, se ponen a disposición del ciudadano. Se empieza a pensar que la vida humana puede ser, si bien limitada, una experiencia agradable y feliz. En esta perspectiva son significativas la reconciliación con el propio cuerpo, la reconciliación con los deseos más constitutivos de la persona, la reconciliación con el entorno natural y con los demás aceptando su diferencia como una riqueza inédita.

Ya hace tiempo que se ha perdido la confianza en los fríos sistemas ideológicos de la razón que ya no fascinan, y también en las grandes máquinas políticas y religiosas para las que la individualidad no cuenta. Parece que en nuestro presente marchito sólo tienen futuro las propuestas y las actitudes que respetan el misterio

de la persona y que le ayudan a ser feliz a través de los innumerables caminos de la amistad, de la solidaridad y del amor.

Dentro de este lío de propuestas debemos ir paso a paso. No creo en los paraísos artificiales, por decirlo al estilo de Charles Baudelaire. Tampoco en una felicidad que se identifica con la evasión. Frente a todo tipo de drogas, necesitamos proyectos que nos hagan sentir libres, que nos den el gusto por la vida, que nos atraigan estimulando la lucidez intelectual y la sensibilidad ética.

La opción por Cristo es un camino legítimo de felicidad. Es un itinerario humanizador, no es un placer que ensueña a la inteligencia, ni un placer que devora la generosidad o la solidaridad. Es un itinerario incluyente, en el que todos están invitados y en el que se reconoce que el fundamento de esta felicidad emana del ser, del amor en el don, y no del tener, del poseer o del consumir.

Es ésta una felicidad que va más allá del bienestar emocional, del bienestar físico y social; trasciende la buena conciencia del deber cumplido. Deriva del hecho de sentirse amado por Aquél que puede vencer a la muerte.

Constato que los estados de felicidad que puedo alcanzar en este mundo siempre son transitorios e inestables. Nunca es una felicidad plena, esférica, sin interferencias. No puedo ser feliz aislado dentro de una burbuja de bienestar material, mientras que los demás pasan por todo tipo de miserias. No puedo serlo, mientras me llegan noticias de desastres, calamidades de todo tipo, tragedias humanas e injusticias sociales. No entiendo la felicidad como un ejercicio de insonorización, cuyo objetivo es aislarme de los dolores del mundo (bella expresión de Schopenhauer).

La opción por Cristo es una opción por el otro, y si el otro es infeliz, su infelicidad me afecta profundamente. La conciencia de lo que falta es, con frecuencia, más dolorosa y angustiosa que la conciencia de lo que se tiene. No existe ningún bien de este mundo que pueda llenar el corazón inquieto de un ser humano, pero existen vivencias de felicidad que le indican un camino, una dirección y señalan motivos para la esperanza.

UNA MIRADA A NUESTRA DIÓCESIS

Por D. Francisco Javier Ruvira Guilabert
Coordinador de Cáritas Interparroquial de Elche

D. Francisco J. Ruvira hizo referencia a la importancia de tener presente las aportaciones de los 107 trabajos enviados sobre el documento teológico y las 2003 encuestas contestadas, el resultado de tales aportaciones quedan reflejadas en las conclusiones de la fase preparatoria del Congreso, y se tendrán en cuenta en la elaboración de las conclusiones finales del mismo.

Dr. D. Gustavo H. Carrajaro Lozano

CLAVES DE IDENTIDAD LAICAL FUNDAMENTOS DE LA VOCACION Y MISION DEL LAICO CRISTIANO

Por D. Guzmán M. Carriquiry Lecour
Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos

En los cauces del Concilio Ecuménico Vaticano II

"El Concilio ha ratificado y ampliado el aporte que ya los movimientos del laicado católico, desde hace un siglo, ofrecen a la Iglesia peregrina y militante": fueron palabras de S.S. Pablo VI el 21 de marzo de 1971[1]. «Vosotros sabéis bien como el Concilio Vaticano II – recordaba Juan Pablo II en su primer viaje apostólico, en México, dirigiéndose a los laicos[2] – recogió esa gran corriente histórica de promoción del laicado, profundizándola en sus fundamentos teológicos, integrándola e iluminándola cabalmente en la eclesiología de la *Lumen Gentium*, convocando e impulsando la activa participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia».

Sabemos que esa corriente histórica de promoción de los laicos – uno de los hechos más importantes del siglo XX eclesial – fue generada y contó con impulsos sucesivos en el proceso de una maduración progresiva de una más profunda autoconciencia del ser y misión de la Iglesia en nuestro tiempo. De esa preparación remota y próxima del Concilio Vaticano II, que hunde sus raíces históricas en la segunda mitad del siglo pasado, se cuenta ya con numerosas investigaciones y estudios. Nuevas exigencias y modalidades de participación de los fieles laicos se promueven entonces, en Europa, ante la progresiva disgregación de las cristiandades rurales tradicionales, ante la ruptura entre el «trono» y el «altar» y las hostilidades y persecuciones promovidas contra la Iglesia por las nuevas dirigencias políticas e intelectuales secularizantes, ante las profundas repercusiones sociales y culturales provocadas por la extensión del proceso de la «revolución industrial» emergiendo nuevas sociedades en proceso de creciente descristianización. Los renovados estudios bíblicos y patrísticos hacia fines de siglo, el ca-

1. Pablo VI, en "Insegnamenti" (V), 1967, pág. 160.
2. Juan Pablo II, Alocución a las Organizaciones Nacionales del Laicado en Ciudad de México, 29-1-1979, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo T. I», Vol. II, 1979, pág. 249-250.

mino emprendido de renovación eclesiológica, nuevos carismas y comunidades misioneras ad gentes, el resurgimiento del asociacionismo católico, las corrientes y experiencias del «catolicismo social», entre otros, fueron abriendo cauces y dando consistencia a ese protagonismo de los fieles laicos.

Hubo que esperar al Concilio Vaticano II para que la Iglesia Católica en su conjunto pretendiese «poner el mundo moderno en contacto con las energías vivificantes del Evangelio»[3]. Es bien sabido como una renovada autoconciencia eclesial – su realidad sacramental, arraigada en la vida trinitaria, signo para el mundo entero del designio salvífico de Dios, pueblo de Dios peregrino y escatológico, presente en la historia como manifestación de la inagotable novedad del Cuerpo de Cristo – iluminó y puso de relieve la vocación y la dignidad bautismal de los fieles laicos y su plena pertenencia a este misterio de comunión. En efecto, en el Vaticano II la Iglesia reconocía en sí la participación de todo el Pueblo de Dios en el don sacerdotal de Cristo, implantando el sacramento del orden – jerárquico y ministerial a la vez – en el contexto universal del sacerdocio de los fieles. Al mismo tiempo, esa misma autoconciencia daba nuevas perspectivas a la misión, replanteando la presencia y el servicio de la Iglesia en el mundo, ya no replegaba sobre sí, sino «derribados los bastiones», andando «ad gentes», solidaria con «los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (...), bien consciente que la «espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana (...)»[4].

No en vano el Concilio Vaticano II representaba «el fundamento y el comienzo de una gigantesca obra de evangelización del mundo moderno, que ha llegado a una nueva encrucijada de la historia de la humanidad en la que esperan a la Iglesia tareas de una gravedad y amplitud inmensas»[5]. Se trataba de «volver a las fuentes» para reproponer la radicalidad y fascinación de la Presencia de Jesucristo en medio de los hombres por medio de una renovada autoconciencia y autorrealización de la Iglesia, rejuvenecida desde la santidad, en su misterio de comunión y en su impulso misionero, *ad gentes*, hacia todos aquellos que no creen o no viven más la fe recibida con el Bautismo, alcanzando y convirtiendo con la potencia del Evangelio de Cristo la conciencia personal y también colectiva del los hombres, las actividades en las que están comprometidos, su propia vida y ambientes de convivencia. En esta perspectiva se señalaba que "el apostolado de los laicos (...) deriva de su misma vocación cristiana", que es participación "a la obra de redención de Cristo", que se ejerce "evangelizando y santificando a los

3. Juan XXIII, Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, 25-12-1961, Libreria Editrice Vaticana.
4. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, nn. 1, 39.
5. Juan Pablo II, Alocución al VI Simposio de Obispos europeos, 11-10-1985, en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VIII/2, 198,1), pág. 910, n. 13.

hombres y animando y perfeccionando el orden temporal". Ningún bautizado podía quedar ajeno y ocioso ante esa ineludible responsabilidad, con la conciencia «que las circunstancias actuales piden un apostolado seglar mucho más intenso y amplio»[6].

De allí la autoconciencia conciliar respecto de los fieles laicos que Juan Pablo II sintetizara luminosamente conmemorando el vigésimo aniversario del Decreto *Apostolicam Actuositatem*, destacando ese «pleno reconocimiento de la dignidad y responsabilidad de los laicos, en cuanto "*christifideles*", en cuanto incorporados a Cristo, o sea en cuanto miembros vivos de su Cuerpo, participantes de este misterio de comunión en virtud del sacramento del bautismo y la confirmación y del consiguiente sacerdocio común y universal de todos los cristianos (...), llamados a vivir, a testimoniar y compartir la potencia de la Redención de Cristo – clave y plenitud de sentido para la existencia humana– en el seno de todas las comunidades eclesiales y en todos los espacios de la convivencia humana: en la familia, en el trabajo, en la nación, en el orden internacional»[7]. «Hombre de la Iglesia en el corazón del mundo», dirán con toque barroco los Obispos latinoamericanos, para ordenar y transformar la convivencia humana según el Evangelio, y «hombre del mundo en el corazón de la Iglesia" para hacerse eco en ella de los interrogativos, anhelos y desafíos que se plantean en las diversas sociedades y cooperar a arraigar y desarrollar más incisivamente su presencia evangelizadora y santificadora al servicio de los hombres.

Esa «dignidad», «corresponsabilidad» y «participación» de los fieles laicos, a la luz de las inseparables dimensiones de misterio, comunión y misión de la Iglesia, se retoman y conforman, ahondan y desarrollan en la Exhortación post-sinodal *Christifideles Laici*, que es recapitulación de las enseñanzas del Concilio y renovadas orientaciones ante la novedad de cuestiones y movimientos planteados en la vida de la Iglesia durante la fase pos-conciliar. Esta Exhortación apostólica post-sinodal es la *magna charta* para todo el laicado católico en estos comienzos del siglo XXI.

Vocación y dignidad de los *Christifideles*

Hoy puede considerarse superada aquella condición de minoridad en la que quedaban recluidos los fieles laicos, como si se tratase, por una parte, de una *capitis diminutio* en relación al clero, masivos destinatarios y clientes de la acción pastoral, apenas una fuerza auxiliar; así como, por otra parte, en relación a

6. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, 1.
7. Juan Pablo II, Alocución para la Conmemoración del vigésimo aniversario del Decreto Conciliar *Apostolicam Actuositatem*, 18-11-1985, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VI 11/2, 1985, pág. 1300, n. 2.

los religiosos, como cristianos de segunda clase tolerados en sus conmixtiones y debilidades «mundanas». De allí que predominase meramente su descripción «negativa», en cuanto no pertenecientes ni al orden ni al estado religioso y que los fieles más practicantes y devotos tendieran a asemejarse, como ideal, sea a los curas sea a los religiosos.

No en vano se puede afirmar que el Concilio Vaticano II, considerado sintéticamente, desde un punto de vista histórico, asume y discierne, transfigura y trasciende, mediante un resurgimiento de la tradición católica, las dos instancias críticas que estaban en la base de la modernidad, o sea la Reforma protestante y la Ilustración. Ambas habían sido reivindicaciones de sectores laicales emergentes: la Reforma reivindicaba el sacerdocio universal de los fieles, no integrado con el sacerdocio ministerial, sino contra él, contra la sucesión apostólica, contra la jerarquía; mientras que la Ilustración contraponía los derechos del hombre a los derechos de Dios, la razón a la fe, la libertad a la tradición. Sin capitulaciones ni confusiones, el Concilio Vaticano II retomó lo mejor de tales instancias críticas, que eran de la propia tradición eclesial, desechando sus graves errores y derogándolas de facto.

La «teología del laicado», que tuvo auge durante las décadas del `40, del `50 y del `60, con no pocos influjos en la elaboración de textos del Concilio Vaticano II, tendió a fundar la identificación de lo «específico» del sacerdote, del religioso y del laico[8]. Se requería entonces resaltar, enfocar con fuerte luz, colocar en el centro de la vida y de la atención eclesiales, la identidad del laico. Acentuando el momento de la diferencia, de la diversidad, de la especificidad, fueron tiempos de búsqueda y acentuación de una formación laical, de una espiritualidad «laical», de un compromiso «laical», de una exaltación de la «laicidad» en el mundo, etc. Prestó, eso sí, un precioso servicio en esa «hora de los laicos», apoyando el reconocimiento y el pleno ingreso de sectores «laicales» emergentes en la escena eclesial. Dio alas a la conciencia de dignidad de los laicos y al reclamo y ejercicio de su responsabilidad en la Iglesia.

La afirmación de la autonomía de los laicos, de sus estilos y campos específicos, se movía aún en el campo sensible de una reacción de resistencia y sospecha ante las pretensiones de una Iglesia «clerical». Pero esa identidad específica no podía definirse sino por oposición. No por casualidad, la imagen de una comunión eclesial ofuscada y descoyuntada en segmentos estamentales y corporativos – clero, religiosos, laicos – en pugna por una rigurosa y celosa delimitación de esferas de acción, por una afirmación y redistribución de sus respectivos derechos, poderes y funciones, por un combate contra todo clericalismo – real o presunto – llegó a prevalecer en las actitudes y comportamientos de no pocos «agentes

8. Cfr. Y. Congar, Jalons pour une théologie du laicat», Editions du Cerf, Paris 1953.

pastorales». Las relaciones clero-laicado constituyeron un campo temático crítico, sobre todo durante los años `60 y 70' del siglo pasado, desde un interminable y variadísimo anecdotario eclesiástico. Fueron también frecuentes las contraposiciones esquemáticas y disgregantes entre una «Iglesia Pueblo» y una «Iglesia-Jerarquía», entre una «Iglesia-comunidad» y una «Iglesia institución».

Al mismo tiempo, tal definición por oposición e incluso por contraposición, terminaba esfumando y descentrando la conciencia de la común radical «identidad» e igual dignidad de todos los fieles cristianos, sobre fundamentos cualitativamente mucho más importantes que los motivos de distinción – a veces, además, entremezclados según criterios diversos – entre ellos.

Por todo ello fue bien percibido como necesario y oportuno recentramiento, en sintonía con lo fundamental de las enseñanzas conciliares, el arraigo que la Exhortación Apostólica, a 20 años del Vaticano II, quiso dar a la vocación, dignidad y responsabilidad de los laicos en su condición de «*Christifideles*». No ya la sola referencia a laicos – término que dice poco y resulta culturalmente ambiguo – sino «fieles laicos», «cristianos laicos», « *Christifideles* laicos». Esto es mucho más que una simple cuestión nominalista. El sustantivo es el de fieles, «*christifideles*» en el que el paulino «*en Christoi*» expresa el signo esencial y distintivo de la existencia eclesial del cristiano, precedente, y más radical, originario y decisivo que toda distinción en estados de vida. Ser en Cristo, o sea vivir la secuela de Cristo con su intrínseca dimensión misionera concierne en sí y para sí a todos los fieles: pastores, religiosos, laicos. La figura del cristiano laico no se caracteriza, pues, inmediatamente en relación al sacerdote o al religioso sino en la referencia directa a Jesucristo.

Esta referencia, que comporta en sí misma una determinación positiva fundamental de la figura del cristiano que ninguna ulterior consideración debería ocultar o preterir. Ella se realiza, mediante la gracia bautismal, por la incorporación de los fieles a Cristo, regenerados a la vida de los hijos de Dios, unidos a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia, ungidos en el Espíritu Santo y constituidos en templos espirituales. «Es la inserción en Cristo por medio de la fe y del sacramento de la iniciación cristiana –afirma Juan Pablo II en la *Christifideles Laici*– la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, la que constituye su más profunda "fisionomía", la que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos»[9]. Por eso mismo, se ha podido afirmar sintéticamente: "¡Laico, es decir cristiano!"[10], o, con San Agustín: "Soy Obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de Obispo connota una obligación, la del cristiano un don; la primera com-

9. Juan Pablo II, *Christifideles laici,* 9.
10. Luigi Giussani, "Laico, cioè cristiano!", Comunione e Liberazione, agosto 1997.

porta un peligro, la segunda una salvación"[11]. En el pueblo profético, sacerdotal y real, que es la Iglesia de Jesucristo, «es común la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de filiación, común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad (...). Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo»[12].

En Cristo Jesús, muerto y resucitado, el bautizado llega a ser una «criatura nueva» (2 Cor 5, 17); «hombres nuevos» y «mujeres nuevas» en Cristo revestidos, purificados y vivificados. Por eso, «no es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios»[13]. De tal gracia bautismal, incorporados a Cristo, los fieles laicos participan, a su modo, de Su triple oficio sacerdotal o cultual, profético o de testimonio y anuncio, real o de señorío de sí y del mundo al servicio al Reino de Dios.

Si ante todo nos definimos cristianos en la común dignidad y responsabilidad, lo de "laicos" indica la "índole secular", que es una modalidad de indudable sentido teológico y sociológico en la que se realiza la novedad cristiana aportada por el bautismo. Por supuesto, hay que mantener con claridad la diferencia entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, entre estado de vida secular y estado de vida religioso, conscientes que la peculiaridad de todo ministerio y estado de vida se vive en la circularidad de la comunión eclesial, en la que único es su significado profundo: "vivir la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor", pero según modalidades que son, a la vez, «diversas y complementarias»[14].

Un examen de conciencia

Es bien conocido que Juan Pablo II, en la gracia de la conversión del Jubileo del Año 2000, invitó a toda la Iglesia a un serio "examen de conciencia", que comprendía, según la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, «la *recepción del Concilio,* este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio» (núm. 36)[15]. En la vigilia del Jubileo, con ocasión de la XVIII Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos (1 de marzo de 1999), el Santo Padre espe-

11. San Agustín, Sermón 340, 1.
12. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Lumen Gentium,* 32.
13. *Christideles laici*, 10.
14. *Christifideles laici,* 55.
15. Juan Pablo II, *Tertio Millenio Adveniente,* 36.

cificó el examen de conciencia al poner a cada uno de los fieles laicos las "preguntas fundamentales": «¿Qué he hecho de mi bautismo? ¿Cómo estoy respondiendo a mi vocación? ¿Qué he hecho de mi confirmación? ¿He dejado que fructifiquen los dones y carismas del Espíritu? ¿Es Cristo el "tú" presente en mi vida? Mi adhesión a la Iglesia, misterio de comunión misionera, tal y como su fundador la quiso y como se va realizando mediante su tradición viva, ¿es verdaderamente plena y profunda? En mis opciones, ¿soy fiel a la verdad que propone el Magisterio eclesial? Mi vida conyugal, familiar y profesional, ¿está impregnada de la enseñanza de Cristo? Mi compromiso social y político, ¿arraiga en los principios evangélicos y en la doctrina social de la Iglesia? ¿Cuál es mi aportación a la construcción de formas de vida más dignas del hombre y a la inculturación del Evangelio ante los grandes cambios actualmente en curso?»[16]¿Cómo no hemos de advertir el carácter extremadamente abstracto y genérico de la referencia al "laicado católico"? Se trata de más del 95 % del pueblo de Dios, de innumerables personas bautizadas que viven los más diferentes grados de pertenencia y adhesión, de participación y corresponsabilidad, en la vida de la Iglesia. Esto sin tener presente que sólo un porcentaje aproximado del 15 % de bautizados participa regularmente como "mínimo" en el cumplimiento del precepto dominical. Además, numerosas encuestas realizadas en estos últimos años, es decir algunos decenios después de la clausura de las sesiones del Concilio Vaticano II y de su actuación en la vida de la Iglesia, evidencian que entre los fieles que pertenecen a ese 15 % hay un porcentaje relevante que demuestra una escasa o confusa adhesión a las verdades fundamentales del "Credo" o que rechaza y se opone explícitamente a las enseñanzas doctrinales y morales del magisterio eclesial. También se ha verificado la paradoja de que, mientras algunos sectores significativos del "laicado" han crecido en la conciencia de la propia vocación y dignidad bautismal, en el sentido de pertenencia y corresponsabilidad a la Iglesia y en la participación de su misión, hay vastos fenómenos de desafección, de contestación y alejamiento indiferente de parte de tantos bautizados que han enterrado el don recibido en el olvido o en el rechazo en medio de fuertes tendencias de descristianización. Otros aún conservan la arraigada costumbre de las devociones, pero que a menudo está desligada de la conciencia de una vida verdaderamente cristiana. Se asiste a una erosión de la confesión cristiana de tanta gente como efecto de la potente asimilación mundana, hasta el punto de reducirse a una etiqueta convencional, a fragmentos y episodios de la propia existencia que, al final, resultan superfluos.

El patrimonio de la fe ya no se transmite pacíficamente de generación en generación. Es más, su transmisión es hoy una tarea ardua y difícil. Los grandes medios de comunicación social difunden y transmiten modelos culturales cada

16. Juan Pablo II, Mensaje al Congreso del laicato católico en el Gran Jubileo, 21.11.2000, en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II", 2, 2000, pág. 926.

vez más lejanos e incluso hostiles a la tradición cristiana. Convertirse al cristianismo, vivir como cristiano, a menudo significa ir "contracorriente", ser un signo de contradicción. La cuestión crucial de hoy es, por lo tanto, el modo con el que el don de la fe es transmitido, acogido y vivido por los bautizados, en modo particular por los fieles laicos.

El acontecimiento cristiano en la persona

El magisterio illuminante de S.S. Benedicto XVI está todo centrado en ayudar a redescubrir la dignidad y la belleza, la razonabilidad, alegría y responsabilidad de ser cristiano, en un mundo que tiende a ser "post-cristiano". Lo que está en juego es algo originario, profundo y crucial: es la naturaleza misma y la significación del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. El cristianismo no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de normas morales, menos aún un espiritualismo de "bellas almas". Es un hecho, históricamente acaecido: el Verbo se hizo carne, el Misterio en que todo consiste y subsiste ha irrumpido en la historia humana, Jesucristo ha revelado el rostro de Dios, que es amor misericordioso, y a la vez la vocación, dignidad y destino de la persona humana y de toda la creación, salvadas de la caducidad, de la corrupción, por su victoria pascual. Ha sido dado a toda persona, en todo tiempo y lugar, ser contemporánea de la Presencia de Cristo gracias a su Cuerpo y a su Pueblo, que es la Iglesia, la compañía de sus testigos y discípulos. Benedicto XVI enseña en su encíclica "Deus est Caritas" que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"[17].

Cuestión prioritaria y fundamental es rehacer la fe de los cristianos. Todos estamos llamados a vivir la fe como nuevo inicio, como esa novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad, que reenvía al acontecimiento que la hace posible y fecunda. No es casual que el pontificado de Juan Pablo II haya comenzado con su llamado a "abrir las puertas a Cristo" y concluya con su invitación a "recomenzar desde Cristo"[18], fija la mirada en su rostro, redescubriendo toda la densidad, profundidad y belleza de su misterio, confiándose mendicantes a su gracia, conscientes de ser llamados a la santidad, desde la pertenencia al misterio de comunión que es la Iglesia, en la más inaudita "revolución del amor" que da sentido y plenitud a la historia humana.

No hay otro camino que "recomenzar desde Cristo", para que Su Presencia sea percibida, encontrada y seguida con la misma realidad, novedad y actualidad,

17. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.
18. Juan Pablo II, *Novo Millenio Ineunte,* 29 ss.

con el mismo poder de persuasión y afecto, que lo experimentado hace 2000 años por sus primeros discípulos en las orillas del Jordán. Sólo en el estupor de ese encuentro con Cristo, cuya Presencia se trasluce en el testimonio de sus apóstoles y discípulos, sobreabundante a todas nuestras expectativas pero percibido y vivido como plena respuesta a los anhelos de verdad y felicidad del "corazón" de la persona, el cristianismo no queda reducido a una lógica abstracta sino que se hace "carne" en la propia existencia. Somos como los abatidos peregrinos de Emaús que, reconociendo la presencia de Cristo resucitado, sienten arder nuevamente el corazón y se convierten en sus testigos.

En otras palabras, se trata del redescubrimiento, lleno de gratitud, alegría y responsabilidad, del propio bautismo como la más profunda y sublima autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida y ofuscada por el pecado pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo Jesús. El Señorío de Cristo ha de ser siempre de nuevo experimentado en modo concreto, comprensible, razonable, convincente y conveniente, como certeza experimentada en la vida, en su bondad, en su belleza, en su verdad, y no como discurso abstracto y formal. Gracias a ese encuentro y seguimiento, se emprende un camino de crecimiento en la fe y de su verificación en la vida, desde la reiniciación cristiana hacia la formación de personalidades cristianas maduras. De tal modo, crece la "criatura nueva" que somos por el bautismo, hombres nuevos y mujeres nuevas, no en sentido retórico o simbólico sino desde todo su realismo ontológico, en cuanto protagonistas nuevos dentro del mundo, testigos de una vida cambiada, convertida en más humana.

Vocación a la santidad

Todo se juega, pues, en aquel «Ven y sígueme» que, a través de las diversas circunstancias de la vida por las que la Providencia quiere atraer nuestro corazón, Cristo continúa proponiéndonos cara a cara. Eso es lo que llamamos vocación a la santidad, en el encuentro, seguimiento e identificación con el Santo por excelencia. Todo lo demás «se da por añadidura». Lo que importa es esa centralidad, para no convertir en centro, infecundo, las «añadiduras».

Pues bien, parece muy evidente que en nuestro tiempo la Iglesia sienta especialmente la necesidad de este re-centramiento, de esta refundación de experiencia creyente de todos los *christifideles* en relación a la «vocación universal a la santidad», correspondiente al designio originario del mismo Concilio y desarrollada especialmente por el capítulo V de la Constitución *Lumen Gentium.* Pero ¿por qué este acento renovado?; Por qué tan frecuentes referencias catequéticas de Juan Pablo II y Benedicto XVI a la santidad? ¿Porqué tanta asiduidad en celebrar y resaltar la memoria de los grandes testimonios de santidad, como para-

digmas pedagógicos sobre las posibilidades concretas y maduras de realización del cristianismo?

Quizá porque en la primera fase del post-concilio las energías desencadenadas, liberadas de camisas demasiado estrechas, terminaron centrándose en debates de interpretación del Concilio, en polémicas eclesiásticas, en experimentos de reformas de estructuras o de creaciones de otras nuevas en la Iglesia, en tareas de continua planificación y programación, con riesgos de burocratización por multiplicación y confianza excesivas en comités, consejos, secretariados, lista densa de sesiones... Cosas importantes estaban en juego en todo ello, sin duda. Pero quizá, también, estas energías no estuvieron suficientemente arraigadas, sostenidas, alimentadas en la fuente de donde procede verdaderamente la *dynamis* de la auténtica renovación de la Iglesia. De nada valen programas y estructuras si la sal se vuelve insípida. Son sólo instrumentos al servicio de algo mucho más grande y profundo. «La Iglesia tiene hoy necesidad – repite Juan Pablo II – no tanto de reformadores cuanto de santos». Porque los santos son los más auténticos reformadores» y evangelizadores. No son caricaturas meramente devocionales, sino testigos de gran humanidad, «hombres nuevos» en el camino de crecimiento hacia la plena estatura revelada por Cristo, ¡el hombre perfecto!

Además, resultaba importante poner de relieve el carácter universal de esta vocación a la santidad, en la que hemos sido todos bautizados. No es la santidad reservada a algunas almas heroicas, a una aristocracia espiritual. No es un llamado sólo para quienes asumen los compromisos de la vida consagrada, sino que es don y responsabilidad para todos los bautizados, para todos los fieles, en sus diversos estados de vida. El Papa Juan Pablo II lo decía precisamente a los laicos españoles en Toledo: «Estáis todos llamados a la santidad. Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la Reforma católica y el Concilio de Trento, reflorezcan ahora, en tiempos de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los laicos"[19]. Y en la jornada conmemorativa del vigésimo aniversario del decreto conciliar para el «apostolado de los laicos", afirmaba: «La Iglesia tiene necesidad hoy de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los *christifideles*, porque es de la santidad de donde nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y de la secuela cristiana, toda fecunda reactualización vital del cristianismo al encuentro de las

19. Juan Pablo II, Alocución a los laicos en Toledo, España, 4-11-1982, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. V, 1982, pág. 1128.

necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana...»[20].

«No tengan miedo a ser santos» decía a los centenares de miles de jóvenes reunidos en Santiago de Compostela[21]. Es, sí, sólo en la santidad – en cuanto *sequela Christi*, hasta llegar a confesar «no soy yo que vivo sino que es Cristo quien vive en mi» – que se sostiene y se irradia la participación de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia. Es la santidad de la Iglesia – en la perfección de la caridad – el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero[22].

Más allá del divorcio entre fe y vida

Ahora bien, la grandeza y sublimidad de esta vocación – en cuanto llamados y destinados a la «perfecta unión con Cristo» – se vive en la conciencia aguda de los propios limites, fragilidades y miserias humanas, en la experiencia del pecado. Por eso requiere, con el auxilio de la gracia, un proceso de continua conversión de vida. El Concilio Vaticano II ha señalado especialmente el divorcio entre la fe que se profesa y la vida cotidiana, entre las ocupaciones profesionales y sociales y la vida religiosa, como uno de los «errores más graves de nuestro tiempo»[23]. Pablo VI indicaba la «ruptura entre Evangelio y cultura» como el drama más grave de los tiempos modernos[24]. La Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* lo recalca, señalando la tendencia a las «vidas paralelas», fragmentadas, parcializadas[25]. Al contrario, se trata de ir más allá de todo ritualismo, moralismo y espiritualismo – en los que la fe no logra interpelar y convertir la vida del bautizado – para promover una más plena interiorización y apropiación personales del anuncio evangélico, de modo que la fe crezca y sea cada vez más el significado y la experiencia matrices de todo el espesor y el horizonte de la existencia.

Todos los *christifideles* quedan especialmente llamados a tomar conciencia del propio bautismo y de la novedad de vida que comporta como germen fecundo, para que fructifique y Cristo se manifieste en el rostro de cada bautizado. Importa, pues, suscitar en los fieles una formación de la conciencia, de las actitudes y de los comportamientos vitales que sean correspondientes a la fe recibida; que den

20. Juan Pablo II Alocución para la Conmemoración del Vigésimo aniversario del Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 18-11-1985, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VIII/2, 1985, pág. 1300.
21. Juan Pablo II, Alocución en el Encuentro Internacional de Jóvenes en Santiago de Compostela, España, 14-8-1989, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. X11/2, 1989, pág. 284.
22. *Christifideles laici,* 16 ss.
23. *Gaudium et Spes*, 43.
24. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi,* 20.
25. *Christifideles laici,* 59.

forma subjetiva, en la existencia cristiana, a las enseñanzas objetivas de la Iglesia. Mientras, por una parte, resulta capital que la formación de los fieles sea capaz de incorporar, en modo fiel, integral y orgánico, la Verdad de la fe y de la doctrina católicas recibidas de la Revelación y la tradición eclesial – compendiada en el precioso servicio que es el nuevo «Catecismo de la Iglesia Católica» –, por otra parte, ello mismo ha de suscitar un desarrollo de la sensibilidad y mentalidad cristianas para ir creando en los fieles como un hábito capaz de reaccionar ante todos los acontecimientos y situaciones de la vida con criterios de juicio y modos de comportamiento formados por la fe.

El encuentro con Cristo, la familiaridad y la comunión que se profundizan con El en el camino de educación de la fe, se viven como experiencia de una sorprendente novedad de vida. La profesión de fe e la estructura de la vida cotidiana no quedan divididas en compartimentos separados. Nada puede resultar extraño a esta *metanoia*, a esta conversión, a la transformación de toda la existencia. Si es verdadero encuentro con Cristo cambia la vida de la persona y marca con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades, el trabajo, las diversiones, el uso del tiempo libre y del dinero, el modo de mirar toda la realidad, e incluso los mínimos gestos cotidianos. Todo lo convierte en más humano, más verdadero, más hermoso, más feliz. Todo lo abraza con la potencia de un amor transfigurador, unitivo, vivificante. En efecto, «si uno está en Cristo, es una nueva criatura» (2 Cor 5, 17). Tenemos que implorar, suplicar, mendigar esta gracia de continua conversión.

El cristianismo es un llamado de Cristo a la libertad de la persona, que espera la simplicidad del *fiat*, como el de la Virgen María, para que, por medio de los sacramentos de la Iglesia, se haga carne en nuestra carne. De tal modo se transforma en totalizante, lo que es lo contrario de un cristianismo disociado de los intereses de la vida de la persona.

Es en tal síntesis entre la fe profesada y la vida personal, familiar y social, que está en juego la realización de la vocación peculiar de los cristianos laicos y su contribución singular a la misión de toda la Iglesia. Todo lo contrario de una fe ajena y lejana de la vida, apenas un fragmento cada vez más residual de la experiencia humana, cada vez más marginada, reducida y empobrecida bajo las presiones del proceso de secularización.

Un juicio cristiano sobre toda la realidad

Esta novedad de vida, que configura toda la existencia, tiene que convertirse en una nueva sensibilidad, en una nueva modalidad de mirar, enfrentar y discernir toda la realidad. La fe es el método de conocimiento de la realidad, y no un mero sentimiento religioso en el que el creer y el saber permanecen separados y están a veces contrapuestos.

De hecho, si Dios existe y es el "Logos", tal es la racionalidad última de toda la realidad. Si Dios se ha revelado en Jesucristo, entonces ¿cómo no hemos de considerar el acontecimiento de la encarnación de Dios como el hecho fundamental de la historia humana, la clave de la inteligencia de toda la realidad. «Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano», afirmó Su Santidad Benedicto XVI en Aparecida[26].

Esta verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un raciocinio filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que dijo de sí: ¡«Yo soy la verdad», "Yo" soy la verdad del cosmos y de la historia, "Yo" soy la llave más radical y total de la realidad, "Yo" soy el significado y el destino de la existencia humana, "Yo" soy el sentido de tu vida! No hay alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. De nosotros los cristianos, que hemos recibido esa revelación a través del flujo de una tradición viva de 2.000 años y que la hemos experimentado como verdadera en nuestra vida, no se espera otra cosa que proponer esta "hipótesis" y demostrar que es razonable. Esto no nos exime, sino que nos exige la interpretación de los "signos" del tiempo; requiere además que apreciemos, discernamos e integremos las múltiples aproximaciones a la verdad en los campos del conocimiento científico, metafísico y sapiencial, emprendiendo diálogos a 360 grados con los que enfrentan con seriedad la condición humana, y que elaboremos síntesis culturales siempre provisorias.

Nuestra certeza, como católicos, es que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción auténticamente humana y, por ello, también de la Iglesia católica. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible, como juicio nuevo y original, para la propia vida y para toda la realidad. Cuando esa pertenencia resulta frágil en la conciencia y en la vida y no se da ese juicio original (la fuerza purificadora de la fe respecto a la razón), entonces se acaba por ser subordinado a las instancias dictadas cada vez por el poder y los intereses dominantes. La inteligencia de la fe tiene que iluminar radicalmente la inteligencia de la realidad. Benedicto XVI, de hecho, nos exhorta a una revalorización de la razón, no encerrada y diluida en sus límites utilitarios, sino extendida en todas sus posibles dimensiones, hasta el encuentro con la fe que la sostiene, fortalece y eleva. «La fe todo lo ilumina con nueva luz y […] orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas» (*Gaudium et Spes*, 11)[27].

---

26. Benedicto XVI, Alocución inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 13-V-2007, en "Insegnamenti di Benedetto XVI", 1, 2007, pág. 851.
27. *Gaudium et Spes,* 11.

Partícipes de un misterio de comunión

Bien es sabido con cuánto vigor la conciencia del ser Iglesia, de ser reconocidos y reconocerse como miembros vivos del Cuerpo de Cristo, de ser valorizados en su plena ciudadanía en el Pueblo de Dios, suscitó un renovado ímpetu de participación activa y responsable de los fieles laicos en la vida y misión de la Iglesia. Un profundo proceso de renovación eclesiológica se despliega desde mediados del siglo pasado, incorporando datos bíblicos y referencias patrísticas re-descubiertas, poniendo en mayor resalto en la autoconciencia eclesial su fundación trinitaria y cristocéntrica, su realidad pneumatológica y soteriológica, sus dimensiones sacramentales y comunitarias. Causó honda impresión la vigorosa exclamación de Pío XII – el Papa de la *Mystici Corporis* – dirigiéndose a los laicos: «¡Sois Iglesia!» Los laicos – repetía luego a los Cardenales – «deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia sino de ser la Iglesia (...)»[28].

Esta renovación eclesiológica está en el corazón mismo del Concilio Vaticano II. Es a la luz de la eclesiología conciliar que queda iluminada y destacada la original dignidad de los fieles laicos, al punto que el Decreto *Ad Gentes* llegará a afirmar que « la Iglesia no está verdaderamente formada ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho»[29].

De esa conciencia de pertenencia se desataron durante y después del acontecimiento conciliar fuertes ímpetus y corrientes de participación, a los más diversos niveles, de los fieles laicos en la vida de la Iglesia, ya no limitados a la fruición de servicios rituales sino en cuanto sujetos eclesiales que, en el bautismo y en la confirmación, así como en la comunión eucarística, descubren las exigencias intrínsecas de su vocación cristiana y de su testimonio misionero. Se asiste, pues, a una presencia activa y a una creciente toma de responsabilidades por parte de los fieles laicos en las más variadas comunidades, servicios e instituciones del Pueblo de Dios, gracias a un proceso de reconocimiento de la diversidad y de aprendizaje de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades.

La participación de los fieles laicos ha sido muy significativa en la renovación de las comunidades parroquiales, referencias visibles, vecinas e inmediatas, de la Iglesia local, abiertas y acogedoras de la diversidad de componentes del Pueblo de Dios, congregado en la unidad, fundamentalmente en torno a la Palabra de Dios y a la Eucaristía. Muchas de ellas han evolucionado hacia la realización de una comunión de comunidades, más allá de las formas de masificación y, a la

28. Pío XII, Discurso a los nuevos Cardenales, 20-II-46.
29. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Ad Gentes*, 21.

vez, de disgregación que imperan en el tejido social[30]. Se manifiesta también en la promoción pastoral de pequeñas comunidades, en muy diversas modalidades, que pretenden realizar el arquetipo de las comunidades primitivas, atentas a los criterios de discernimiento dados por el Magisterio[31]. Muchas familias cristianas redescubren su vocación de Iglesias domésticas[32]. Ha habido también una mayor participación de fieles laicos en las asociaciones de fieles y movimientos eclesiales. Muchos fieles laicos han ido tomando conciencia de estar incorporados en una Iglesia particular – porción del pueblo de Dios encomendada al Obispo, que «es principio y fundamento visible» de su unidad, expresión y realización de la Iglesia Católica, una y única, universal y primigenia, esparcida y encarnada en los más diversos contextos sociales y culturales de los pueblos[33].

No hay dimensiones, servicios y actividades eclesiales en las que esa renovada presencia de los fieles laicos no se haya dejado sentir, como en el movimiento de renovación litúrgica – con la mayor participación del pueblo cristiano en la celebración de los misterios de Dios –, en la revalorización de la piedad popular católica, en las más diversificadas tareas de la catequesis a niveles y destinatarios muy variados, en las obras de caridad, especialmente desde la solidaridad con los más pobres y necesitados, en instituciones educativas, en la prensa católica, en la acción misionera *ad gentes*.

Un aspecto particular que merece ser destacado dentro de esa pluriforme corriente de participación y corresponsabilidad de los laicos es lo que respecta a las formas institucionales en que se expresa. Por una parte, se trata de la creación o renovación de estructuras de participación, corresponsabilidad, coordinación... Numerosos Sínodos diocesanos han contado con relevante representación laical. Algunos países experimentan la realidad de Consejos nacionales de laicos. Pero el lugar privilegiado, querido por el Concilio mismo[34], han sido los Consejos Pastorales, parroquiales y diocesanos – llamados a «estudiar y examinar todo lo que se refiere a las obras de apostolado para después sacar conclusiones, a fin de que la vida y la actividad del pueblo de Dios sean más conformes al Evangelio»[35]. En tales órganos se pretende que los fieles laicos participen de modo influyente en la elaboración y gestión de programas pastorales. Pasada una fase crítica de experimentación, se espera que su realidad crezca en sus presencias diocesanas, pero sobre todo en intensidad de comunión y servicio.

---

30. *Christifideles laici,* 26.
31. *Evangelii Nuntiandi,* 58.
32. Juan Pablo II, *Familiaris Consortio,* 49 ss.
33. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los Obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como "comunión", n. 13; 28-5-1992, Libreria Editrice Vaticana.
34. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Christus Dominus,* 27; *Ad Gentes,* 30.
35. Pablo VI, Motu proprio *Ecclesiae Sanctae*, 6-8-1966.

Por otra parte, también se ha ido procediendo a una creciente institucionalización «ministerial» de servicios prestados por fieles laicos, sobre todo a partir de la reforma de las órdenes menores según el Motu Proprio *Ministeria Quaedam,* que estableció los primeros «ministerios instituidos» abiertos a los no-ordenados[36]. La experiencia y la reflexión sobre la naturaleza y diversidad de tales ministerios no-ordenados no hará más que crecer en tiempos pos-conciliares. La Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* destacó la importancia de esos ministerios para la *plantatio ecclesiae,* para su vida y maduración, indicando a título de ejemplo los de «catequistas, animadores de la oración o del canto, cristianos dedicados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los hermanos necesitados, dirigentes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos, etc.»[37]. La generosa disponibilidad de muchos fieles laicos está, sin duda, fuera de discusión, así como también los preciosos servicios que desempeñan ante las más diversas necesidades de las comunidades cristianas. Y si bien es claro que estas responsabilidades son asumidas en cuanto ejercicio del sacerdocio universal de los fieles, o sea en razón de las exigencias del bautismo y de la confirmación, no cabe duda que el desarrollo de los ministerios no-ordenados ha cobrado especial urgencia en tiempos y lugares de escasez del personal clerical y religioso.

No pocas cuestiones, por cierto, se plantean aún respecto a esta experiencia. ¿Cómo precisar, en efecto, la oportunidad pastoral y la razón teológica de instituir determinados ministerios – como cometidos concretos ante necesidades vitales de la Iglesia, que comportan una responsabilidad y una duración, siendo reconocidos por la Iglesia local, implicando un acto de la autoridad eclesiástica – que, de hecho, los fieles laicos pueden ejercer ordinariamente en razón de su condición de bautizados, miembros de la Iglesia? ¿Cómo evitar una inflación indiscriminada de «ministerios», banalizando la diaconía eclesial, «clericalizando» a los laicos, tendiendo a «sociologizarlos» según roles y funciones, deslizándose a veces – sobre todo, en las Iglesias que cuentan con considerables recursos económicos – a la formación de una corporación de «funcionarios» eclesiásticos? ¿Cómo superar los riesgos de una confusión genérica de ministerios que ofusque la esencial diversidad entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial – fundado en el sacramento del orden – en tiempos en que resulta tan importante sea la promoción de vocaciones sacerdotales, sea la reafirmación de la capitalidad y la originalidad del ministerio sacerdotal para bien de la vida y misión de la Iglesia?[38].

A 50 años del Concilio Vaticano II, toda esa densidad de experiencias multiformes de participación de los fieles laicos ha sido signo de la fecundidad del

36. Pablo VI, Motu Proprio *Ministeria Quaedam*, 15-8-1972.
37. *Evangelii Nuntiandi*, 73.
38. Cf. *Christifideles laici*, 21-24.

acontecimiento y de las enseñanzas conciliares, ha hecho crecer la conciencia y responsabilidad de muchos laicos en la comunión y misión de la Iglesia, ha abierto caminos a su más enriquecedora realización como pueblo de Dios. Sin embargo, la renovación eclesial fue también surcada por graves formas de contestación, secularización y desafección, sobre todo en una primera fase de prueba, incluso de crisis de fe. No es, pues, por casualidad que la Iglesia invite y proponga hoy a todos los fieles – para confirmar y profundizar los buenos frutos y evitar los malos – a meditar y gustar la densidad, grandeza y belleza del «misterio de comunión» que la constituye y que ella realiza como sacramento de unidad y salvación del género humano. Ya la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos (1985) retomaba y destacaba esa «eclesiología de comunión», que recorre como hilo conductor toda la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* mediante la figura bíblica de la vid y los sarmientos (cf. Jn 15, 5)[39].

Pues bien, es necesario redescubrir de nuevo en la Iglesia el misterio de Dios que, en Jesucristo, por medio de Su Espíritu, salva y congrega a los hombres en la unidad de la verdad y la caridad; misterio de salvación que le ha sido encomendado para custodiarlo y comunicarlo en toda su integridad a los hombres. La Iglesia no es nuestra, sino suya, de Dios[40], milagro experimentado por los hombres gracias a la potencia salvífica de su Presencia. No puede convertirse en objeto exterior, sujeto a nuestra disección analítica y a nuestra libre manipulación. Más que transformarla, nos trasforma con sus dones jerárquicos y carismáticos. Quizá por ello mismo se propone expresar mejor ese misterio por la conjugación de la imagen de pueblo de Dios – que evoca una dimensión histórica, peregrinante, escatológica – con la de Cuerpo de Cristo, que da todo un sentido de radicalidad e interioridad de pertenencia.

Sabemos bien que no se puede adherir verdaderamente a Cristo sin esa participación en la comunión eclesial, pero recuperada toda la grandeza y profundidad de su misterio. El entonces Cardenal Joseph Ratzinger afirmaba durante la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo mundial de los Obispos (1985): «Sería un triste espectáculo si finalmente pudiese surgir la impresión de que hemos hablado principalmente de nosotros mismos, de nuestras normas, de nuestros poderes. La Iglesia que habla de sí misma no habla de sí, porque no tiene la propia esencia en sí, sino que se encuentra a sí misma difundiéndose en el Señor»[41]. Es lo propio de su naturaleza sacramental. Por eso, se puede afirmar que aquella pregunta fundamental del Vaticano II – «Iglesia, ¿qué dices de ti misma? – hoy, treinta años des-

39. II Asamblea extraordinaria del Sínodo mundial de Obispos, *Relatio finalis*; cf. *Christifideles laici*, 19 ss.
40. Cf. J. Ratzinger, «Rapporto sulla Fede», Edizioni Paoline, Milán, 1985, págs. 48-49.
41. J. Ratzinger, «L'uomo non cerca strutture», Revista «30 giorni», año IV, n. 1, Roma, enero 1986, pág. 46.

pués del Concilio, reenvía necesaria, inseparablemente y de un modo más radical a la pregunta que Cristo, en la Iglesia y por la Iglesia, continúa planteándonos a cada uno de nosotros: «Y tú ¿quién dices que soy yo?», para que confesemos nuevamente con Pedro, con los apóstoles y sus sucesores, con los mártires, santos y confesores, desde la fe de toda la Iglesia: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» y celebremos su presencia con una renovada participación en la vida litúrgica y sacramental de las comunidades cristianas.

Parece una cosa ordinaria – pero, ¡qué decisiva! – invitar a amar a la Iglesia como Madre, que hace presente el Cuerpo de Cristo en medio de los hombres, como esposa en un incomparable misterio de comunión. Entonces cambian nuestras perspectivas. Esa común pertenencia y solidaridad radical se viven, pues, muy concreta y efectivamente, como más totales y determinantes que toda otra solidaridad social, política o ideológica. La comunión se realiza, no como fruto de hegemonías o transacciones desde una lógica de poder, sino como don de unidad acogido y profundizado en la verdad y en la caridad, significada y garantizada por la comunión afectiva y efectiva con los obispos y con el sucesor de Pedro. El Papa no se cansa de invitar a toda comunidad cristiana – familias, parroquias, pequeñas comunidades, asociaciones y movimientos... – a realizar, testimoniar y comunicar ese misterio de comunión que constituye a la Iglesia. Cuanto más lo experimenta y manifiesta una comunidad cristiana, más sorprende por su novedad de vida, más interpela y atrae, más hace crecer las personas, más vitalidad misionera demuestra, más se convierte en sujeto de solidaridad entre los hombres.

La gratitud y el empeño perseverante, la identidad y el crecimiento de la vida cristiana sólo pueden, en efecto, sustentarse por la incorporación de los fieles en esas comunidades cristianas vivas, nutridas por la frecuente participación a la Eucaristía – fuente y vértice de la *communio* – y al sacramento de la Penitencia, iluminadas por la Palabra de Dios, interiorizadas en la oración, compartidas con los hermanos en la fe y guiadas por la paternidad y el magisterio de sus Pastores. Es esta experiencia concreta de comunión – no el aislamiento o la diáspora, no la provisión episódica de servicios religiosos, no el activismo funcional en colectivos impersonales, no la simple etiqueta de católico – que genera e irradia la libertad de los hijos de Dios en la que Cristo nos ha liberado, ya no subalterna y conformada a la cultura mundana dominante. En ella, el despliegue de diversidades y pluralidades legítimas de caminos y modos de expresar la fe no se convertirá en desgarrante. La Asamblea extraordinaria sinodal habló de pluriformidad en la comunión. La acogida y la búsqueda del don de la unidad en lo que es esencial – o sea, la plenitud de la fe católica en toda su verdad, y en todas sus dimensiones, de la que el nuevo «Catecismo de la Iglesia Católica» es compendio orgánico y punto de referencia – deja entonces atrás las tentaciones oscilantes entre monolitismos uniformizantes y tranquilizantes y pluralismos disgregantes, que empobrecen ambos la comunión y la misión. Se enfrenta así el reto de una

Iglesia que es y tiene que ser cada vez más, en sus diversas comunidades, como esa *forma mundi*, nueva sociedad dentro del mundo, modelo de la comunión que los hombres no alcanzan nunca con sus solas y desordenadas fuerzas.

En movimiento

Siempre en la historia de la Iglesia numerosos fieles se han sentido llamados y atraídos a una vida cristiana exigente en sus ímpetus de santidad y de apostolado, manifestada en muy diversas formas carismáticas, comunitarias, asociativas[42]. Pero muy especialmente la corriente de «promoción del laicado» ha estado íntimamente vinculada a un vigoroso desarrollo del asociacionismo de los fieles desde fines del siglo pasado hasta nuestra actualidad.

No puede extrañar, pues, que el Concilio Vaticano II, en el cuadro iluminante de su eclesiología de comunión y de responsabilidad misionera de todos y cada uno de los bautizados, haya destacado «la importancia de las formas organizadas del apostolado seglar» como respuesta adecuada «a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y (...) al mismo tiempo, signo de comunión y unidad de la Iglesia en Cristo». Recomendó también «que se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado» y alentó el desarrollo asociativo a nivel internacional, reafirmando explícita y netamente «el derecho de los fieles a fundar y guiar asociaciones» en la comunión[43].

En «la variedad existente de asociaciones de apostolado» que el Decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos reconocía hace 30 años, una merecida referencia especial y recomendación se hacía de la Acción Católica[44]. Se pueden rastrear los orígenes de ésta desde finales del siglo XIX. Sabemos que adquirirá una orientación y estructuras más precisas con el pontificado de Pío XI, quien la consideraba «inspiración providencia». No en vano el «Papa de las misiones» en pueblos emergentes fue también el Papa de la Acción Católica, ante los desafíos crecientes de la descristianización. Así quedaba definida, según categorías de ese tiempo: «participación» – decía Pío XI –, mejor «colaboración» – precisaba luego Pío XII – de los laicos en el apostolado de la jerarquía para *instaurare omnia in Christo*. Sin duda, la Acción Católica, en su diversidad de formas, ha significado una grande siembra y escuela multiplicadora en la formación, participación y promoción de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Es como matriz fundadora, en el siglo XX, de los dinamismos de organización de los laicos con fines apostólicos. En ella se han forjado generaciones de un laicado militante con fuer-

42. Cf. G. Carriquiry, «.Las asociaciones de fieles, con referencia especial a la Acción Católica y a los nuevos movimientos eclesiales», en "La voz de los laicos en el Sínodo", Ed. Pontificio Consejo para los Laicos, Vaticano, 1988.
43. *Apostolicam Actuositatem*, 19; cf. *Gaudium et Spes*, 90.
44. *Apostolicam Actuositatem,* 20.

te sentido de fidelidad eclesial y de ella procedieron líderes laicales en los más diversos ámbitos de la vida eclesial y secular. Su modelo unificado a nivel nacional fue dado por la Acción Católica Italiana, mientras que desde ámbitos franco-belgas se difundieron los movimientos de «Acción católica especializada» o de «ambiente» sobre la base de las intuiciones misioneras y pedagógicas de Joseph Cardijn. Las profundas exigencias de *aggiorna mento* desatadas por el acontecimiento conciliar y el impacto de las altas mareas ideológicas – secularizantes y «anti institucionales» – de fines de la década de los '60, sumieron a la Acción Católica y a muchas otras tradicionales asociaciones de fieles en una fase de prueba, de desconcierto coyuntural, de trabajoso proceso de renovación y redefinición. Se habló entonces de crisis del asociacionismo. Hoy día la Acción Católica ha ido recuperando su mejor tradición, renovándose en sus articulaciones asociativas, en sus itinerarios de formación, en su servicio a la pastoral cotidiana y común de las Iglesias locales, siempre en directa comunión y disponibilidad de los Obispos. Pero su realidad ha quedado limitada a algunos países dentro de la catolicidad y bastante reducida en muchas diócesis. Los movimientos «especializados», por su parte, sufrieron fuertes crisis de identidad que hoy resultan por lo general superadas – salve casos aislados –, aunque quedando muy reducidos y en búsqueda de consolidar y difundir un nuevo vigor espiritual y misionero.

Mientras tanto se ha multiplicado y diversificado un tejido de organismos de «voluntariado» – confesionales o no, pero siempre con la participación de muchos cristianos – al servicio de enfermos y minusválidos, de los pobres y marginados, de los ancianos, de la recuperación de drogadictos, del interés ecológico, de la solidaridad entre los pueblos, de la acción misionera. También se han incrementado diversas formas asociativas laicales vinculadas al carisma y a las obras de comunidades religiosas.

Sin embargo, la «nueva época asociativa de los fieles laicos»[45]está, sobre todo, caracterizada por la novedad de la vigorosa expansión de lo que se ha dado en llamar nuevas comunidades y movimientos eclesiales. Entre ellos, el Movimiento de los Focolares (Obra de María), la Renovación Carismática Católica, Comunión y Liberación, Schoenstatt, Cursillos de Cristiandad, Encuentros Matrimoniales, Comunidad del Emmanuel, Comunidad de San Egidio y muchos más. A ellos se pueden agregar, a diverso título, las Comunidades Neocatecumentales. «En varias ocasiones, sobre todo durante mis viajes en Italia y en varios países del mundo – afirmó Juan Pablo II – he tenido la gran oportunidad de reconocer el grande y esperanzador florecimiento de los movimientos eclesiales y los he indicado como motivo de esperanza para toda la Iglesia y para los hombres»[46]. Es

45. *Christifideles laici,* 29.

46. Juan Pablo II, Alocución a los sacerdotes de Comunión y Liberación, 12-9-1985, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VIII/2, 1985, pág. 658.

bien notorio el reconocimiento y aliento que Juan Pablo II y Benedicto XVI no han cesado de señalar respecto a estas realidades, proponiendo su riqueza carismática, educativa y misionera a la Iglesia universal.

Aunque sean muy diversos en sus orígenes y carismas, pedagogías y formas, se pueden enumerar algunas características para reconocerlos. En primer lugar, impacta el hecho de su emergente novedad y de su factor sorpresa en la actualidad eclesial. No han surgido y crecido por decisión de la Jerarquía. Como sugerentemente se ha escrito, nadie los ha proyectado ni han sido diagramados por ninguna oficina ni plan de pastoral[47]. Irrumpen como novedad no prevista ni esperada, que sorprende, sacude, rompe rutinas y hábitos, a veces desconcierta, suscita dinámicas nuevas, obliga a revisar esquemas mentales y, ¿porque no?, proyectos pastorales. «Novedad del Espíritu, "que sopla donde quiere" (Jn 3, 8),... son el signo de la libertad de formas – afirmó el Papa Juan Pablo II – en las que se realiza la única Iglesia y representan una segura novedad, que espera aún ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios en el hoy de la historia»[48].

En segundo lugar, puede afirmarse que, aunque nacidos en fechas diversas, – antes, durante y después del Concilio, – no es por casualidad que su más vigorosa expansión se dé en una tierra eclesial abonada por las simientes conciliares y en fase de sedimentación y crecimiento de su mejores frutos.

En tercer lugar, se definen más por la acogida, comunicación y fructificación de un carisma que por consideraciones funcionales, programáticas o de eficacia. Por eso reconocen a sus líderes como autoridades espirituales y se participa en ellos por asunción personal de una solicitación del Espíritu y no por razones extrínsecas o mecánicas de pertenencia institucional.

En cuarto lugar, prefieren llamarse más «movimientos eclesiales» que laicales, pues reflejan en su propia composición – a veces institucionalizada en diversificados núcleos y agrupaciones – la participación de cristianos en diversos estados de vida y marcan el tránsito de «las teologías del laicado» a una más madura conciencia y realización de la eclesiología de comunión.

En quinto lugar, son más misioneros que «eclesiásticos», en cuanto lugares de conversión y crecimiento en la fe, especialmente referidos a ambientes o personas muchas veces lejanas de los radios ordinarios de las instituciones eclesiásticas.

---

47. Joseph Ratzinger, "Rapporto sulla fede", ob.cit.
48. Juan Pablo II, Alocución en el 30° aniversario del Movimiento Comunión y Liberación, 29-9-1985, en «Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VII/2, pág. 694; cita retomada por Benedicto XVI, Alocución a los participantes al Seminario "Pastores y movimientos eclesiales", 17-V-2008, en "Insegnamenti di Benedetto XVI", IV, 1, 2008, pág. 809.

Coexisten hoy, en el panorama asociativo de la Iglesia, el testimonio secular de las Cofradías – expresivo del patrimonio de piedad popular –, las "Terceras Ordenes Seculares", las Congregaciones marianas (hoy Comunidades de Vida Cristiana) y otros pioneros del asociacionismo laical contemporáneo como los Vicentinos de Ozanam, el apostolado católico de un Pallotti o de un Kolping. Está también la gran tradición de la Acción Católica en sus diversas formas y la de de otras asociaciones probadas en sus servicios como la Legión de María, los Cursillos de Cristiandad y los Caballeros de Colón, junto con las que fueron llamadas Organizaciones Internacionales Católicas en los campos de la educación, de las comunicaciones sociales, de las profesiones, de la promoción humana... Ese variado mundo asociativo se ha visto muy enriquecido y diversificado con la variedad de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades[49].

Esta riqueza indudable de la pluriformidad de dones, caminos y experiencias asociativas tiene que conjugarse en la unidad. Si los Pastores no cuentan ciertamente con el monopolio de los carismas, están investidos por el carisma de discernimiento de todos los carismas en la Iglesia para encauzarlos en la unidad de la verdad y la caridad. Es propio de su ministerio de gobierno pastoral. Todos los carismas y experiencias asociativas dan ya muestras de autenticidad eclesial sometiéndose al discernimiento de la autoridad eclesiástica, llamada a reconocerlas y acogerlas – sin pretender desconocer o modificar su identidad profunda –, a acompañarlas y corregirlas cuando haga falta, a armonizarlas y guiarlas para bien de la comunión y misión de toda la Iglesia. Se trata de «poner a prueba los espíritus» (1 Jn. 4, l), no para mortificarlos sino para alentar, garantizar y hacer crecer sus frutos cristianos. Más que un deber, es una delicada responsabilidad: «No extingáis el Espíritu (...); probadlo todo y retened lo bueno» (1 Tes. 5, 19-22). Todo está dicho sintéticamente en la exhortación dada por S.S. Benedicto XVI a un grupo de Obispos alemanes: "Vayan al encuentro de los movimientos con mucho amor"[50] Dada la delicadeza y actual complejidad de esa tarea, resalta hoy la necesidad de contar con «criterios precisos de discernimiento y reconocimiento» de las asociaciones de fieles, más allá del cómodo o displicente «laissez faire, laissez passer» o del mero gesto de autoritarismo clerical. Como «criterios fundamentales», la Exhortación apostólica *Christifideles Laici* ha destacado estos cinco: «el primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad, estando las asociaciones de fieles llamadas a ser «instrumentos de santidad»; la «responsabilidad de confesar la fe católica» que hace cada asociación de fieles «un lugar en el que se anuncia y se propone la fe y en el que se educa para practicarla en todo su contenido»; el testimonio que deben demostrar de «una comunión firme y

49. *Christifideles laici,* 30, 31.

50. Benedicto XVI, Alocución a un grupo de Obispos alemanes en visita "ad limina", retomada por el Papa en alocución del 17-V-2008, ya citada.

convencida» con el Papa y los Obispos; el ser sujetos de «nueva evangelización»; el actuar como «corrientes vivas de participación y solidaridad para crear unas condiciones más justas y fraternas de sociedad»». En última instancia, es por los frutos concretos que se conoce y aprecia el árbol[51].

Algunas breves observaciones parecen aún oportunas respecto a esta nueva fase asociativa en la vida eclesial. En primer lugar, no hay que olvidar que la promoción y el sostén del asociacionismo de los fieles en la Iglesia fortalece derechos y espacios de libertad y de participación en el tejido social de las naciones. No en vano, estas asociaciones son frecuentemente víctimas de las políticas hostiles o represivas de los sistemas o regímenes liberticidas. La segunda observación es para destacar la importancia que tienen las asociaciones de fieles para formar personalidades cristianas adultas, maduras. Confiarse hoy día sólo a las instancias tradicionales de socialización y educación cristianas – familias, parroquias, escuelas – parece muy insuficiente. La tercera se refiere a la relación de movimientos internacionales (subrayo: internacionales) con las Iglesias locales (subrayo: locales). Hay que reconocer que existen a veces tensiones, pero si pensamos análogamente en la historia de las relaciones entre Iglesias locales y Congregaciones religiosas, nos convenceremos que no hay nada de especialmente novedoso bajo el sol en esta materia. Toda exaltación del localismo, como si la Catolicidad fuese federación de Iglesias locales, termina siendo limitada, empobrecedora, dependiente de cielos políticos, culturales y eclesiales estrechos. Es normal, es bueno que las asociaciones de fieles tengan proyección internacional, católica – siguiendo como referencia y guía al Pastor universal – y enriqueciendo con sus carismas y circulación de experiencias a las múltiples y diversas localizaciones. Pero esa proyección internacional requiere, indisociablemente, que las asociaciones de fieles hagan un serio esfuerzo de inculturación en diversos contextos seculares y eclesiales, incorporándose con disponible apertura, desde su propia identidad, a la vida y programas de las Iglesias particulares, siempre en comunión con los Pastores. En vista de la unidad y catolicidad de la Iglesia, es necesario que el discernimiento de cada Obispo tenga bien presente el discernimiento del Papa y los reconocimientos o erecciones canónicas que proceden de su jurisdicción universal. Más que eso, cabe sólo esperar que las dificultades y tensiones transitorias que se presenten sean afrontadas con magnanimidad, paciencia, prudencia, y con aquellas otras calidades que el Apóstol Pablo indica en el himno a la Caridad (1 Cor 13, 1-10).

Última breve anotación: más allá de todo irenismo o sentimentalismo, hay que ir disminuyendo en todas las instancias de la Iglesia el nivel de rivalidad y hasta de contraposición entre variadas experiencias asociativas e instancias co-

51. *Christifideles laici,* 30, 31.

munitarias. Hieren la comunión, desgastan energías para la misión. Gracias a Dios, se está avanzando en el proceso del reconocimiento de los recíprocos dones, en espíritu de comunión y colaboración. Pues «todos hemos sido bautizados en un sólo Espíritu para formar un sólo Cuerpo»» (1 Cor. 12,13): el testimonio de unidad es, sobre todo en esta fase de grande desafío misionero, el don más grande para la conversión y la transformación del mundo.

Sujetos de una nueva evangelización

Es paradójico pero muy real que, al mismo tiempo que se daba una acrecida participación y responsabilidad de fieles laicos en la vida de la Iglesia, se difundía un vasto y capilar proceso de descristianización. Si en los años `60 el Concilio Vaticano II advertía que «multitudes crecientes se alejan de la religión»[52], 20 años después, la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* no daba espacio a fáciles optimismos: «Enteros países y naciones, en los que un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes (...) están hoy día sometidos a dura prueba e incluso alguna vez que otra son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo». Grandes masas de hombres viven «como si Dios no existiese». Pero también «en otras regiones o naciones (en que) todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y religiosidad popular cristiana» ese «patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impulso de múltiples procesos, entre los que se destacan la secularización y la difusión de las sectas»[53]. «El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia – se afirma aún en la Carta Encíclica *Redemptoris Missio* – aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado»[54]. Si millones y millones de hombres esperan aún una primera evangelización, una «nueva evangelización» es necesaria – y no de menor ímpetu misionero, ni de menor urgencia, audacia y novedad – para hacer reflorecer la vida cristiana allí donde avanza la desertificación de una convivencia humana sometida a los ídolos del poder, de la riqueza y del placer.

Ante tremendos desafíos, las primeras palabras de Juan Pablo II – «Abrid las puertas a Cristo... A su potestad salvadora, abrid las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. No tengáis miedo...», eran el preludio de un pontificado misionero[55]. ¿No era ésa, acaso, la profunda intencionalidad del Concilio Vaticano, que Pablo VI destacaba en su discurso inaugural del cuarto periodo de sesiones

52. *Gaudium et Spes*, 7.
53. *Christifideles laici*, 34.
54. Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 3.
55. Juan Pablo II, Homilía durante la Misa de inauguración oficial del pontificado, 22-X-1978. en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II", I, 1978, pág. 35.

cuando decía: «la Iglesia, en este mundo, no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres; tiene que hacer presente a Cristo a todos, individuos y pueblos, lo más ampliamente, lo más generosamente posible; ésta es su misión... »?[56]. Se trataba de pasar de una actitud «conservadora» a una actitud misionera: derribar los muros, dejar atrás la mentalidad de fortaleza asediada, superar hábitos y formas institucionales y culturales que habían perdido dinámica misionera real, corriendo el riesgo de fosilizarse. Un nuevo impulso para ir ad gentes, pero no sólo hacia nuevos territorios sino hacia todos los ambientes de la convivencia social. Diez años después de la conclusión del Concilio, la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* confirmaba y recentraba esta intencionalidad misionera con su estupenda perspectiva de la evangelización de la cultura y las culturas del hombre. Se requiere una «nueva evangelización»: así lo ha reiteradamente convocado Juan Pablo II[57]. No ciertamente un «nuevo Evangelio», pero sí la novedad inagotable del Evangelio de siempre – en la insondable riqueza de Cristo – testimoniado y anunciado por «hombres nuevos» y «mujeres nuevas», con nuevo ardor, nuevos métodos y expresiones, para responder a los nuevos desafíos que se plantean en las más diversas situaciones y culturas del hombre. ¿No es acaso muy significativo que S.S. haya decidido recientemente la creación de un nuevo dicasterio de la Curia Romana, dedicado a impulsar esa "nueva evangelización" como prioridad del servicio del Pastor universal a toda la Iglesia?[58] Podría hasta decirse que se quiere prolongar y condensar, en ese lema iluminador y movilizador de una nueva evangelización, la actualización del mandato misionero, confiado por Cristo a su Iglesia, según el designio y el legado del Concilio Vaticano II para esta fase del segundo milenio. Hay como una urgencia misionera que desatar en la vida de las comunidades cristianas, sacudir las propias inercias, letargos y distracciones, exigir una autenticidad de experiencia cristiana, ir más allá de la rutina eclesiástica, salir al encuentro de todas las necesidades del hombre, atender sus demandas de significado y de ideales grandes de vida. Con la inaudita convicción y el contagioso entusiasmo de que – como afirmaba S.S. Juan Pablo II – «para el hombre que busca la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad sin poder encontrarlas con sus propias fuerzas, y que se detiene insatisfecho ante las propuestas ofrecidas por las ideologías inmanentistas y materialistas y, por eso, toca el abismo de la desesperación o del aburrimiento, o queda como paralizado en el estéril y autodestructivo deleite de los sentidos, para el hombre

56. Pablo VI, Alocución de inauguración del IV período de sesiones del Concilio Vaticano II, 14.9.1965, en «Insegnamenti di Paolo V1», Vol. 111, Tipografia Poliglotta Vaticana, pág. 460.
57. Juan Pablo II, Alocución a la Asamblea ordinaria del CELAM, Port-au-Prince, 9-III-1983, en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II", VI.1, 1983, pág. 690.
58. Benedicto XVI, Motu Proprio *Ubicumque et semper*, 21-IX-2010.

que lleva impreso en sí, en la mente y en el corazón, la imagen de Dios y siente esta sed de absoluto, la única respuesta es Cristo»[59]

Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia, ningún fiel cristiano puede sustraerse a este deber supremo de anunciar a Cristo en todos los pueblos, de «dirigir la mirada del hombre, de orientar la conciencia y la experiencia de la humanidad hacia el misterio de Cristo»[60]. Es, a la vez, supremo servicio para la realización de la libertad, la dignidad y el destino de cada persona humana.

Si la corriente histórica de promoción del laicado cobró originariamente impulso ante los impulsos de la disgregación de las antiguas cristiandades y las necesidades de la misión en nuevas tierras y pueblos – en aquella segunda mitad del siglo XIX –, hoy los fieles laicos quedan convocados en primera fila para dar cuerpo a una nueva fase misionera de la Iglesia. La encíclica *Redemptoris Missio* nos dirige una fuerte interpelación en este sentido cuando afirma que las dificultades más arduas de superar son las «internas» al Pueblo de Dios: «la falta de fervor (que se manifiesta) en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés y sobre todo en la falta de alegría y esperanza», como también «las divisiones pasadas y presentes entre los cristianos, la descristianización de países cristianos, la disminución de vocaciones al apostolado, los anti-testimonios de fieles que en su vida no siguen el ejemplo de Cristo». Todavía, entre las «más graves», está «la mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, por desgracia, incluso entre los cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que una religión vale la otra»[61]. Sólo son protagonistas de nueva evangelización los fieles laicos que comuniquen persona a persona, de experiencia en experiencia, la novedad de vida encontrada y compartida desde el seguimiento de Jesucristo, como testigos y heraldos de su Presencia salvadora en todas las situaciones, ambientes y culturas humanas.

No es la misión una actividad específica que se agrega a la vida ordinaria de los fieles laicos. No se reduce a un programa, a una estrategia, y menos aún, a una operación de "marketing" para hacer más vendible el producto. Se puede afirmar que se realiza como forma de atracción y de ósmosis, de persona a persona, por medio del testimonio lleno de gratitud y alegría de quienes, conscientes de haber recibido un gran don, experimentado éste en toda su verdad, belleza y bondad para la propia vida, sienten la urgencia de compartirlo generosamente con todos los que encuentran en los más diversos ambientes y circunstancias. La misión no

59. Juan Pablo II, Discurso a los Cardenales y a los miembros de la Curia Romana con ocasión de la audiencia de felicitación navideña, 23-XII-1982, en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II", vol. 3, 1982, pág. 1674.
60. Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 7.
61. *Redemptoris Missio, 10.*

es otra cosa que compartir el don del encuentro con Cristo. Lo que nos ha sido dado gratuitamente, gratuitamente es compartido, proponiéndolo a la libertad de nuestros prójimos por amor a su vida y a su destino. Fundamental es, pues, que nuestra vida sea testimonio lo más transparente y resplandeciente posible de la presencia de Cristo, con ese *plus* de humanidad que sólo Cristo puede darle, capaz de suscitar la curiosidad, el presentimiento y la atracción de quienes nos encuentran y de poder entonces compartir con ellos las razones de nuestra esperanza.

Hay cinco ámbitos muy importantes para el testimonio cristiano de los fieles laicos, para su presencia misionera, evangelizadora, y para la construcción de nuevas formas de vida más dignas más humanas en las que se puedan entrever los signos del Reino de Dios presente y operante:

- *La familia*, arraigada en el sacramento del matrimonio entre hombre y mujer, comunidad de amor y vida, célula fundamental del tejido humano y social, escuela de humanidad, llamada a ser "iglesia doméstica", lugar fundamental de educación de las nuevas generaciones, hoy día más que nunca cuestionada y agredida en su naturaleza, unidad y misión.

- *El trabajo*, como co-creación, signo y crecimiento de dignidad, ámbito de solidaridad y santificación, hoy día impactado por aceleradas y profundas transformaciones y sometido a frecuentes situaciones de precariedad.

- *La política*, como alta expresión de la caridad, servicio al bien común, necesitada de rehabilitación en su dignidad, hoy día controlada por corporaciones auto-referenciales y degenerada en la mera lucha y gestión del poder.

- *La educación*, sobre todo de los jóvenes, porque todo comienza y depende de la conciencia del' "yo" de la persona, de su libertad y responsabilidad, de su crecimiento integral, del capital humano y social; dimensión hoy día muy descuidada por una sociedad – y por sus malos maestros – que no sabe educar y renuncia incluso a su responsabilidad educativa.

- *La cultura*, como conciencia crítica de la experiencia humana que se despliega en los areópagos universitarios, de la investigación científica, de las innovaciones tecnológicas, de las corrientes filosóficas e ideológicas, de las creaciones artísticas y de las comunicaciones sociales, necesitada de criterios de juicio que valoricen la razón en todas sus dimensiones, sin reducirla a racionalismo, abierta al Misterio y potenciada por la fe.

Constructores de nueva sociedad

«Una nueva evangelización», si es auténticamente tal, tiene que generar nuevas formas de vida para el hombre, nuevas experiencias de convivencia social, nuevas mentalidades y estructuras de relación entre hombres y pueblos. Lejos

de toda evanescencia y desarraigo, esa nueva evangelización se realiza desde la solidaridad cristiana con el destino del hombre y el porvenir de las naciones. Nada de lo humano puede resultar ajeno a esa solidaridad cristiana. El Evangelio acoge, expresa y potencia todo lo auténticamente bueno, justo y verdadero que se vive en la experiencia humana, mientras rechaza toda esclavitud y opresión como atentatorias contra la sublime dignidad del hombre, creado a imagen de Dios y redimido por la sangre de Cristo. Una transformación real de la vida y de la sociedad a la luz de Cristo: ésta es la obra a la que está llamada la Iglesia.

En esta perspectiva, la contribución dada por los fieles laicos a la presencia misionera de la Iglesia, al servicio de la persona y de la sociedad, es insustituible y sumamente importante. Su novedad cristiana de vida está, en efecto, caracterizada por la «índole secular», en cuanto modalidad de realización y dilatación en las «condiciones ordinarias de la vida familiar y social»[62]. Donde «secular» no quiere decir por cierto separado de Cristo sino llamado a recapitular en El todas las articulaciones de la experiencia humana.

Cierto es que han sido superados esquemas vulgares que tendían a atribuir al clero el dominio del sacro y a los laicos el del secular, siendo bien consciente hoy la Iglesia que toda ella está caracterizada por una dimensión secular: vive en el mundo aunque no es del mundo y su misión de continuar la obra redentora de Jesucristo está referida a la salvación de los hombres, abarcando a la vez la restauración de lo temporal. Todos sus miembros participan de esa dimensión secular, aunque con modalidades distintas.

Sin embargo, retomando los acentos de las enseñanzas conciliares en esta materia, ya Pablo VI había sentido la necesidad, a diez años del Concilio, de urgir el compromiso de los fieles laicos en esa «forma singular» de evangelización[63] que es la de informar con el espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras en las cuales ellos viven. Es ésta la modalidad primordial que caracteriza su testimonio de Cristo, Señor de la historia, y su contribución a la dilatación de Su «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz»[64]. «La unidad de vida, la síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana»[65].

---

62. *Lumen Gentium*, 31, 35, 36; *Apostolicam Actuositatem*, 7; *Ad Gentes*, 21; *Gaudium et Spes*, 43.
63. Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 70.
64. *Lumen Gentium,* 36.
65. *Christifideles Laici*, 34.

Se trata, pues, de hacer todo lo posible para suscitar y robustecer tal identidad, esta presencia y acción en el compromiso de los fieles laicos en la ciudad secular, con la responsabilidad y la libertad que se les reconocen. Ellos deben crecer en una renovada confianza en la potencia constructiva del Evangelio en todos los campos de la vida social.

Toca especialmente a los laicos llevar el testimonio evangélico, la presencia de la Iglesia, el anuncio y la experiencia de una vida nueva y buena, el servicio concreto de la caridad, al encuentro de las necesidades y esperanzas en la vida cotidiana de sus prójimos, antes que nada en la vida matrimonial y familiar, en el trabajo y en el ejercicio profesional, en las escuelas y universidades, en las fábricas, en las oficinas y en los campos, en la vida política y social...[66]. Inculturando una fe vivida y compartida, tienen que manifestar, con sus obras, que el Evangelio de Cristo es «fuerza de libertad y mensaje de liberación»[67]; es «Buena Nueva sobre la dignidad de la persona humana»[68], comenzando por el derecho a la vida, a la libertad religiosa, a la libertad educativa y asociativa; es caridad que sostiene y hace más grande toda auténtica solidaridad entre los hombres; es solidaridad preferencial con los que viven más agudamente el misterio de la Cruz, llevando en su carne las llagas de la humanidad: los enfermos y abandonados, los pobres y oprimidos, los desocupados, los privados de su libertad y derechos, los que sufren la guerra y el hambre... Tienen que demostrar históricamente hoy que el cristianismo es la propuesta más plenamente humana, más a medida de la totalidad de la vocación, de la experiencia y del destino de los hombres, mucho, muchísimo más, que cualquier ideología humana.

Se necesita, con determinación y urgencia, superar el éxodo, la diáspora y el anonimato de los cristianos en la vida pública, su asimilación mundana, su tendencia al repliegue eclesiástico, mediante una adecuada educación en la fe, un profundo sentido de comunión, un ímpetu misionero, un conocimiento y propuesta creativos de la doctrina social de la Iglesia, y una convergencia de ideales y tensión por la unidad para saber afrontar juntos las grandes cuestiones del tiempo presente. Incluso más: el papa Benedicto XVI está destacando con frecuencia la necesidad de la formación "de una nueva generación de laicos cristianos comprometidos" que sean "capaces de evangelizar el mundo del trabajo, de la economía y de la política"[69], y para ello"coherentes con la fe profesada, que tengan rigor

66. Cf. *Christifideles laici*, 36-45.
67. Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Libertatis Nuntius*, 1, AAS 76 (1984), 876877.
68. *Redemptor Hominis*, 10.
69. Benedicto XVI, Alocución durante la visita pastoral a Cerdeña, 7-IX-08.

moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional y pasión de servicio por el bien común"[70]

Tres principios ideales y un programa

La Doctrina Social de la Iglesia propone, especialmente a los laicos católicos, tres principios ideales, hoy en día muy actuales, como criterios de juicio y construcción social: – la dignidad de la persona (que nunca se puede reducir a un fragmento de la naturaleza, a un elemento anónimo de la ciudad humana, al mero hecho de ser productor o consumidor dentro de una lógica economicista, a la pura condición de ciudadano del estado); – la subsidiariedad (como tarea de la propia libertad, en la participación asociativa y democrática, en vista de una sociedad civil abierta con una viva presencia de los "cuerpos intermedios", superando una excesiva confianza en la acción del estado y de la mano invisible del mercado); – la solidaridad (como expresión de la caridad, especialmente con los más pobres, con los que sufren, los excluidos, los oprimidos, como buenos samaritanos y constructores de formas de vida más dignas y justas, que derribe los muros de la indiferencia y violencia, del egoísmo y de la desigualdad)[71].

Existe una especie de "programa" para este compromiso cristiano y esta convergencia ideal. Tres puntos de este "programa" son "no negociables":

– la defensa de la vida como don, desde la concepción hasta la muerte natural (ciertamente, hoy todos advertimos cómo la cuestión con respecto a la vida y la muerte provocan un crucial debate antropológico en el campo público);
– la protección de la verdad, la belleza y el bien del matrimonio y la familia;
– la libertad en la educación y todo lo que esto implica[72].

Pero hay muchos más contenidos de gran importancia, como son:

– la defensa de la "libertas ecclesiae", fuente y garantía de cualquier libertad, que se conjuga con el fomento de los derechos naturales de la persona y la nación;
– la libre creación de una red de obras de caridad, en el campo de la educación, la salud, la asistencia y la solidaridad, al encuentro de las necesidades humanas, como contribución al bien común, parte y signo de una sociedad cambiada y mejorada;

70. Benedicto XVI, Alocución a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 15-X-08, en "Insegnamenti di Benedetto XVI, IV.2., 2008, pág. 670.
71. Consejo Pontificio Justicia y Paz, "Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia", 2005.
72. cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, "Notas sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política", Vaticano 2002.

– la definición y progresiva actuación de nuevos modelos de desarrollo, con renovadas sinergias entre estado, mercado y sociedad civil, de carácter inclusivo, con particular atención en los más pobres, necesitados y desamparados;
– la construcción de formas de convivencia que, a partir de la revitalización de la propia tradición, sepan ser acogedoras y promotoras de encuentros humanos y culturales, evitando las polarizaciones de la degeneración xenófoba y la disgregación multicultural en compartimentos herméticos;
– la promoción de la paz desde lo cotidiano hasta los grandes escenarios, contra toda forma de violencia, sobre todo de aquélla fanática del terrorismo;
– la ampliación de la participación democrática en la vida de las naciones;
– la afirmación de una sana laicidad más allá del fundamentalismo y el laicismo;
– el cuidado del ambiente ecológico y humano;
– la cooperación con los países y las poblaciones más pobres y la búsqueda de modalidades que hagan superar las grandes desigualdades e injusticias que configuran el "desorden" internacional;
– la reforma de las estructuras políticas, comerciales y financieras a nivel internacional hacia la construcción de una auténtica comunidad de naciones, animada por el espíritu solidario de la familia humana[73].

Hoy, más que nunca, la Iglesia y los cristianos son – y cada día deben serlo más y más – protagonistas en las grandes tareas para custodiar y promover la vida, la razón, la libertad, una ecología humana de convivencia, los grandes ideales de paz y justicia, la esperanza de los hombres y los pueblos. Es cierto que no se nos puede pedir el dejar de lado la convicción de que Cristo es la piedra angular de toda construcción verdaderamente humana, pero esta convicción mantiene viva la disponibilidad a colaborar con los demás hermanos cristianos, creyentes de otras religiones y hombres de buena voluntad, en la perspectiva del "programa" antes esbozado, participando en la dialéctica democrática, compartiendo las buenas razones y buscando el consenso oportuno más allá de los límites confesionales e ideológicos.

La Iglesia convoca, en fin, a orientar y animar ese compromiso social de los fieles laicos en la perspectiva de una civilización del amor. Nada tiene de sentimentalismo irénico ni de tranquilizante fuga en la utopía. Las impresionantes transformaciones que están ya desplegándose hacia fines de este siglo son, sí, de magnitud civilizadora. Se asiste a saltos cualitativos del progreso científico

73. Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in Veritatis.*

y tecnológico, a una revolución de las comunicaciones, cambian los sistemas de trabajo y las referencias culturales, se resquebrajan imperios y se abandonan sistemas y mesianismos terrestres... Son también de horizonte civilizador los grandes desafíos planteados para la salvaguardia de la vida y la libertad humana ante los complejos tecno-burocráticos de concentración del poder, para la educación de las nuevas generaciones, para la afirmación de la paz y el desarme, para la custodia de la ecología ambiental y humana, para la construcción de una verdadera solidaridad entre les naciones ante la tragedia y escándalo planetarios de la miseria y del hambre en pueblos enteros. Llega a sus puntos de mayor radicalización materialista, nihilista, el proceso de la modernidad secularizante, pero también a su agotamiento y empantanamiento. ¿Cuáles son los motivos y caminos de esperanza?

Pues bien, somos testigos que Cristo revela el Absoluto insondable de Dios como amor y que es piedra angular de toda civilización auténticamente humana. La batalla se libra en el corazón de cada hombre y enfrenta el Señorío de Cristo contra los poderes de este mundo. La certeza de la victoria está dada por la potencia de la Resurrección, la derrota del pecado y de la muerte que son raíces de toda esclavitud y el don definitivo de los cielos nuevos y las tierras nuevas, en la morada del Padre, en donde no habrá más hambre ni sed y toda lágrima será enjugada. ¿Seremos los cristianos capaces de vivir y anunciar aquí y ahora, esa potente y segura esperanza, para ir construyendo nuevas experiencias de convivencia humana – aunque siempre frágiles, reformables, mejorables – en las que se vislumbre «la liberación que se avecina», los signos emergentes del Reino de Dios?

En vasijas de arcilla

La grandeza de la vocación cristiana, la responsabilidad que implica y los desafíos y las tareas que debe enfrentar, ponen en evidencia la tremenda desproporción de quien lleva el peso de los propios límites, distracciones, incoherencias y miserias. No hay espacio para el fariseísmo. No podemos limitarnos a lamentarnos, a protestar y condenar la inmoralidad de los contemporáneos en un mundo que tiende a no ser más cristiano. Ni tampoco hay espacio para aquel moralismo según el cual todo parece depender de nuestras iniciativas, planes, campañas y técnicas. Es absolutamente verdad lo que dijo Jesús: “Sin mí no podéis hacer nada” (*Jn* 15, 5).

Todo comienza y vuelve a comenzar con la súplica de la gracia y la disposición a la oración. Todo depende de un renovado encuentro con la presencia del Señor, en la comunidad de los apóstoles y discípulos. Todo encuentra su semilla fecunda y potente, aunque aparentemente muy pequeña, en la experiencia grata y feliz del despuntar de una nueva humanidad que, en vasijas de arcilla, se hace

presente en los más diversos ambientes de convivencia, mediante nuevos discípulos y testigos, protagonistas nuevos en la vida de los pueblos y las naciones.

DR. GUZMÁN M. CARRIQUIRY LECOUR
Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos

Dra. Dª Mª Teresa Compte Grau
Doctora en Ciencias Políticas y Sociología

CRISTIANOS LAICOS EN EL CORAZÓN DEL MUNDO[1]

Por Dª Mª Teresa Compte Grau
Doctora en Ciencias Políticas y Sociología.
Universidad Pontificia de Salamanca Campus de Madrid

La actitud cristiana del ver, juzgar y actuar "implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo. Muchas voces, venidas de todo el Continente, ofrecieron aportes y sugerencias en tal sentido, afirmando que este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia: ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y, en general, ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente. Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método (V Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, 18)

En este texto están las claves. No hay posibilidad de actuar cristianamente si los ojos con los que se mira la realidad y los criterios con los que se juzga esa realidad no están imbuidos del espíritu cristiano que es el que permite, después, actuar en cuanto tales. Se trata por lo tanto de mirar al mundo, de conocerlo y de juzgarlo con criterios cristianos, para poder así actuar desde la Iglesia al servicio de la transformación de la realidad.

---

1. Dra. M° Teresa Compte Grau. Universidad Pontificia de Salamanca-Campus de Madrid/ Fundación Pablo VI

Éste será nuestro recorrido:

1. Por qué debemos actuar en el mundo. Sólo así podremos superar nuestra fascinación por los medios.
    1. Creados a imagen y semejanza de Dios los hombres somos esencialmente iguales y miembros de una misma comunidad unida por su origen y su destino.
    2. La suerte de esta comunidad humana no puede resultarnos moralmente indiferente.
    3. Es el bien del hombre el imperativo que debe guiar la opción preferencial por el hombre.
2. Qué principios doctrinales deben orientar nuestra acción. Sólo así podremos actuar en clave eclesial y de acuerdo a la tradición de la fe apostólica.
    1. Dios se encarnó por amor y su amor es incondicional.
    2. El amor al prójimo se torna solidaridad cuando somos capaces de superar la mera interdependencia.
    3. El amor se concreta en la distribución universal de los bienes que el hombre necesita para su desarrollo.
3. Cómo debemos actuar. Sólo así podremos transformar el mundo en clave humanizadora para el hombre y para todos los hombres.
    1. Al servicio del desarrollo libre de la personalidad humana.
    2. Según el estilo de Jesucristo.
    3. Para que el hombre pueda servir a su plena vocación.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo hacerlo? Esa es la pregunta que nos atenaza. Insertos, como estamos, en una sociedad marcada por el dominio de la técnica, y, por lo tanto de lo instrumental, nosotros también nos hemos dejado fascinar por los medios. Ya lo escribió el insigne filósofo Jacques Maritain, a propósito de la cuestión educativa:

> "Si los medios son buscados y cultivados por amor de su propia perfección, y no solamente como medios, luego dejan de conducir al fin y el arte pierde su virtud práctica (...) Esta supremacía de los medios sobre el fin y la ausencia que de ahí se sigue de toda finalidad concreta y de toda eficacia real, parece ser el principal reproche que se puede hacer a la educación contemporánea. Sus medios no son malos; al contrario,

son generalmente mejores que los de la antigua pedagogía. La desgracia está en que son tan buenos que hacen que se pierda de vista el fin"[2]

La fascinación por los medios constituye la antesala, decía el Concilio, de un humanismo nuevo (GS 7). *Populorum Progressio* (17, 20, 36-38) primero, y, *Caritas in Veritate* (14, 68-77), después, han profundizado en esta línea de reflexión conciliar, alimentada por dos obras básicas de la teología y la filosofía cristiana: *El drama del humanismo ateo* de Henri de Lubac y *Humanismo integral* de Jacques Maritain.

"Es un humanismo pleno el que hay que promover. ¿Qué quiere decir esto sino el desarrollo integral de todo hombre y de todos los hombres? Un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero «al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano». No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre a lo Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose. Según la tan acertada expresión de Pascal: «el hombre supera infinitamente al hombre» (*Populorum Progressio* 4)

Frente a la visión prometeica de un humanismo antropocéntrico en el que el hombre se concibe como centro de sí mismo, el cristianismo contempla al hombre por relación con su Creador. Esta relación, en palabras de H. de Lubac, es nuestro primer título de nobleza, el fundamento de nuestra grandeza inalienable. El libro del Génesis lo relata así: "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza". Esta verdad, que comporta la inviolable dignidad de la persona humana, es el fundamento teológico último que sustenta el sistema moral de referencia desde el que la DSI, advierte Benedicto XVI; dialoga con el mundo en el que vive (*Caritas in Veritate* 11, 29, 45-46).

Para un cristiano esta verdad es sublime y, sin embargo, para nuestro mundo, escribió de Lubac, ya en el año 1943, es objeto de burla. Con estas palabras aludía el teólogo francés a un proceso histórico en el que de modo progresivo la humanidad había ido caminando hacia un humanismo absoluto que pretendía ser el único verdadero: un humanismo ateo que necesita eliminar a Dios para conquistar su libertad (CiV 14, 78).

El Concilio Vaticano II quiso poner en el centro de una cultura fuertemente secularizada, y profundamente *desencantada*, en palabras de H. Marcuse en su obra *El hombre unidimensional*, la respuesta cristiana a un ateísmo sistemático para el que "la esencia de la libertad consiste en que el hombre es fin de sí mis-

2. J. MARITAIN, *La educación en este momento crucial*, Desclé de Brouwer, Buenos Aires, 1965, Cap. XXIII, 14.

mo, el único artífice y creador de su propia historia" (GS 20). Benedicto XVI en *Caritas in Veritate* ha asumido este desafío que la cultura actual lanza a la Iglesia (Cfr. CiV 29, 68, 70, 73). Pero no podemos hacerlo sino somos capaces, antes, de responder a este desafío en el seno de la comunidad eclesial. Nosotros también corremos el riesgo de dejarnos fascinar por los medios que, como decía Maritain, son, en nuestra época, infinitamente mejor de lo que lo eran antaño.

Si comienzo con estas consideraciones es porque el actuar, que está irremediablemente llamado a la transformación de la realidad, debe hacerse desde el conocimiento y respeto a la debida relación que existe entre medios y fines. Les invito a leer y releer tantas veces como sea preciso las Encíclicas *Populorum Progressio* (26-3-1967) en sus números 33, 43, 50, 54-55 y *Laborem Exercens* (14-9-1981), especialmente en sus número 7.

Una segunda cuestión de la que quiero hablarles en esta introducción es del método según el cual se ha estructurado este Congreso. Algo quiero señalar con relación al método ver-juzgar-actuar.

En realidad, más que un método es un estilo que nos permite situarnos en el mundo. No se trata de tres momentos separados temporal o cronológicamente, sino de una actitud que debe guiar el estar cristiano en el mundo. Recuerden que el ver-juzgar y actuar es un camino de revisión cristiana que la juventud obrera católica fundada por Monseñor J. Cardjin (1882-1967) adoptó y que más tarde hizo suya la Acción Católica como método orientado a la praxis o transformación de la realidad. En este sentido me permito recordarles las siguientes citas:

> Ahora bien, los principios generales de una doctrina social se llevan a la práctica comúnmente mediante tres fases: primera, examen completo del verdadero estado de la situación; segunda, valoración exacta de esta situación a la luz de los principios, y tercera, determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar los principios de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: ver, juzgar y obrar.
>
> De aquí se sigue la suma conveniencia de que los jóvenes no sólo reflexionen sobre este orden de actividades, sino que, además, en lo posible, lo practiquen en la realidad. Así evitarán creer que los conocimientos aprendidos deben ser objeto exclusivo de contemplación, sin desarrollo simultáneo en la práctica.
>
> Puede, sin embargo, ocurrir a veces que, cuando se trata de aplicar los principios, surjan divergencias aun entre católicos de sincera intención. Cuando esto suceda, procuren todos observar y testimoniar la mutua estima y el respeto recíproco, y al mismo tiempo examinen los puntos de coincidencia a que pueden llegar todos, a fin de realizar oportunamente lo que las necesidades pidan. Deben tener, además, sumo cuidado en no derrochar sus energías en discusiones interminables, y, so pretexto de lo mejor, no se descuiden de realizar el bien que les es posible y, por tanto, obligatorio (*Mater et Magistra* 236-238)

Como los laicos participan, a su modo, de la misión de la Iglesia, su formación apostólica recibe una característica especial por su misma índole secular y propia del laicado y por el carácter espiritual de su vida.

La formación para el apostolado supone una cierta formación humana, íntegra, acomodada al ingenio y a las cualidades de cada uno. Porque el seglar, conociendo bien el mundo contemporáneo, debe ser un miembro acomodado a la sociedad de su tiempo y a la cultura de su condición.

Ante todo, el seglar ha de aprender a cumplir la misión de Cristo y de la Iglesia, viviendo de la fe en el misterio divino de la creación y de la redención movido por el Espíritu Santo, que vivifica al Pueblo de Dios, que impulsa a todos los hombres a amar a Dios Padre, al mundo y a los hombres por El. Esta formación debe considerarse como fundamento y condición de todo apostolado fructuoso.

Además de la formación espiritual, se requiere una sólida instrucción doctrinal, incluso teológica, ético-social, filosófica, según la diversidad de edad, de condición y de ingenio. No se olvide tampoco la importancia de la cultura general, juntamente con la formación práctica y técnica.

Para cultivar las relaciones humanas es necesario que se acrecienten los valores verdaderamente humanos; sobre todo, el arte de la convivencia fraterna, de la cooperación y del diálogo.

Pero ya que la formación para el apostolado no puede consistir en la mera instrucción teórica, aprendan poco a poco y con prudencia desde el principio de su formación, a verlo, juzgarlo y a hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y perfeccionarse a sí mismos por la acción con los otros y a entrar así en el servicio laborioso de la Iglesia. Esta formación, que hay que ir complementando constantemente, pide cada día un conocimiento más profundo y una acción más oportuna a causa de la madurez creciente de la persona humana y por la evolución de los problemas. En la satisfacción de todas las exigencias de la formación hay que tener siempre presente la unidad y la integridad de la persona humana, de forma que quede a salvo y se acreciente su armonía y su equilibrio.

De esta forma el seglar se inserta profunda y cuidadosamente en la realidad misma del orden temporal y recibe eficazmente su parte en el desempeño de sus tareas, y al propio tiempo, como miembro vivo y testigo de la Iglesia, la hace presente y actuante en el seno de las cosas temporales (*Apostolicam Actuositatem* 29).

La tercera cuestión que quiero sugerir en esta introducción es que el modo cristiano de actuar pasa por descubrir la presencia de Dios en el mundo. Así lo plantea también *Caritas in Veritate* (32, 59, 65, 68). El actuar exige asumir un riesgo, así como adoptar la decisión que nos permita conseguir el fin que se pretende. Y dado que la acción se ejecuta sobre la realidad y ésta es una realidad humana, toda acción exige la asunción de una responsabilidad alimentada por las convicciones que encuentran su razón de ser en el Evangelio de Jesucristo. En este sentido sigue siendo clave para el actuar cristiano mantener neta la distinción

que existe entre *principios de acción* y *fundamentos de razón*[3], así como aceptar, como muestra del mejor realismo cristiano, el criterio del *accidentalismo* o *circunstancialismo* en la línea de *Gaudium et Spes* y Octogesima Adveniens[4].

Una vez hechas estas breves precisiones, preguntémonos, en primer lugar: ***¿Por qué debemos actuar en el mundo?*** A lo que respondemos:

1. Porque hemos sido creados por Amor a imagen y semejanza de Dios.
2. Porque pertenecemos a una comunidad cuya suerte no puede resultarnos moralmente indiferente.
3. Porque es el bien del hombre el imperativo que debe guiar la opción preferencial por el hombre.

> "Jesucristo nos revela real y plenamente a un Dios que ha salido de sí mismo, de su comunión intratrinitaria y se ha mostrado a los hombres como es. Dios es amor. Por amor se extraña de sí, manteniéndose sí mismo. Se dona sin perderse. Todo actuar en lenguaje cristiano deberá interpretarse desde la clave del amor, de la caridad, del don, de la gratuidad"[5].

El Dios que nos revela Jesucristo es un Dios que antecede y precede al obrar humano. Hemos sido creados y la Creación es, ante todo, y, sobre todo, un acto de amor. Por amor Dios ha puesto en nuestras manos los bienes que necesitamos para garantizar nuestra existencia o, dicho de otro modo, nuestro deber de conservar la existencia como respuesta al derecho a la vida. El mundo y la vida son los bienes que Dios ha puesto en nuestras manos. Y nos ha invitado a hacerlos fructificar para nuestro bien. Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla. Pero éste no es un mandato individual, sino social. Y es social en el sentido más profundo del término. La humanidad ha sido creada por Dios y redimida en Cristo. Y esta verdad central de la fe cristiana se materializa en la convicción universalmente aceptada de que todos los hombres pertenecemos a una misma comunidad de origen y participamos de una naturaleza humana común. Esto es lo que la Iglesia proclama cuando enseña que la comunidad de origen, de redención

---

3. J. MARITAIN, *Humanismo integral*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1966, 134-136; Á. HERRERA ORIA, *El Magisterio político de la Pacem in Terris*, en INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII., *Comentarios a la Pacem in Terris*, BAC, Madrid, 1963, 653-654. Cfr. JUAN XXIII, *Mater et Magistra* 212-217, *Pacem in Terris* 157-160, PABLO VI, *Octogesima Adveniens* (15-5-1971) 26-30, 50;
4. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes* (8-1-2-1965) 43, PABLO VI, *Octogésima Adveniens* 3-4, 50.
5. RAÚL BIORD CASTILLO, SDB, *Criterios para efectuar un discernimiento cristiano de una situación histórica,* XXII Jornadas de Teología y Reflexión, 23 de marzo de 2004.

cristiana y fin sobrenatural (PT 121) es el principio último en el que se sustenta la igualdad radical de todos los hombres[6].

Y esto es así hasta el punto que el cristiano confiesa que los hombres somos hermanos por razón del Padre común que nos ha engendrado.

> (…) Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio los hizo hombre y mujer (*Gen* l, 27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás (GS 12).

Así explica el Concilio una de las notas básicas de la naturaleza humana. Los hombres tendemos a vivir con nuestros semejantes. No sólo porque nuestra insuficiencia hace necesaria nuestra vida en comunidad, sino porque nuestra naturaleza racional y libre nos lleva a vivir con los demás, conscientes de que ello contribuye a humanizarnos y a humanizar el mundo que habitamos. La vida en comunidad no es pues una carga, sino el escenario de nuestro proceso de personalización y el ámbito donde ejercemos nuestra libertad (PT 31, 34). Somos pues, seres trascendentes y de diálogo (GS 25). Y no concebimos la vida junto a otros como un simple *hecho*, sino como una *exigencia* de nuestra naturaleza humana. Así es, porque la vida social es una realidad de orden espiritual basada en el reconocimiento del otro como *prójimo* y en la *comunicación* o *participación* como fuente de enriquecimiento en las relaciones personales.

Pero, antes de dar este paso, se trata de esforzarnos por conocer al hombre y, de manera especial, de conocer al hombre que Jesucristo nos revela. Porque Cristo no es sólo la revelación definitiva del Padre, sino que es, también la revelación de sus hijos: los hombres[7].

¿Quién es el hombre? ¿Qué hombre?, se pregunta, la Iglesia. El hombre real, histórico y concreto[8], que trasciende el orden de lo creado y a quien Dios ama por sí. Ese hombre es, visto en su individualidad, un ser incompleto que anda al encuentro de su integridad. El relato de la Creación del Génesis lo explica de modo sublime. La ruptura con Dios despierta en el hombre el anhelo de la complementariedad que se resuelve en un encuentro personal con el otro sexo (DCE 11). El encuentro entre el hombre y la mujer es, pues, la imagen de una humanidad com-

---

6. PÍO XII, *Gravi* (24-12-1949), 20. Cfr. GS 24, PT 85, Cap. V, Parte II. PP y SRS sostienen su enseñanza sobre el Desarrollo en el principio de la igualdad radical de todos los hombres y todos los pueblos.

7. VITTORIO POSSENTI, *Oltre l'ilumnismo*."Il messagio sociale cristiano", Edizioni Paoline,Cinisello Balsamo, Milano, 1992, pp. 239-262. La traducción española corresponde a Juan Manuel Díaz Sánchez, Instituto Social "León XIII" (Madrid), y ha sido publicada en Sociedad y Utopía 17 (mayo 2001) 371-387.

8. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis* (4-3-1979), 13.

pleta que se expresa en la unidad matrimonial y familiar. La común unión entre el hombre y la mujer tiene un carácter al mismo tiempo social y divino. Porque si Dios es la medida del amor humano, éste, expresado en la relación hombre-mujer, tiene un carácter social que se expresa en la capacidad del hombre de salir de sí, caminar hacia otros, unirse a ellos y comprometerse con ellos.

La *comunión* o *común unión* o *unión común* es, pues, la antítesis del individualismo. De hecho, ningún ser humano es una mónada, sino un ser de relaciones y de interacciones cuya integridad pasa por su capacidad de apertura total a los demás[9]. Esta verdad sobre el hombre, iluminada por la verdad revelada por Dios en Jesucristo, es la conmovedora novedad de la revelación bíblica[10]. Y es, precisamente esta especificidad, la que la Iglesia católica se propone traducir en su Doctrina Social para dar testimonio del amor que Dios Padre dona a cada hombre[11].

¿Qué principios doctrinales deberían orientar nuestra acción?

A lo que respondemos:

1. Dios se encarnó por amor y su amor es incondicional.
2. El amor al prójimo se torna solidaridad cuando somos capaces de superar la mera interdependencia.
3. El amor se concreta en la distribución universal de los bienes que el hombre necesita para su desarrollo.

"La doctrina social de la Iglesia representa la referencia esencial para el proyecto y la acción social de los fieles laicos, además de para una espiritualidad vivida propia, que se nutra y se encuadre en la comunión eclesial: comunión de amor y de verdad, comunión en la misión.

Los christifideles laici, sin embargo, precisamente porque toman energías e inspiraciones de la comunión con Jesucristo, viviendo integrado con los demás componentes eclesiales, deben encontrar a su lado a sacerdotes y obispos capaces de ofrecer una incansable obra de purificación de las conciencias, junto un un apoyo indispensable y ayuda espiritual al testimonio coherente de los laicos en lo social. Por ello, es de fundamental importancia una comprensión profunda de la doctrina social de la Iglesia, en armonía con todo su patrimonio teológico y fuertemente arraigada en la afirmación de la dignidad trascendente del hombre, en la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural y de la libertad religiosa. Comprendida así, la doctrina social debe inscribirse también en la preparación pastoral y cultural de

9. Spe Salvi 45, 48.

10. Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* (25-12-2005) 11; *Discurso de su santidad Benedicto XVI a los obispos, sacerdotes y fieles laicos participantes en la IV asamblea eclesial nacional italiana* (19-10-2006)

11. Benedicto XVI, *Fiesta del Bautismo del Señor* (8-1-2006)

aquellos que, en la comunidad eclesial, son llamados al sacerdocio. Es necesario preparar fieles laicos capaces de dedicarse al bien común, especialmente en los ámbitos más complejos como el mundo de la política, pero es urgente tener también Pastores que, con su ministerio y carisma, sepan contribuir a la animación y a la irradiación, en la sociedad y en las instituciones, de una vida buena según el Evangelio, en el respeto de la libertad responsable de los fieles y de su propio papel de Pastores, que en estos ámbitos tienen una responsabilidad mediata. La ya citada Mater et Magistra proponía, hace casi 50 años, una verdadera y propia movilización, según caridad y verdad, por parte de todas las asociaciones, los movimientos, las organizaciones católicas y de inspiración cristiana, para que todos los fieles, con compromiso, libertad y responsabilidad, estudiaran, difundieran y llevaran a cabo la doctrina social de la Iglesia"[12].

Esto mismo es lo que tenemos oportunidad de leer y aprender del Capítulo dedicado a la *Palabra de Dios y compromiso por la justicia en la sociedad* en la Exhortación Apostólica Postsinodal Verbun Domini (11-11-2010) 100ss.

Como dijo el Papa Pablo VI, se trata "de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación"[13].

Tal y como pone de manifiesto Benedicto XVI desde su primera Encíclica *Deus Caritas Est*, hasta su reciente Encíclica *Caritas in Veritate*, la DSI es el instrumento idóneo y privilegiado con el que facilitar el encuentro y el diálogo entre la Iglesia y el mundo. En un mundo dominado por el espíritu técnico, la DSI puede facilitar la apertura a las verdades de la fe cristiana a través de un diálogo de amor. La Doctrina Social de la Iglesia se presenta, pues, como un rico complemento para este diálogo, especialmente para con las ciencias humanas y sociales, desde las que se abordan las cuestiones políticas, económicas, culturales y espirituales que interpelan al hombre de nuestro tiempo[14]. *Deus Caritas Est* lo explica con estas palabras:

La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden

12. BENEDICTO XVI, *Mensaje al Card. Peter Kodwo Appiah Turkson, Asamblea plenaria del Consejo Pontificio «Justicia y Paz»* (3 de noviembre de 2010), 4-5.
13. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi* (8-12-1975), 19.
14. *Deus Caritas Est* (25-12-2006), 27.

social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables (DCE 28)

El propio Papa ha reconocido que esta certeza se ha ido afianzando en su quehacer teológico a medida que la DSI se le ha ido presentando como una aportación específica que la Iglesia hace al mundo para que en éste se pueda mejor realizar la justicia. Esta convicción profunda puebla el Magisterio contenido en la Encíclica *Caritas in Veritate* al vincular estrechamente el deber de solicitud por los más débiles, que la DSI ha formulado de manera magistral a lo largo de los tiempos, con la razón última de ser de ese deber moral que no es otra que el Mandamiento evangélico del amor[15].

Esta ligazón estrecha es la misma que, ya en el año 1986, establecía la Instrucción Libertad Cristiana y Liberación, siendo Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe el entonces Cardenal Ratzinger, al hacer notar que es el Mandamiento supremo del Amor el que corona todo el edificio de la DSI. Ésta, de hecho, surge precisamente del encuentro entre el Mensaje Evangélico y los problemas que surgen en la vida de la sociedad (LC 72-73). Pasados los años, el Papa Benedicto XVI ha reorientado estas consideraciones hasta decir que la Doctrina Social de la Iglesia es fruto del compromiso de la Iglesia con el mundo como respuesta al dinamismo del Amor de Dios[16]. Así lo expuso ya en *Deus Caritas Est* (28).

El amor —*caritas*— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido —cualquier ser humano— necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el

15. Pablo VI, Ecclesiam Suam (6-8-1964) 4, 25. Cfr..Benedicto XVI, *Discurso al colegio de escritores cristianos de la revista la civilittá católica*, 17-2-2006), CiV 4.
16. CiV 5.

dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive « sólo de pan » (*Mt* 4, 4; cf. *Dt* 8, 3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

La Iglesia, pese a las fragilidades de la naturaleza humana, es una compañía de amigos que no son moralmente indiferentes a la suerte de su prójimo. Este compromiso, animado y sostenido por el Mandamiento del Amor constituye, tal y como hemos aprendido en *Solicitudo Rei Socialis* y *Centesimus Annus*, en la Instrucción *Libertatis Constiencia* y, ahora, en *Caritas in Veritate*, la naturaleza teológica de la Doctrina Social de la Iglesia.

La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (cf. *Mt* 22,36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Para la Iglesia —aleccionada por el Evangelio—, la caridad es todo porque, como enseña San Juan (cf. *1 Jn* 4,8.16) y como he recordado en mi primera Carta encíclica «Dios es caridad » (*Deus caritas est*): *todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo*. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza (CiV 2).

La razón primordial de ser de la DSI es Dios y su Amor por el hombre. Todo comienza en el Logos, la razón primordial, como dice *Deus Caritas Est*, que, lejos de permanecer velada a los ojos de los hombres, se revela en su relación de amor con ellos. La verdad de Dios se da a conocer en su amor por el hombre. La caridad, dice *Caritas in Veritate*, es, de hecho, amor recibido y ofrecido. Una hermosa y, al mismo tiempo, sencilla manera de expresar la íntima relación que existe entre un Dios que se dona y un hombre que, consciente de ser el primer destinatario de ese Don, lo acoge para entregarlo y entregarse, él mismo también, a sus semejantes. Esta dinámica de caridad recibida y ofrecida es encauzada, comprendida y sistematizada por la Doctrina Social de la Iglesia (CiV 5). De hecho, dice Benedicto XVI, la DSI es "caritas in veritate in re sociale" (CiV 5) o "anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad". Así pues la DSI es teología y antropología que pivotan sobre el principio último: la caridad en la verdad, luego concretada en principios prácticos de acción. Si la Doctrina Social de la Iglesia es testimonio de la caridad de Dios en las relaciones sociales, es, así mismo, el instrumento imprescindible para hacer presente a Dios en la vida social. Y no porque la DSI sea un programa cerrado que pueda o pretenda imponer-

se a la sociedad, sino porque es una propuesta de sentido, razonada y razonable, que sirve a la instauración de la convivencia.

La DSI sabe que la vida en sociedad está amenazada "tanto por la *intrínseca fragilidad* de los propósitos y realizaciones humanas, cuanto por la *mutabilidad* de las circunstancias externas tan imprevisibles" (SRS 38), pero no por ello deja de creer que el orden humano depende de "*actitudes más profundas* que se traducen en valores absolutos" (SRS 38). Desde esta convicción profunda, la Iglesia enseña que la *interdependencia*, un dato que muestra la realidad, se torna en *solidaridad* cuando se reconoce como *categoría moral*. Ello sólo sucede si "nos reconocemos unos a otros como *personas*" (SRS 39).

La convivencia no es pues el fruto de un pacto para la resolución de intereses yuxtapuestos, sino la asunción de intereses comunes según un orden de relaciones de reciprocidad que se asienta en una convicción esencial: la unidad del género humano en torno a Jesucristo nos hace herederos de una misma Tierra. Se trata de buscar la armonía en las relaciones sociales "para que nadie sea extranjero"[17]. Así se consigue que el orden social "no sea una mera yuxtaposición extrínseca de partes numéricamente distintas" (*Con Sempre* 6).

El término *yuxtaposición*[18] —coexistencia, que no convivencia— es de una gran elocuencia. Aplicado al orden social, como hace Pío XII, se refiere a la suma de diversos componentes, cada uno de los cuales sostiene intereses distintos. La DSI y la antropología cristiana prefieren hablar de *integración*. Ésta, entendida como *unidad dentro de la complejidad*, se refiere a la dimensión comunitaria de todos los actos humanos y a la reciprocidad que se establece en toda relación humana[19].

Sobre esta convicción, la DSI ha elaborado su enseñanza acerca del Desarrollo, el Bien Común y el Destino Universal de los Bienes. Estos principios enseñan que la auténtica convivencia, que resulta de la *integración* y la *participación* de todos los hombres, se basa en el ejercicio práctico del deber de *solidaridad* o derecho-deber de vivir vinculados a los demás[20]. Es, pues, la unidad en torno

17. Benedicto XV, *Pacem Dei Munus* (23-5-1920) 15.
18. Cfr. Pastor Ridruejo, *Curso de Derecho Internacional y Organizaciones Internacionales,* Tecnos, Madrid, 2009*,* 35, 57.
19. Cfr. GS 35; CiV 9, 36, 38, 57.
20. *Rerum Novarum* (RN) (15-5-1891) 6; PDM 1, AB 15; SP 28-38; PT 35-36, 100, 130-131; ES 31, GS 3, 39, 57, 69; Pablo VI, OA 46, *Jornada Mundial de la Paz* 1977; LE 14, CA P. IV, *Jornada Mundial de la Paz* 1986-1987, 2001, 2005. Cfr. Juan Pablo II: *Amor y Responsabilidad*, Fe y Razón, Madrid, 1977, *Persona y Acción*, BAC, Madrid, 1982; José Mª Suárez Collia, *Naturaleza humana y Fundamentación del conocimiento ético en el pensamiento contemporáneo: Una introducción al iusnaturalismo católico*, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1989.

al hombre, reflejo del orden maravilloso de Dios, y de la unidad de la Iglesia en torno a Jesucristo, la que debería articular el orden de la convivencia. Para ello, la Iglesia ofrece la verdad en la que cree: El Dios verdadero, único fundamento del orden moral estable del que emana la verdad cristiana sobre el hombre[21].

¿Cómo debemos actuar?

1. Al servicio del desarrollo libre de la personalidad humana.

2. Según el estilo de Jesucristo.

3. Para que el hombre pueda servir a su plena vocación.

La acción cristiana en el mundo debe tener como finalidad la transformación de la realidad. En *Populorum Progressio* el Papa Pablo VI nos ofrece un camino que Caritas in Veritate ha retomado. Es muy cierto que el contexto histórico y la tensión ideológica ensombrecieron la esencia de la que puede ser considerada *magna carta del desarrollo*, pero no lo es menos que Pablo VI en *Populorum Progressio* hizo lo que León XIII en *Rerum Novarum*. Tan es así que éstas son las dos únicas Encíclicas que han merecido conmemoraciones posteriores.

Pablo VI respondió a un problema histórico, pero lo hizo aportando a la DSI y al mundo un *principio de acción* que ha adquirido el mismo valor y realce que en su día el accidentalismo o circunstancialismo de León XIII o el propio principio de subsidiariedad desarrollado por Pío XI en Quadragesimo Anno.

Frente a una interpretación reduccionista del desarrollo, propia de una visión materialista y tecnicista, la DSI, a partir de las enseñanzas de Juan XXIII en *Pacem in Terris* y del Concilio Vaticano II en *Gaudium et Spes*, llama la atención sobre la dimensión antropológica del desarrollo. ¿Qué era lo que la DSI se proponía y se propone con ello?: promover un ***humanismo pleno*** al que podríamos llamar también ***integral***, ***teocéntrico***, de la ***Gracia*** o de la ***Encarnación***. Epítetos todos ellos que explican el significado del humanismo cristiano o, lo que es lo mismo, la concepción cristiana del hombre.

La dimensión antropológica del desarrollo, y por lo tanto moral y religiosa, coloca la verdad cristiana sobre el hombre en el centro de la propuesta de PP (CiV 43, 75). Esta verdad afirma que el hombre es una criatura racional y libre, creada por amor, a imagen y semejanza de Dios. Una criatura que trasciende el orden de lo creado y a quien Dios ama por sí. Este amor preferencial por el hombre se revela en toda la Creación al poner Dios en manos de los hombres dos preciosos dones: el don de la vida, para que sea transmitida, y el don del mundo para que sea cuidado. Es, pues, en el mundo de la vida, donde Dios llama al hombre, a

21. MM 207-210, PT 9-10, 38..

cada hombre, y a todos los hombres, al desenvolvimiento libre y sin trabas de su personalidad para que cada uno llegue a ser aquello que está llamado a ser; esto es: hombre en toda su plenitud. ¿Qué es esto sino el desarrollo integral o íntegro de todas y cada una de las dimensiones constitutivas de la naturaleza humana?[22].

No me resisto, en este punto, a citar unas palabras del filósofo Jacques Maritain que considero profundamente aleccionadoras para la cuestión que nos ocupa. En su obra *Principios de una política humanista*, Maritain escribió: La naturaleza racional y libre del ser humano no sólo se desarrolla de modo físico, sino que lo hace, "desde el útero al sepulcro", por la existencia de su alma. Esta dimensión espiritual, que trasciende el orden de lo creado, le dota de una personalidad, ¡gran misterio metafísico!, que exige ausencia de violencia para poder obrar por razón de su propia inclinación interna sin sufrir la coacción impuesta por un agente exterior. Así concebido, el desarrollo integral, imperativo moral que deriva de la concepción cristiana del hombre, responde al derecho-deber de dotar al hombre de unas condiciones materiales y espirituales que sirvan al perfeccionamiento libre de su identidad.

Desde esta visión, el desarrollo como derecho y deber es la respuesta a una llamada. Es una vocación[23]. Por eso Pablo VI pudo decir, y Benedicto XVI repetirlo, que el desarrollo no es facultativo y que el hombre no sólo tiene el derecho a desenvolverse en libertad, sino el deber de hacerlo[24]. Así, desde esta óptica se entiende mejor qué significa reivindicar el derecho a la vida cuando se habla de la cuestión del desarrollo, tal y como hace Benedicto XVI. Porque en realidad, hablar del derecho a la vida es hablar del derecho al desarrollo[25]. Y esto es así porque el derecho a la vida en la óptica de la Doctrina Social de la Iglesia no es una cuestión biológica, sino espiritual. Algo similar sucede con el derecho a la libertad religiosa[26]. Si el derecho-deber al desarrollo es la respuesta al don de la vida que Dios nos regala. Y si el ejercicio de este derecho-deber debe hacer posible el desenvolvimiento de la personalidad humana, el hombre debe poder responder a este proyecto en libertad, según su conciencia "es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa"[27]. El hombre tiene el derecho y el deber de ordenar su existencia y de hacerlo de modo consciente porque su naturaleza racional y libre le permite conocer la verdad de las cosas que le sirven para su propio desarrollo[28].

22. Cfr. PP 5, 42-43; CiV 11, 30, 43, 67.
23. Cfr. PP 13, 15, 42, 65; CiV 1, 7, 9, 11, 16-19, 52.
24. Cfr. PP 16; CiV 43-44, 47.
25. CiV 8, 11, 15-16, 27-28.
26. CiV 29.
27. GS 16-17.
28. CiV 1-9, 72.

Y esto exige el respeto escrupuloso y no indiferente de los poderes públicos, así como el cuidado amoroso de una Iglesia y de una comunidad que, conscientes del Amor recibido de Dios, son capaces de donarse por el bien de sus hermanos hasta el punto de acompañar de manera responsable la vida de los otros desde el momento de la concepción hasta el de la muerte[29].

"Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera", leemos en *Populorum Progressio* (14). Y no podemos ser moral, ni religiosamente indiferentes a la suerte de nuestros hermanos. Preguntémonos, pues,

> ¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la «salvación del alma» como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás? (Spe Salvi 16)

El catolicismo, escribía el Padre de Lubac en su obra. *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, es esencialmente social en el sentido más profundo de la palabra. No sólo por sus aplicaciones en el campo de las instituciones, sino, ante todo, en su centro más misterioso, en la esencia de su dogmática". La Humanidad ha sido creada por Dios y redimida en Cristo. El pecado es la fragmentación de la Humanidad. La Redención es el restablecimiento de la unidad perdida. La Iglesia es universal porque se refiere al hombre y a todos los hombres, porque no es una federación de entidades, sino la respuesta a una llamada, la de Dios que es Quien nos convoca. Los sacramentos refuerzan la unión personal con Cristo y, por lo tanto, el aspecto social de la comunidad. La esperanza es una esperanza común. El Bautismo es la incorporación a una comunidad, etc. Etc.

¿Qué más pruebas necesitamos para creer de una vez y definitivamente que la Evangelización de lo social no es pues un accidente, un apéndice o una mera aplicación, sino el significado más propio de la misión que pasa, en palabras de Benedicto XVI, por abrir la cultura a las verdades trascendentes del cristianismo para poner a Cristo en el centro de la cuestión humana?

29. Cfr. CiV 5-7.

Síntesis de los talleres

TALLER: 1

PRESENTAR A JESUCRISTO AQUÍ Y AHORA

SÍNTESIS

En este taller se pretende reflexionar acerca de cómo realizar la evangelización hoy en día en nuestra sociedad, profundizando en los valores que aporta hoy la persona de Jesucristo, tanto en nuestra vida interior como en el trabajo comunitario y eclesial, así como en la presencia pública.

Se trata de hacer presente el Reino de Dios en nuestro mundo, en la experiencia espiritual, en el compromiso comunitario y eclesial y en los compromisos sociales.

Todos en la Iglesia existimos en torno a Jesucristo y estamos para que Él sea conocido, amado y seguido.

RESUMEN

Evangelizar es testimoniar con la propia vida personal y comunitaria a Jesucristo, un estilo de vida que presenta valores y actitudes alternativos a los de la sociedad.

Constatamos que el Evangelio aporta diferentes alternativas a las que hay en la sociedad.

Valores como el perdón, la reconciliación frente a los conflictos, la gratuidad frente a la importancia de lo económico, lo comunitario frente al individualismo, lo trascendental frente a lo inmanente o material.

La transformación de la sociedad en línea Reino de Dios hace verdadera la evangelización. El anuncio de Dios sin transformación deforma su mismo rostro.

Para presentar a Jesucristo aquí y ahora destacamos la necesidad de la oración personal y comunitaria, la autenticidad, el amor, la humildad, la valentía, la gratitud, la fuerza del testimonio en la vida pública.

Anunciamos a Jesucristo desde la experiencia personal del Resucitado, desde el Espíritu de Pentecostés, desde el envío de Jesús.

Es toda la Iglesia la que recibe el envío de Jesús para predicar la Buena Noticia hasta el fin del mundo.

Vemos necesario cuidar la vida interior, expresar la fe en la vida cotidiana, la corresponsabilidad dentro de la Iglesia y la presencia pública de la fe.

TALLER 2:

LA CULTURA ACTUAL: LUCES, SOMBRAS, RETOS

SÍNTESIS

En este taller podemos ver cómo Dios nos habla a través de los signos de los tiempos. Sólo se transforma lo que se conoce y se ama: nuestra cultura, con sus sombras y sus luces, es una realidad que ha de ser contemplada a la luz del Evangelio.

El reto que tenemos es salir del silencio, de la indiferencia y ser portadores de esperanza. Participar, comprometernos y regalar nuestro tiempo para crear espacios nuevos.

RESUMEN

La cultura actual nos presenta diferentes realidades y situaciones que hemos de conocer para implicarnos en cada una de ellas. Nuestras profesiones, familias, entornos sociales nos dan la oportunidad de presentar a Jesucristo y evangelizar. Desde cada contexto concreto es desde donde hemos de dar ejemplo de coherencia de vida.

Se requiere una gran disponibilidad y actitud de servicio sobre todo atendiendo a los más necesitados, acompañando las situaciones delicadas que nos encontramos y estando al lado de las familias, de los niños y de los jóvenes. Ellos han de poder ver en nosotros una iglesia comprometida y alegre, una iglesia con capacidad de atraerlos. Saliendo a la calle para implicarnos en las situaciones concretas que vivimos día a día nos hacemos creíbles.

Hemos de acercarnos al no creyente, abrirnos al diálogo, dando razones para creer, desmontando los prejuicios que hay contra la Iglesia. Nuestras propuestas han de hacerse visibles, la cultura de la vida ha de presentarse con audacia en la sociedad, aprovechando los medios de comunicación. Para ello necesitamos crear espacios de diálogo y de formación, así como profundizar en la Doctrina Social de la Iglesia

Hemos de trabajar unidos, en comunión, fortaleciendo las parroquias, participando más y siendo corresponsables en todas las tareas que conlleva nuestra

misión evangelizadora porque necesitamos que cada uno aporte sus propios carismas, con entrega, con alegría, desde la gratuidad. Somos conscientes de que necesitamos el apoyo de la comunidad, de todos y cada uno de los movimientos, la fuerza viva de las parroquias y la ayuda necesaria de los sacerdotes.

Nuestro trabajo en la sociedad lo podremos acometer si nos alimentamos de los sacramentos, fundamentalmente de la Eucaristía y nos nutrimos de la oración personal y comunitaria.

TALLER: 3

LA ESPIRITUALIDAD DEL LAICO

SÍNTESIS

En este taller se reflexiona acerca de la necesidad de la oración y de discernir en torno a la espiritualidad propia del laico.

Se trata, en definitiva, de recibir la fuerza transformadora del Espíritu y su luz que nos abre nuevos horizontes.

Viviendo esta espiritualidad propia del laico recibimos todo un plan de formación de vida cristiana.

RESUMEN

La experiencia personal que tenemos de Cristo está basada en la oración y en la adoración.

A veces nos distraemos con los criterios del mundo, dejándonos influir, entonces nos damos cuenta de que hay que volver a los de Cristo.

No es fácil, necesitamos la oración para discernir y la formación para tener criterios y poder dar razón de nuestra fe. Nos hemos de apoyar en el Magisterio de la Iglesia.

En la medida en que crecemos en vida espiritual, en formación, en implicación en la realidad y en vivencia comunitaria de la fe, vamos ganando en autonomía.

No somos autosuficientes, necesitamos de la comunidad, necesitamos referentes como el Magisterio de la Iglesia, los sacerdotes, etc y acompañamiento espiritual.

Para poder llevar a cabo la misión que se nos encomienda, creemos que Cristo es la fuerza que nos falta. Todo se puede con Cristo, sin Él nada podemos.

Necesitamos la Palabra y los sacramentos, especialmente la Eucaristía, alimentarnos del Pan de la Palabra y del Pan Eucarístico.

También nos apoyamos en los demás, en lo comunitario: en la parroquia, movimiento, etc.

No hemos de olvidar mirar el mundo con los ojos maternos de María.

Nos hace falta más conocimiento de nuestra misión en el mundo, a veces somos muy dependientes de los sacerdotes.

Sentimos que debemos vivir una espiritualidad laical propia.

TALLER: 4

CORRESPONSABILIDAD: IGLESIA, CASA Y COSA DE TODOS

SÍNTESIS

En el taller de Corresponsabilidad queremos profundizar en la afirmación del Concilio Vaticano: "La Iglesia es la comunidad de todos los creyentes" (LG).

La corresponsabilidad entre laicos y clero supone la distribución adecuada de todos los carismas. El taller nos invita a reflexionar sobre qué actitudes la potencian y qué hemos de evitar, propiciando la comunión de todos los miembros de la Iglesia para hacer presente el Reino de Dios.

RESUMEN

Partimos de que hay muchas realidades parroquiales, pastorales y de movimientos que suponen una gran riqueza por su diversidad, en algunas de ellas se ha avanzado en la corresponsabilidad y se vive cada vez más una Iglesia, casa y cosa de todos. Para ello han ayudado mucho los diferentes consejos (pastorales, de economía, etc), así como los diferentes planes y trabajos coordinados a nivel diocesano.

Gracias a este avance los laicos somos más conscientes de nuestra vocación y de nuestra misión. Laicos y sacerdotes vamos saliendo del individualismo, desde la confianza mutua y nos sentimos más en casa, en familia. Todo este proceso supone una actitud permanente de conversión a Cristo, una transformación para vivir mayor apertura, diálogo y valorar la complementariedad. Hemos de ser, para ello, humildes y respetarnos, aprendiendo a utilizar la corrección fraterna.

Todavía perviven algunas situaciones en las que no se facilita la corresponsabilidad, bien porque algunos sacerdotes no acompañan, bien porque algunos laicos se auto apropian de tareas y no dejan paso a otros. Es bueno que el sacerdote se centre en su labor de pastor y se apoye en los laicos para otras tareas, valorando a las mujeres y a los jóvenes positivamente, así como la riqueza que supone la

presencia de los movimientos en sus parroquias. Los laicos han de propiciar que los jóvenes vayan incorporándose a las distintas tareas pastorales.

Pero no nos podemos quedar en nuestras parroquias, hemos de tener una mayor presencia en la calle, una participación activa en la vida social y una mayor presencia en la vida pública para dar respuesta a los problemas concretos. Hemos de invitar a los no creyentes y agnósticos, utilizando un lenguaje adecuado: actualizado y cercano.

Es mucha la tarea que tenemos entre manos y requiere que nos formemos y profundicemos en todos los documentos de la Iglesia. Para algunas tareas concretas y para participar en algunos órganos de la Iglesia sería importante liberar a determinados laicos.

Necesitamos fundamentar nuestra acción en la oración.

TALLER: 5

EL LAICADO, CONSTRUYENDO Y TRANSFORMANDO LA SOCIEDAD

SÍNTESIS

En este taller se hacen propuestas y se reflexiona acerca de la necesidad de laicos que, insertos en el mundo, comprometidos con su realidad social, sepan ligar, como Jesús, el amor de Dios y al prójimo.

Se trata de intentar construir el bien común desde la caridad política porque para buscar la justicia del Reino y construir una sociedad de hermanos, cada uno ha de concretar su proyecto evangelizador.

RESUMEN

La participación, construcción y transformación de la sociedad la llevamos a cabo, asumiendo responsabilidades y dando testimonio.

Transformamos la sociedad a través de nuestros trabajos, en nuestra familia, a través del Consejo Parroquial de Pastoral, en las diferentes pastorales parroquiales (Cáritas, P. salud, catequesis,...) y en los distintos movimientos, sindicatos, asociaciones culturales, partidos políticos, etc.

El laico trabaja fuera y dentro de la parroquia y parece que se valora más el trabajo intraparroquial que el compromiso socio-político.

En algunas parroquias se vive una fe de puertas adentro y otras intentan potenciar una comunidad viva, cercana y acogedora, que muestra mayor cercanía y solidaridad con los que sufren, con los más necesitados. A veces podemos caer en la tentación de mirar más hacia dentro de la parroquia y no proyectarnos hacia la realidad de fuera.

Debemos potenciar tanto nuestra formación (DSI), como la oración (cambio interior), que nos ha de llevar a la acción y así animar e impulsar nuestro compromiso y poder transformar ambientes y estructuras para lo cual hay que conocer la realidad cercana y analizarla.

Esto lo lograremos si fortalecemos la misión y espiritualidad del laico.

Es muy importante el trabajo en equipo dentro de la parroquia y también entre las distintas parroquias, así como con los movimientos y asociaciones.

Hemos de salir de los individualismos y, desde el diálogo, ir hacia la unidad, hacia la comunión, promoviendo acciones comunes y creando un estilo de trabajo comunitario en el que esté presente la corrección fraterna, potenciando también la corresponsabilidad y la unión entre los laicos y los sacerdotes y valorando el papel de la mujer en la iglesia.

Los laicos somos invitados a valorar y a agradecer la vocación y el servicio de los sacerdotes y los sacerdotes son invitados a reconocer, potenciar y acompañar la vocación especifica de los laicos.

Hemos de actualizar la manera de transmitir el mensaje para llegar mejor al mundo, utilizando los medios de comunicación para que se conozcan las distintas iniciativas de la Iglesia, se visibilice su presencia en el mundo y se dé a conocer su labor social y evangélica, teniendo en cuenta el diálogo fe y cultura.

TALLER: 6

DAR RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA

SÍNTESIS

Este taller nos presenta cómo la esperanza ocupa un lugar central en la vida del creyente, esperanza que se refiere a un futuro cierto, manifestado por Dios a lo largo de la historia y que se hace realidad en la Resurrección.

En un mundo post-moderno, caracterizado por la desesperanza, el creyente da razón de su esperanza con el testimonio alegre de aquel que sabe lo que espera.

RESUMEN

Damos razón de nuestra esperanza cuando somos coherentes, veraces, cuando somos capaces de acercarnos al otro con amor y empatía y de ese encuentro emana sencillez y naturalidad. Esto nos hace creíbles.

Tenemos un mensaje que proponer, un mensaje de alegría, esperanza y paz que llegará a los demás en la medida en que los respetamos. Hemos de actuar en nuestro entorno, en nuestra familia y en el trabajo, siempre apoyados en la fuerza de Cristo que es quien nos sostiene, Él nunca nos abandona.

El mundo necesita nuestra presencia activa en las estructuras sociales, con una actitud positiva de apertura y escucha, buscando puntos de encuentro, dejando fundamentalismos y buscando lo que nos une a los demás, para ello hemos de crear espacios de diálogo (el atrio de los gentiles) en los que los distintos carismas podamos interrelacionarnos y conocernos. En estos espacios ha de estar presente la corrección fraterna para avanzar en ese "ser Iglesia, ser familia"

Hemos de dar razón de nuestra esperanza a partir de una formación consistente y alimentándonos de la oración, los sacramentos y la Palabra. Hemos de presentar a Jesús Resucitado fuente de nuestra alegría y esperanza.

Cuando se acerquen a nosotros seamos acogedores y cercanos. Sería aconsejable que nuestras celebraciones fueran alegres y participativas, que atraigan a niños y jóvenes, celebraciones en las que se viva la comunión, la fraternidad.

Los laicos valoramos a nuestros sacerdotes, los necesitamos y queremos y buscamos su acompañamiento. Sabemos de la importancia de la corresponsabilidad y cómo los Consejos Pastorales ayudan a fomentarla.

Para implicarnos y comprometernos es bueno trabajar juntos en proyectos sociales y culturales que sean ilusionantes, creativos, audaces y que nos abran a la calle, al barrio, a nuestro entorno, al corazón del mundo.

Homilía de clausura

Clausura del I Congreso Diocesano de Laicos
Paraninfo de la Universidad de Alicante
Alicante, 14 de noviembre de 2010
Dom. XXXIII del T.O. (C)

«EN EL CORAZÓN DEL MUNDO»

1. «Los iluminará un sol de justicia». El profeta Malaquías quería animar al pueblo israelita, que se sentía desanimado tras el destierro porque no se conseguía tan fácilmente la reconstrucción del país. Malaquías invita a mirar hacia delante, hacia el «día del Señor», cuando realmente se vislumbrará el destino de unos y otros, y se pondrá de manifiesto la justicia de Dios.

También hoy es bueno que miremos hacia el futuro. Esta mirada esperanzada y esperanzadora contribuye a animarnos en el trabajo y en el esfuerzo por construir el Reino de Dios. Nos recuerda, además, que hay caminos que llevan a la verdadera felicidad, mientras que otros senderos, más fáciles y apetecibles en apariencia, no llevan sino al fracaso y la muerte. El profeta Malaquías nos viene a decir que el día final será de esterilidad para los que no han trabajado duro en la Viña del Señor, y de cosecha abundante y generosa para quienes, por el contrario, sí han gastado sus energías sin escatimar esfuerzos en favor del Evangelio.

2. «No quedará piedra sobre piedra». La lectura evangélica de este domingo utiliza un lenguaje propio del género apocalíptico: se describe un escenario lleno de guerras, revoluciones, espantos en el cielo… Pero Jesucristo no pretende, con estas imágenes impactantes, infundirnos miedo, sino una esperanza cierta y fundada. Sobre todo, nos ofrece un mensaje de salvación: «No tengáis pánico… ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con perseverancia salvaréis vuestras almas».

El anunciado final de los tiempos nos interpela para que vivamos el presente sin dejar de mirar al futuro. Tengamos a la vista en todo momento nuestra condición de peregrinos que avanzan hacia la meta, sin distraernos por el camino. La vida actual hay que vivirla en plenitud, pero responsablemente, siguiendo la voluntad de Dios en los pequeños detalles de cada día, en la vocación que hemos recibido, en el lugar que nos toca estar en la Iglesia y en la sociedad.

El Señor nos previene de que, ineludiblemente, encontraremos en nuestro recorrido dificultades y pruebas diversas a causa de nuestra fidelidad al Evange-

lio. Esto ha ocurrido siempre a lo largo de la historia de la Iglesia. Pero también hemos escuchado que sólo con nuestra perseverancia alcanzaremos el premio de una vida plenamente dichosa.

3. «Quise daros un ejemplo que imitar». San Pablo, en su segunda carta a los cristianos de Tesalónica, desautoriza a los que no quieren trabajar y se excusan alegando que el fin del mundo está cerca. Pero, muy al contrario, la vigilancia ante la segunda venida de Cristo no debe llevarnos al desánimo o al acomodamiento en la rutina y la pereza. Esperar a Jesucristo, esperar en Jesucristo implica tomar una actitud creativa, adelantando con nuestro testimonio personal esos cielos nuevos y esa tierra nueva prometidos por Dios.

Mirar el mañana no implica, necesariamente, olvidarse del día presente, sino vivirlo con mayor compromiso y esperanza fundada. Por eso, la advertencia del Apóstol sigue siendo actual: «el que no trabaja, que no coma». Esto significa que debemos seguir contribuyendo al mantenimiento de la familia (iglesia doméstica) y de la comunidad cristiana (familia también, aunque más amplia), evangelizando este mundo y siendo luz y sal en medio de una sociedad secularizada.

Cada vez que celebramos la Eucaristía recordamos un hecho sucedido hace dos mil años: proclamamos la muerte del Señor en la Cruz. Pero esta proclamación lleva inserta una mirada abierta al futuro: «hasta que Él venga». En una de las aclamaciones que más veces repetimos se condensa esta buena noticia: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ¡ven, Señor Jesús!». Nuestro destino está en el futuro, en la presencia gozosa junto a Dios, y la Eucaristía es nuestro alimento para este camino y garantía de vida eterna: «quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna, y lo resucitaré el último día».

4. «En el corazón del mundo». Los objetivos que nos propusimos desde el primer momento de preparación de nuestro Congreso de Laicos, seguimos teniéndolos a la vista. Ellos han de orientar, en los términos amplios de su formulación y en las propuestas operativas concretas, nuestra andadura, la de toda la Diócesis, en los próximos años:

1. Revitalizar la misión del cristiano laico a partir de su propia vocación y espiritualidad.
2. Potenciar la presencia pública de los cristianos laicos.
3. Crecer en la toma de conciencia de toda la Iglesia diocesana sobre la vocación y misión de los laicos, poniendo de relieve la situación y las necesidades del laicado diocesano.
4. Sugerir líneas de acción operativas para el laicado diocesano.
5. Fomentar una espiritualidad de comunión que, desde el encuentro, conocimiento, diálogo y valoración mutua de todos los movimientos y comuni-

dades de fieles laicos presentes en la Iglesia Diocesana, contribuya a hacer más fecunda su misión evangelizadora.

Las palabras que cito a continuación fueron dichas hace casi treinta años. Sin embargo, parecen haber sido pronunciadas hace apenas unos días. En ellas, el gran Papa Juan Pablo II ofrecía un análisis luminoso y clarificador del rico contenido de la vocación laical:

«Dirijo mi mirada al vasto campo del apostolado laical en el mundo del trabajo, sacudido por fuertes crisis y movido noblemente por aspiraciones de dignidad, de solidaridad, de fraternidad, que están llamadas, desde sus innegables y tal vez inconscientes raíces cristianas, a dar frutos de justicia y de desarrollo auténticamente humanos.

Veo también abierto al laico católico el campo de la política, en el que con frecuencia se toman las decisiones más delicadas que afectan a los problemas de la vida, de la educación, de la economía; y por lo tanto, de la dignidad y de los derechos del hombre, de la justicia y de la convivencia pacífica en la sociedad. El cristiano sabe que desde las enseñanzas luminosas de la Iglesia, y sin necesidad de seguir una fórmula política unívoca o partidista, debe contribuir a la formación de una sociedad más digna y respetuosa de los derechos humanos, asentada en los principios de justicia y de paz.

Pienso, finalmente, en el mundo de la cultura. Los laicos católicos, en sus tareas de intelectuales y de científicos, de educadores y de artistas, están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso, que pueda contribuir al diálogo fecundo entre ciencia y fe, cultura cristiana y civilización universal.

Ningún cristiano está exento de su responsabilidad evangelizadora. Ninguno puede ser sustituido en las exigencias de su apostolado personal. Cada laico tiene un campo de apostolado en su experiencia personal»[1].

Y con palabras de nuestro querido Papa Benedicto XVI, rezamos juntos:

«Esta tarde queremos poner en las manos de la Madre celestial de Dios nuestro himno coral de acción de gracias al Señor por los beneficios que nos ha concedido abundantemente en los últimos doce meses. El primer sentimiento que nace espontáneamente esta tarde en el corazón es precisamente el de alabanza y acción de gracias a Aquel que nos hace el don del tiempo, oportunidad preciosa

1. JUAN PABLO II, *Viaje apostólico a España. Misa para los laicos*, Toledo, 4 de noviembre de 1982.

de hacer el bien; añadamos la petición de perdón por no haberlo quizás empleado siempre útilmente»[2].

Hace ocho días, el Santo Padre disfrutaba –se le veía gozoso– en la «Obra benéfico–social del Niño Dios», de Barcelona, de gratísimos recuerdos para mí, donde fui Presidente del Patronato durante cinco años. Allí se cuida, desde hace 110 años, con profesionalidad y amor, a niños y jóvenes discapacitados. Aquí, aseguró, todo habla de caridad, de respeto de la persona y de su dignidad, de alegría profunda, porque el ser humano vale por lo que es, y no sólo por lo que hace. Desde allí se fue al aeropuerto.

Hermanos y hermanas: seamos de verdad ciudadanos cristianos y cristianos ciudadanos. Para ello: Dad, démonos, nos pide hoy san Agustín en la segunda lectura de la Liturgia de las Horas. Conscientes siempre de que «lo que das, ¿de quién es sino de Dios? Si dieras de lo tuyo, sería generosidad, pero porque das de lo suyo es devolución»[3].

✠ Rafael Palmero Ramos

Obispo de Orihuela–Alicante

2. BENEDICTO XVI, *Homilía en las primeras vísperas de la solemnidad de santa María, Madre de Dios*, 31 de diciembre de 2008.

3. SAN AGUSTÍN, *Comentario al Salmo 95*, 15.

Comunicado final

I CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS
DIOCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE
Paraninfo de la Universidad de Alicante
14 de noviembre de 2010

COMUNICADO FINAL

Con el lema *"En el corazón del mundo"*, se ha celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Alicante, los días 13 y 14 de noviembre de 2010, el PRIMER CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS bajo la presidencia de Mons. Rafael Palmero Ramos, obispo de Orihuela-Alicante. Más de 800 miembros del Pueblo de Dios (obispo, sacerdotes, religiosos, religiosas y sobre todo laicos) hemos orado, reflexionado y trabajado sobre la vocación y misión del laico en el mundo actual.

El Congreso ha sido, antes que nada, un regalo del Señor, una gozosa experiencia de comunión diocesana y una oportunidad de avanzar en la vivencia de la vocación y misión de los laicos en el corazón del mundo.

Estamos convencidos de que, con la gracia de Dios, lo trabajado durante estos días, y en toda la fase preparatoria, nos permitirá seguir avanzando en la presencia significativa de los laicos en el corazón de esta tierra de Orihuela-Alicante.

El Congreso fue preparado desde enero a junio del presente año a partir de una encuesta y de un documento teológico. Este trabajo previo ha permitido conocer mejor la situación del laicado en nuestra diócesis y acoger de nuevo la rica doctrina del Magisterio de la Iglesia sobre la vocación laical.

El Congreso comenzó el viernes, 12 de noviembre, a los pies del Señor, con una **Vigilia de Oración** en la concatedral de S. Nicolás de Alicante. La vocación laical, como las demás vocaciones, es participación en la vocación y misión de Jesucristo, el Hijo y Enviado del Padre. Los momentos de oración y la Eucaristía han sido –y serán– el centro y la cumbre del Congreso, como lo son también de toda la vida cristiana.

La luminosa aportación de los **tres ponentes** –Francesc Torralba, MªTeresa Compte y Guzmán Carriquiry– nos ha permitido volver a gustar la belleza y la importancia de la vocación y misión laical en este momento de la Iglesia y de la sociedad alicantina:

– Una vocación específica que responde a una llamada explícita del Señor y que se sitúa en el territorio del "ser".

– Una vocación que brota del encuentro personal con Jesucristo y que se expresa en la pasión por la vida en todas sus expresiones.

– Una vocación de frontera que busca fecundar la sociedad con la gracia de Jesucristo y dar a conocer los latidos del mundo en el seno de la comunidad cristiana.

– Una vocación para significar la lógica del don y para aportar esperanza en las situaciones de sufrimiento y desesperanza.

– Una vocación que se expresa en la pluralidad sinfónica de espiritualidades y estilos laicales.

– Una vocación que nos estimula a descubrir la presencia de Dios en el mundo.

– Una vocación que procura fecundar la relación fe y razón. La fe ayuda a ensanchar la razón y la razón ayuda a purificar la fe.

– Una vocación que trabaja desde las claves teologales y antropológicas de la Doctrina Social de la Iglesia.

Durante el Congreso hemos trabajado en seis **talleres** buscando luces y sugerencias para avanzar en seis cuestiones nucleares en el ejercicio de la vocación y misión del cristiano laico:

1º) La urgencia de encontrar los medios y tiempos propicios para presentar a Jesucristo aquí y ahora.

2º) La necesidad de hacer una lectura creyente de la cultura actual, descubriendo sus luces, sombras, retos. Las dificultades del presente son un estímulo y una oportunidad de desplegar toda la riqueza y todas las posibilidades de la vocación laical.

3º) La importancia de cuidar la espiritualidad laical. Sólo una fuerte espiritualidad permite al laico nadar contracorriente y testimoniar la buena noticia de Jesucristo.

4º) La necesidad de seguir avanzando en el campo de la corresponsabilidad eclesial, subrayando que la Iglesia es casa y cosa de todos.

5º) El permanente recordatorio de que la misión del laico es construir y transformar la sociedad según Jesucristo. El Evangelio honestamente acogido y vivido por el laico se convierte en semilla y fermento de una sociedad nueva a la medida del hombre.

6º) La urgencia de acertar a dar razón de nuestra esperanza como sugiere la Primera carta del Apóstol San Pedro. La sociedad actual, tan plural y secularizada, nos pide deshacer prejuicios y hacer una presentación inteligente y oportuna de lo nuclear cristiano.

Las espléndidas **interpretaciones** del *Coro Contrapunctum*, *Masa Coral La Aurora* y la *Orquesta Sinfónica Académica San Vicente* nos han permitido experimentar de nuevo que la belleza y el arte son vehículos para intentar decir el misterio inefable de Dios.

A María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, esperanza del pueblo cristiano, encomendamos los frutos de este Congreso y de la fase que ahora se abre, de post congreso, para que estos frutos se manifiesten en una renovada presencia del testimonio de Jesucristo en el corazón del mundo.

Nota de prensa final

NOTA DE PRENSA FINAL

Alicante a 14 de noviembre de 2010

CLAUSURADO EN ALICANTE EL I CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS

Celebrado el 13 y 14 de noviembre en el Paraninfo de la Universidad de Alicante, con la participación de más de 800 personas

Desarrollo del Congreso

Durante dos días se han desarrollado tres ponencias y se ha trabajado en seis talleres: *Presentar a Jesucristo aquí y ahora*; *Corresponsabilidad: Iglesia, casa y cosa de todos*; *La cultura actual: luces, sombras, retos*; *El laicado, construyendo y transformando la sociedad*; *La espiritualidad del laico*; *Dar razón de nuestra esperanza*. En el discurso de apertura, nuestro obispo ha destacado que *"Ésta es una hora propicia para llevar nuestra fe a la calle en que vivimos, para contribuir a la animación cristiana del orden temporal, para evidenciar el testimonio de fe en el corazón del mundo que nos rodea"*.

Los espacios y las infraestructuras de la Universidad de Alicante han facilitado el magnífico desarrollo de las jornadas. Agradecemos la colaboración del Vicerrectorado de Infraestructuras cuyo Vicerrector es el catedrático Vicente Montiel Leguey y dentro de ese vicerrectorado a las unidades de Gestión de Espacios y a la Oficina Técnica.

Jornada de clausura

El domingo 14 de noviembre en el Paraninfo de la Universidad, Mons. Rafael Palmero Ramos obispo de Orihuela-Alicante ha presidido la Eucaristía de clausura del Congreso que ha reunido a más de 800 personas de toda la diócesis. Nos ha dirigido unas palabras finales esperanzadoras y una invitación a entregarnos al servicio del bien común siendo *de verdad ciudadanos cristianos y cristianos ciudadanos "Dad, démonos, nos pide hoy san Agustín en la segunda lectura de la Liturgia de las Horas. Conscientes siempre de que «lo que das, ¿de quién es sino de Dios? Si dieras de lo tuyo, sería generosidad, pero porque das de lo suyo es devolución»*

Plenario de conclusiones y comunicado final

Tres laicos han sido los encargados de presentar a los congresistas las conclusiones y el comunicado final del encuentro que resumen el espíritu que se ha vivido durante esos dos días de congreso y en la Vigilia previa de Oración. Anabel Coco y Elena Bermúdez de la Comisión Organizadora, han sido las primeras en intervenir poniendo en común la síntesis del trabajo realizado en los talleres. Pasqual Maestre, Delegado de Laicos, ha dado lectura al Comunicado final del Congreso.

Conclusiones del congreso

CONCLUSIONES DEL I CONGRESO DE LAICOS

Una vez concluido el Congreso de Laicos en la Diócesis de Orihuela-Alicante hemos querido recoger el sentir y la reflexión de los que han participado en el mismo. Tanto los trabajos previos como los desarrollados en los talleres han servido para escuchar la voz, las sugerencias y esperanzas de muchas personas involucradas en la tarea pastoral diocesana. Se constata en la diócesis de Orihuela-Alicante la presencia de un laicado deseoso de avanzar en su vocación laical y comprometido en su misión.

El Congreso ha sido un regalo del Señor y una gozosa experiencia de comunión eclesial, que nos ha ayudado a comprender la importancia de la vocación y misión laical en este momento de la Iglesia y de la sociedad alicantina. Con el fin de facilitar la operatividad de nuestro Congreso presentamos las siguientes conclusiones que se ofrecen a todos los diocesanos. Estas conclusiones han sido elaboradas a partir del trabajo realizado tanto en la fase preparatoria como en las jornadas del Congreso:

1. Afianzar la conciencia de la vocación específica del cristiano laico

Ser cristiano es la respuesta a una llamada de Dios en una Iglesia vocacional toda ella. Se advierte la necesidad de profundizar en la vocación propia del laico, que tiene su fuente permanente en el bautismo y la confirmación. Para ello, es importante apoyarles pastoralmente y con los medios a nuestro alcance para que los laicos sean más conscientes de su vocación y la vivan en relación con las demás vocaciones específicas. Todas ellas expresan la riqueza del misterio de Cristo. Los laicos son invitados a valorar y agradecer la vocación y el servicio de los sacerdotes y los sacerdotes son invitados igualmente a reconocer, potenciar y acompañar la vocación específica de los laicos.

Cristo es el referente continuo para llevar a cabo la vocación y la misión laical. Es necesario crecer en el encuentro personal con Jesucristo para fortalecer la vida interior del laicado y su conciencia misionera.

2. Reconocer la pluralidad de estilos laicales en la comunión eclesial

Dentro del misterio de comunión y misión que es la Iglesia son diversas las formas de vivir la vocación laical. Esta diversidad es una riqueza que el Espíritu Santo deposita en nuestra Iglesia Diocesana.

Es preciso crear espacios de diálogo y encuentro entre los diversos estilos y espiritualidades laicales, haciendo así más fecunda su vivencia de la fe cristiana y su misión evangelizadora.

3. Profundizar en la espiritualidad propia del laico

Para presentar a Jesucristo aquí y ahora, se insiste en la necesidad de cuidar la vida espiritual, hasta alcanzar la con-formación con Él. Necesitamos el alimento continuo de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, la oración personal y comunitaria, los momentos de silencio y reflexión, el acompañamiento para crecer espiritualmente.

Dado que el mundo es el lugar propio de la santificación del laico, la espiritualidad debe ayudar a vivir la unidad entre la fe y la vida, cultivando una lectura creyente de la realidad, que reconozca a Dios en la vida. Se pide ser contemplativos en la acción.

4. Fortalecer y optimizar la formación integral del laicado

Para dar razón de nuestra fe, se ha de potenciar la formación en todas sus dimensiones: humana, espiritual, doctrinal, social y pastoral. Se necesita una formación integral, sistematizada y permanente, adaptada a las distintas realidades del laicado. Para lograr este objetivo se tendrá en cuenta la Doctrina Social de la Iglesia, que ayude a vivir la caridad política.

Esto pide impulsar con decisión y dar a conocer todos los medios que contribuyen a la formación, tanto a nivel parroquial-arciprestal como en los movimientos y asociaciones de apostolado. Hay que destacar en este sentido la tarea formativa que se realiza, a nivel diocesano, en la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas.

5. Seguir avanzando en el campo de la corresponsabilidad en la vida de la Iglesia

Se pide una mayor atención a los medios y ámbitos que expresan la corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, en una espiritualidad de comunión. Debe crecer la participación de los laicos en las tareas pastorales, iniciando o mejorando los consejos de pastoral y economía como medios de vivencia de la corresponsabilidad. Allí donde se vea oportuno, intégrese a los laicos en la vida del arciprestazgo y fórmense mesas de laicos que faciliten el discernimiento de las cuestiones pastorales, así como la coordinación y desarrollo de las mismas. Con este fin, ha de cuidarse todo lo que favorezca el diálogo y la comunicación.

6. Crecer en la conciencia de que la evangelización es tarea de todos

La evangelización es tarea de toda la Iglesia. Todos los bautizados nos movemos en torno a Jesucristo y existimos para que Él sea conocido, amado y seguido. Los cristianos laicos también participan con pleno derecho de esta misión común.

El anuncio de Jesucristo tiene que ir acompañado del testimonio tanto personal como comunitario, en todos los ámbitos de la vida, desde la familia a la vida pública, viviendo en coherencia con lo que se cree. El estilo de vida evangélico supone una alternativa a los contravalores de la sociedad.

7. Anunciar a Cristo con audacia y humildad

Es en esta sociedad en que nos ha tocado vivir hoy, donde tenemos que anunciar la Buena Noticia, con audacia, valentía y humildad, superando miedos y dudas, viendo la realidad actual, plural y secularizada, como un reto y una oportunidad para la evangelización. Nuestra actitud ha de ser de cercanía y de servicio, siempre y a todos.

Es importante realizar una presentación inteligente y oportuna de lo nuclear cristiano, sabiendo "dar razón de la esperanza" con "dulzura y respeto" (1 Pe 3, 15).

Para lograr este objetivo, actualicemos la manera de transmitir el mensaje. Cultivando un lenguaje experiencial, que resulte significativo también para no creyentes, podremos llegar mejor al mundo.

8. Potenciar y apoyar la presencia de los cristianos en el corazón del mundo

Es necesaria una mayor presencia activa y significativa de los cristianos en la vida pública. Frente a la tendencia a recluirse en tareas intraeclesiales, se subraya que el mundo es el campo propio en el que se desarrolla la vocación laical. Lo específico del laicado es santificar el mundo desde dentro, a modo de fermento.

Esta presencia pública, ha de estar especialmente encaminada a:

- Promover la dignidad de la persona humana.
- Cuidar el campo de la familia.
- Fomentar el diálogo fe-cultura.
- Participar en la construcción de la sociedad civil (vida política, económica, sindical, cultural,…) transformándola desde los valores evangélicos.
- Luchar por la justicia, la paz y la solidaridad con los más pobres.

Es importante que la Diócesis conozca, valore, acompañe, impulse y envíe a los laicos a estar y vivir en el mundo. Urge, de modo especial, que se establezcan

medios para acompañar desde la Iglesia a los laicos que se implican en la vida pública.

9. Fomentar el asociacionismo laical

El apostolado asociado es un cauce apropiado para desarrollar la vocación laical y para colaborar en la tarea evangelizadora de la Iglesia, ya que es expresión, tanto de la naturaleza asociativa de la persona como de la misma naturaleza y misión de la Iglesia. Este apostolado ha de estar sustentado en el espíritu de comunión diocesana. Es igualmente oportuno promover la valoración mutua entre los distintos movimientos y asociaciones.

Sigue siendo fundamental que en la Diócesis se favorezca y fomente el asociacionismo laical, se posibilite el conocimiento de su sentido y su labor, se potencien los distintos movimientos laicales, y se mejoren los cauces de coordinación entre las distintas realidades asociativas existentes.

10. Consolidar la identidad cristiana y sentido de pertenencia a la Iglesia

La debilidad de la presencia de los cristianos en la vida pública se debe, en muchas ocasiones, a la debilidad de su identidad eclesial. Por ello, se precisa consolidar el sentido de pertenencia a la Iglesia de todos los cristianos, que deben sentirse miembros vivos y activos de la misma. Hemos de sentir la Iglesia como comunidad y familia potenciando la comunión entre todos, fomentando el trabajo en equipo, la coordinación y el sentido de colaboración; y así, hacer que la Iglesia sea “casa y cosa de todos”.

Con la ayuda del Señor, Dueño de la mies, queremos y debemos empeñarnos en ello.

Comisión organizadora del Congreso de Laicos